



SÓCRATES NOLASCO

CUENTOS CIMARRONES



CUENTOS CIMARRONES

CLÁSICOS DOMINICANOS
COLECCIÓN DEL INSTITUTO SUPERIOR DE FORMACIÓN DOCENTE SALOMÉ UREÑA
SERIE I. NARRATIVA



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

JUNTA DIRECTIVA

Andrés Navarro Ministro de Educación

Denia Burgos Viceministra de Asuntos Técnicos Pedagógicos, Ministerio de Educación

Carmen Sánchez Directora General de Currículo, Ministerio de Educación

Andrés de las Mercedes Director Ejecutivo del Instituto Nacional de Formación y Capacitación del Magisterio (INAFOCAM)

Eduardo Hidalgo Presidente de la Asociación Dominicana de Profesores (ADP)

Altagracia López, María Amalia León, Ramón Flores, Manuel Cabrera, Miguel Lama,

Magdalena Lizardo, Radhamés Mejía, Rafael Emilio Yunén, Ramón Morrison

y **José Rafael Lantigua**, Miembros

Julio Sánchez Maríñez Rector

AUTORIDADES ACADÉMICAS

Julio Sánchez Maríñez Rector

Rosa Kranwinkel Aquino Vicerrectora Académica

Julio César Mejía Martínez Vicerrector de Investigación y Postgrado

Marcos Vega Gil Vicerrector Ejecutivo, Recinto Félix Evaristo Mejía

Mercedes Carrasco Vicerrectora Ejecutiva, Recinto Juan Vicente Moscoso

Franco Ventura Vicerrector Ejecutivo, Recinto Luis Napoleón Núñez Molina

Luis Manuel Mejía Director Académico, Recinto Eugenio María de Hostos

Jorge Sención Vicerrector Ejecutivo, Recinto Urania Montás

Ana Julia Suriel Vicerrectora Ejecutiva, Recinto Emilio Prud'Homme

Jorge Adalberto Martínez Director de la Escuela de Directores

Anexis Figuereo Representante del Profesorado

Braulio de los Santos Representante de los Directores Académicos

Fidencio Fabián Director de Planificación

Raquel Pérez Directora Administrativa Financiera

Jeremías Pimentel Representante Estudiantil



SÓCRATES NOLASCO

CUENTOS CIMARRONES

PRÓLOGO DE JOSÉ RAFAEL LANTIGUA



CUENTOS CIMARRONES | Sócrates Nolasco

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS, Serie I. Narrativa.

Dirección general Julio Sánchez Maríñez, Rector

Coordinación Yulendys Jorge, Directora de Comunicaciones

Dirección editorial Margarita Marmolejos V.

Diseño de interiores y portada Ana Zady Gerardino

Diagramación Julissa Ivor Medina

Corrección Thelma Arvelo, Janet Canals, Vilma Martínez y Apolinar Liz

ISBN 978-9945-8972-3-4

Para esta edición: © Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña.

Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en los talleres gráficos de Editora Búho,

Santo Domingo, República Dominicana, 2017.

P R E S E N T A C I Ó N



El Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, ISFODOSU, tiene como misión fundamental formar profesionales de la educación y, como visión estratégica, constituirse en la institución de referencia de la formación docente en República Dominicana, compromiso que impone la asunción de amplias responsabilidades y retos en su quehacer educativo.

En ese marco se inscribe la iniciativa de publicar colecciones editoriales que recojan obras de gran importancia literaria, histórica o académica, para ponerlas a disposición de los docentes en formación y en ejercicio y, en general, de toda la ciudadanía. Así, estas colecciones incluirán obras que forman parte del patrimonio intelectual y cultural dominicano, y es nuestro mayor interés facilitar y fomentar su conocimiento y disfrute.

Con esta primera colección, «Clásicos Dominicanos. Serie I. Narrativa», se inicia nuestra labor editorial sistemática, a la que esperamos dar sostenibilidad con la publicación de otras colecciones que, como esta, contribuyan a una mejor formación de nuestros futuros docentes, del magisterio nacional y de una población lectora cada vez más esforzada en el conocimiento de su cultura y su historia y en su desarrollo intelectual.

Los títulos de esta primera colección son tan relevantes como lo fueron sus autores y tan trascendentales como lo es su permanencia en el tiempo: *El montero*, de Pedro Francisco

Bonó; *Over*, de Ramón Marrero Aristy; *Cuentos Cimarrones*, de Sócrates Nolasco; *Cartas a Evelina*, de Francisco E. Moscoso Puello; *Crónicas de Altocerro*, de Virgilio Díaz Grullón; *La fantasma de Higüey*, de Francisco Javier Angulo Guridi; *Enriquillo*, de Manuel de Jesús Galván; *La sangre*, de Tulio Manuel Cestero; *Trementina, clerén y bongó*, de Julio González Herrera; y *Guanuma*, de Federico García Godoy.

Para seleccionar estas obras agradecemos la valiosa cooperación de Mu-Kien Sang Ben, presidente de la Academia Dominicana de la Historia; Bruno Rosario Candelier, presidente de la Academia Dominicana de la Lengua y Rafael Peralta Romero, miembro; Dennis Simó, director ejecutivo de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos; Remigio García y Raymundo González, de la Dirección General de Currículo del Ministerio de Educación; Pablo Mella, Ruth Nolasco y María José Rincón, asesores del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, y esta última miembro de la Academia Dominicana de la Lengua.

En honor a esos excelentes autores y sus obras elegidas, hemos querido contar como prologuistas con diez reputadas firmas de intelectuales y escritores dominicanos: José Alcántara Almánzar, Soledad Álvarez, Roberto Cassá, Ruth Nolasco, Raymundo González, Miguel Ángel Fornerín, José Rafael Lantigua, Mu-Kien Sang Ben, José Mármol y Jochy Herrera, quienes con entusiasmo y absoluta disposición aceptaron ser parte de este esfuerzo editorial del Instituto, por la conservación, difusión, enriquecimiento y desarrollo del patrimonio intelectual y cultural de la sociedad dominicana.

Julio Sánchez Maríñez
Rector

P R E L I M I N A R



*A Toñito, un inolvidable personaje de mi infancia
que se sentaba en las noches comarcales,
en la acera de mi casa materna, a referirnos, con gracia
y estirpe fabuladora, sus fantásticos cuentos de camino.*

Sócrates Nolasco fue un escritor tardío. No hemos podido comprobar las razones, pero creemos que influyó mucho el hecho de haber nacido en Enriquillo, provincia Barahona, en 1884, cuando todavía esa comunidad, como todo el país, era una aldea remota y pobre. Su lugar específico de nacimiento se llamaba Petit Trou, lo que revela cuán importante era aún la influencia haitiana en esa parte del sur profundo a pesar de que se había producido la independencia de la República Dominicana cuarenta años antes. También un poco, tal vez, a que dedicó una parte importante de su vida al ejercicio diplomático y a la política. Lo primero a lo mejor no tenga mucha relevancia pues Nolasco solo permaneció en su ciudad nativa hasta entrada la adolescencia cuando se trasladó a Santo Domingo para sus estudios de bachillerato. Lo segundo sí que pudo tener alguna influencia en el retraso, por decirlo de algún modo, que sufrió su producción literaria. Ocurrieron incluso tragedias familiares que afectaron, sin dudas, el desarrollo y la proyección de su escritura. Eran tiempos sombríos para la patria dominicana.

Consignemos que Nolasco era su apellido materno, pues su padre fue el general restaurador Manuel Henríquez y

Carvajal, lo que quiere decir que Sócrates era sobrino de Francisco y de Federico Henríquez y Carvajal, y por lo tanto primo hermano de Francisco, Pedro, Max y Camila Henríquez Ureña. Precisamente, en la escuela que dirigía don Federico, Sócrates realiza sus estudios de bachillerato en Santo Domingo.

A los veintidós años de edad, el joven barahonero se marcha a Cuba a estudiar literatura. A su regreso, siete años después, se instala de nuevo en Barahona a ejercer el magisterio. Pronto, la política lo gana. Comenzó una carrera pública que lo llevó al congreso, como diputado constituyente y luego como senador, y a servir en los consulados de Puerto Rico y Venezuela. Incluso, algo tal vez poco conocido, el presidente Horacio Vásquez le encomendó, en 1924, la fundación de la provincia Pedernales con la finalidad de impedir que continuase el tráfico de habitantes de Haití hacia el territorio dominicano, labor que Nolasco completa en 1927 cuando logra llevar al nuevo enclave geográfico a familias procedentes de Duvergé, Villa Jaragua, Oviedo y Barahona, para dejar constituida la nueva provincia.

Es cuando tiene cincuenta y cuatro años de edad –para entonces, casi una edad longeva– que publica su primer libro, *El general Pedro Florentino y un momento de la Restauración* (Editorial El Diario, Santiago de los Caballeros, 1938). Desde esa primera obra, Nolasco comienza a manifestar su interés por la anécdota histórica, por la narrativa sobre situaciones y personas de la historia nacional que luego, de distintas formas expresivas, serían constantes en su bibliografía.

Anotemos que Nolasco era un brillante articulista. El centro primario de su escritura eran los diarios de la época. De modo que antes de libro, sus escritos aparecían en los periódicos. A partir pues de su primera obra, comenzarían a sucederse las demás que completan su importante labor bibliográfica. *Los Cuentos del Sur* se dan a conocer un año después de su obra prima (1939), la primera serie de *Viejas Memorias* en 1941. *Escritores de Puerto*

Rico, en 1953. (Consignemos aquí que este libro fue producto de su estancia en la capital puertorriqueña donde era asiduo participante en las tertulias convocadas por figuras principalísimas como los escritores José de Diego, Luis Llorens Torres, Nemesio Canales y Luis Muñoz Marín, quien devino luego en fundador del Estado Libre Asociado y en gobernador de la isla borinqueña). Luego, se publicarán: la antología *El cuento en Santo Domingo* (1957), *Cuentos cimarrones* (1958), *El diablo ronda en los guayacanes* (1967) y la segunda serie de *Viejas Memorias* (1968). En Santiago de Cuba publicará *Una provincia folklórica: Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo* (1952). En pequeño folleto dará a conocer sus *Comentarios a la historia de Jean Price Mars* (1955) que se insertaría luego en la segunda serie de *Viejas Memorias*; *José María Cabral, el guerrero, 1816-1899* (1963); *Comentarios diversos* (1975); y, *Ocupación militar de Santo Domingo por los Estados Unidos 1916-1924*, publicado en 1971. En total, 13 obras. La primera, repetimos, publicada cuando tenía cincuenta y cuatro años de edad, y la última cuando había alcanzado los ochenta y siete años de vida. Casado en 1927, cuando tenía cuarenta y tres años, con Flérida Lamarche Henríquez, de quien era pariente, procreó con ella a su única hija, Ruth. La esposa y madre –conocida en el ambiente literario como Flérida de Nolasco– fue una distinguida escritora, especializada en música y folklore. Y la hija, una educadora de estirpe. Don Sócrates Nolasco murió en Santiago de los Caballeros el 2 de julio de 1980, a los noventa y seis años.



Los cuentos de camino eran frecuentes en tiempos de nuestros abuelos. La oralidad funcionaba aún como en los albores de la civilización. Se transmitían de boca en boca las hazañas, las leyendas, los mitos, las fantasías que, muchas veces basadas en situaciones

reales, iban siendo modificadas por los cuenteros a medida que se traspasaban las historias de un grupo a otro. Cada cual pues, iba agregando algo a la historia original que, no pocas veces, eran producto de la enorme creatividad de la gente de antaño, sobre todo de los habitantes de la ruralía que no encontraban entonces otro medio de entretenimiento en las noches lóbregas o en las quietas nocturnidades de luna llena.

El cuento oral fue tarea común en todos los pueblos del mundo y de ahí saltaron raudos a la escritura que logró recoger una gran parte como capítulos de sus literaturas. El cuentero o hablador fue una figura de primer orden en la vida de las comunidades de antaño, en la civilización oriental, en las agrestes llanuras manchegas o en las aldeanas comunidades de origen latino. La sociedad dominicana no fue ajena a ese ejercicio que de algún modo terminó siendo sinónimo de artificio, de embrollo, de embuste. El fabulero tenía gracia para la narración, sabía sondear la historia para ir añadiendo patrañas al relato, de modo que cada vez que se contaba aparecían nuevos ingredientes que fortalecían la historia y la asentaban con bases firmes en el auditorio aldeano. Los viejos solían decir «esos son cuentos de camino», cuando el trapalón venía con algún relato de dudosa catadura, marcada por la ficción, que el patrañero daba por cierta.

Los *Cuentos Cimarrones* de Sócrates Nolasco nacen de esa tradición. Son leyendas transmitidas por la oralidad, de origen montaraz, sin autor definido, sin orígenes establecidos. Nadie supo tal vez nunca de dónde surgió la primera versión del relato que iría luego transfigurándose hasta convertirse en un cuento de camino, silvestre. Nolasco los recoge por boca de diferentes habladores o cuenteros que les fueron transmitiendo las leyendas y el escritor las recogió agregándole también nuevos momentos, para darle el barniz literario que esas historias necesitaban para ser perpetuadas.

Nolasco agradece a nueve cuenteros el que le transmitieran esos cuentos de camino. «¿Cuentos Cimarrones, fugados y vueltos

montaraces? ¿Cuentos Leventes, cuya aparición primera se borró de la memoria? ¿Cuentos Mostrencos, de antaño extraviados y de autor sin nombre?», se pregunta Nolasco al introducir su obra. Cimarrones, leventes y mostrencos, son los calificativos que otorga el autor a los relatos que les han sido referidos por Néstor Castillo, Enriquito Ramón, Damián Homero Sánchez, Rafael Matos, Eleuterio Sánchez, Anacaria Sánchez, Fermín Vidal, María Cleofás de Cuesta y Numa Pompilio Sánchez, los habladores que, a su vez, solo han recibido las historias y las han aliñado al paso del tiempo. Estos fabuladores son los que cuentan a solicitud de Nolasco esas historias que la oralidad ha cosechado y fermentado. Nolasco hará recrear esos relatos. Les otorgará indumentaria literaria. Les adicionará el estilo que permita registrarlos en la escritura para que no se pierdan en el aire, para que no se extravíen con el paso de las generaciones, para que el ámbito silvestre, áspero, rudo, pesado y leve en que fueron concebidas estas historias adquieran un matiz culto sin desdeñar el valor peculiar, prístino, que el relato atesora como producto de la imaginación popular. (Anotemos que la palabra leve, que utiliza Nolasco para definir sus *Cuentos Cimarrones*, es un puro dominicanismo ya de uso muy restringido que significa persona vaga, sin oficio. El cuentero rural o urbano era, como *El hablador* de Mario Vargas Llosa «un anónimo contador de historias», una especie de memoria viviente de las leyendas y mitos colectivos. Su oficio es recoger, madurar o inventar historias para dar vuelos a la imaginación y crear, sin saberlo, una historia paralela a la historia oficial, la de los héroes anónimos y las de hazañas portentosas que nunca fueron reales, o tal vez, lo fueron solo muy parcialmente).

Son veintitrés historias las que nos transmite desde la oralidad Sócrates Nolasco en sus *Cuentos Cimarrones*. «El que un cuento popular adquiera o readquiera alguna vez indumento artístico, al ser explotado por un escritor, no lo agota ni le resta», afirma Nolasco al introducir su obra. Y dice bien. Por el contrario, en

vez de restarle le agrega valor, sobre todo el valor incalculable de su permanencia en el imaginario colectivo de relatos que, de haberse conservado en la oralidad, se hubiesen perdido cuando los habladores o cuenteros fueran pasando al otro mundo. Al fin y al cabo, las historias eran muchas, pero los cuenteros siempre fueron pocos, de modo que el oficio terminaba siendo muy estimado por los oyentes de la época, cualquiera que esta haya sido.

Nolasco tenía por norma –en el periodismo se engendró y cultivó su pasión por la escritura literaria– publicar estos cuentos en entregas solitarias, una a una y muy espaciadas, en los diarios, y acostumbraba incluso a modificar con frecuencia sus títulos, a veces cambiándole simplemente una palabra. Por ejemplo, el primero de sus relatos se titulaba originalmente «De cómo el hijo del destino consiguió mejorar su suerte». Para la publicación en libro cambió «consiguió» por «corrigió». Y así hizo con los demás relatos. En el segundo de su libro «De lo que vino a encontrar el que buscaba lo que no se le había perdido», se tituló en su publicación periodística «El cuento del que buscaba lo que no se le había perdido». Hay otro que se tituló en el periódico simplemente como «Innominado», pero en el libro lo titula «De cuánto costó saber quién era el innominado». Está claro que Nolasco buscaba perfeccionar sus relatos para darle el cariz literario que buscaba y dejar plasmada su obra en la mejor forma para la posteridad, lo cual es un acierto indiscutible de su producción literaria. ¿Influencia cervantina?

El lenguaje es uno de los aspectos más relevantes de esta obra. Si observamos bien, Nolasco adopta un estilo que, obviamente, sustancia la narración, valoriza sus entresijos, hace trascender la eficacia del relato y sus moralejas, que las tienen todas como era la usanza. Pero, no descuida nunca el lenguaje original, el que la oralidad le regaló a través de las narraciones que le hicieron los que colaboraron con él en el referimiento de estas historias. El lenguaje es pues una de las características más resaltantes de la obra; el lenguaje como impulsor de las leyendas, el lenguaje

como contraparte eficaz de lo que ha recibido de los cuenteros; el lenguaje como vehículo literario que permita hacer atractiva la historia que cuenta para los lectores ajenos a la andadura de estos cuentos de camino.

De hijos flojos y avispados, de niños moros y cristianos, de marimantas y marimachos, de espantos y aparecidos, de personas sin juicio que andan buscando lo que no se le ha perdido, de andanzas inútiles, de jóvenes ricos resbalosos para el matrimonio, de ricos con colmillos de oro, de tisanas de cadillo y hojas de malva y de purgantes de hojas de sen con cañafístola, del caballo de Juan Aldabot y sus hechizos, de cómo Siña Eufrasia, que había contraído el hábito de comportarse bien, se enfrentó al diablo y lo venció en dos contiendas, de cómo, desorbitado por el miedo, Ezequiel se disfrazó para esconderse de la muerte, de legados y arbitrios, de lecciones de vida y de bailes de lechuzas, de ánimas ambulantes y de lecciones bíblicas, de historias infantiles y del infaltable Juan Bobo y Pedro Artimaña... De todas estas leyendas se componen estos *Cuentos Cimarrones*, leventes, mostrencos. Creencias de pueblo, costumbres rurales, ambientación aldeana de mitos engendrados en el imaginario de comunidades deslumbradas por la fantasía de hechos y personajes que poblaron sus días y noches de ensueños, dudas y asombros. Folklore sureño en estado puro. Tradición oral, venida tal vez en gran parte de lejanos horizontes, transmitida desde la escritura para forjar su necesaria permanencia. ¿Real maravilloso? Alejo Carpentier se sirvió de historias de caminos en Haití para enhebrar, al sonido del tam-tam, el alucinante relato *El reino de este mundo*.

Cinco, en fin, son los peldaños de estos *Cuentos Cimarrones*: lenguaje, como herramienta literaria imbricada con el lenguaje popular; signos didácticos, como escuela de instrucción del imaginario de la ruralía sureña; fantasía desde la realidad modificada; enlace con lo maravilloso como tradición literaria; costumbrismo y folklore, como expresiones de un estilo de vida y de una esencialidad

nutrida de leyendas y mitos. Don Sócrates Nolasco esperó la edad provecta para realizar su sueño literario. Entresacó ese sueño desde la vastedad del periodismo y sus afluentes. Tuvo la dicha de tener larga vida, pasar por varios gobernantes, de Lilís a Trujillo, todos los que surgieron en ese ancho espacio histórico, y sembrar de historias del sur que lo vio nacer la literatura dominicana, por lo que se ha merecido, con todo rigor y mérito, el derecho a ser uno de los clásicos de nuestra historia literaria.

José Rafael Lantigua
4 de octubre de 2017

Bibliografía:

Sócrates Nolasco, *Obras completas 1. Cuentos*, Biblioteca de Clásicos Dominicanos, Ediciones de la Fundación Corripio, 1994.

----- *Obras completas 2. Ensayos históricos*, Biblioteca de Clásicos Dominicanos, Ediciones de la Fundación Corripio, 1994.

----- *Obras completas 3. Ensayos literarios*, Biblioteca de Clásicos Dominicanos, Ediciones de la Fundación Corripio, 1994.

----- *El Gral. Pedro Florentino y un momento de la Restauración*. Editorial El Diario, Santiago, 1938.

----- *Viejas Memorias*, segunda serie, Editora del Caribe, 1968.

Franklin Gutiérrez, *Diccionario de la literatura dominicana, biobibliográfico y terminológico*, 2ª edición revisada y aumentada, Ministerio de Cultura, 2010.

Diccionario del Español Dominicano, Academia Dominicana de la Lengua, 2013.

Alejo Carpentier, *El reino de este mundo*, Seix Barral, 1983.

Mario Vargas Llosa, *El hablador*, Seix Barral/Biblioteca Breve, 1987.

El autor recomienda la lectura del «Estudio Preliminar» de Carlos Esteban Deive al primer volumen de las *Obras Completas* de Sócrates Nolasco.

CUENTOS
CIMARRONES

«Cantar bien, o cantar mal,
en el campo es diferente;
pero *alante de la gente*
¡Cantar bien, o no cantar!».



PALABRAS DE ORIENTACIÓN

¿Cuentos Cimarrones, fugados y vueltos montaraces? ¿Cuentos Leventes, cuya aparición primera se borró de la memoria? ¿Cuentos Mostrencos, de antaño extraviados y de autor sin nombre?

Los calificativos se podrían multiplicar. Cuentos de Camino siguen llamando en el sur de Santo Domingo a los breves y animados cuando entrañan enseñanza útil o finalizan en moraleja. Cuentos Colorados, los que excitan el apetito carnal refiriendo escena lúbrica. *Cuentos locos...* define el analfabeto Néstor Castillo, juicioso y de ojos despiertos.

Claro de cutis, de crespo y rojizo pelo, expresivo, grato, por la finura de sus modales Castillo parece discípulo de uno de aquellos Curas que adoctrinaban en nuestros pueblos distantes, maestros de virtudes y tradiciones recias.

—¿Cómo voy a contarle a usted d'esos cuentos loco? Son simpleza, cosa de espantá el sueño y entretené a los muchacho en la prima noche.

Se niega, vacila, accede, se anima, cuenta... (N.^{os} 7 y 17). Más que un relator es actor fecundo en recursos. Representa, interpreta, encarna el tipo, adquiere su índole, la pronunciación y las maneras de cada ser imaginado. A su antojo es joven rey, arrogante y generoso, que anda extraviado en la cacería; médico minucioso, cortesano adulator, anciana que curvó el tiempo, bienhallada al fin en su mísera y rústica vivienda, satisfecha de volver a vivir libérrima y dueña de su destino. *Con la manjuila* canta; canta, con la cascada voz de la anciana, la copla que rezuma esencial experiencia, y él y sus cuentos se prenden en el recuerdo. ¡Qué actor ha perdido la república por ser este hombre analfabeto!

Cada buen relator tiene estilo propio, esparce en el relato algo suyo, un dejo personal que lo particulariza como si le pusiera rúbrica y firma.

Enriquito Ramón, alto, descarnado, pardo, es otro relator ejemplar. Sabe leer. Sus personajes se encogen o se dilatan en la palabra, gesticulan, caminan, y él, anguloso, no se levanta del taburete. Se le nublan o se le encienden los ojos y la voz grave se aflauta, asciende y baja y torna a ser más gutural aún en el remedo de sonidos y situaciones diversas. Sus brujas, vueltas lechuzas, graznan, abren y mueven las alas bailando en ronda, vuelan en las volutas de su *cachimbo*... y él, de piernas cruzadas, sigue sin levantarse del taburete. El índice flaco y largo señala una aparición, la prolonga y la subraya. La enorme «serpiente de siete cabezas» (¿reencarnación de la Hidra de Lerna que Heracles estranguló?) se enrosca en la cabezada de un gran río obstruyendo el flujo natural para causar sequía y numerosos daños. Apunta el dedo... ¡Es el Maligno! La alimaña se desenrosca y se le ve huir a meterse en más secreto escondrijo. (N.^{os} 9 y 14).

Otro modo de contar tiene Damián Homero Sánchez. Aceitunado, bruno y de cabello lacio. Bruñe el espaldón de caoba afanado en su minúsculo taller. Contribuye al sustento familiar. Lude la madera, mientras por sus labios salen cascadas de piedras preciosas y montones de lingotes de oro. En la mente de este Homero habita un mundo complicadísimo, discurren barbados y melenudos adivinos de lo porvenir, Estigias de aguas amargas y barqueros mudos, abundantes reyes y princesas lindas y casaderas, genios benevolentes y graves, diablos burlados y verdugos engreídos en su artística eficiencia de cortar cabezas. Fue lector de lo que le vino a mano y criado al calor de padre y abuelo cultos, y hoy prefiere a lo que dicen los libros el cuento maravilloso que aprendió de tradición oral. Distingue entre su realidad presente y dura y la ficción antigua, que va narrando, y las pupilas republicanas y la sonrisa tenue critican y se burlan de tantos reyes y reinas, de las riquezas, de los fantasmas y del auditorio que supone entusiasmado y crédulo. (N.^{os} 4-6-8-11 y 19).

Mayor sorpresa causa oír al agricultor Rafael Matos, blanco, alto y erecto, de dicción correcta y discreción innata. Igual que Damián

Homero Sánchez, sabe leer. Sereno, va hilvanando intrigas en el relato sin aparente interés. Ni un matiz, ni una inflexión en la voz. Rememora la visión «viéndose adentro» y se abstiene, comedido y frío, de gestos bruscos.

–Ningún Matos ha sido inglés... –me digo. Este no me va a servir: lo que dice ni tiene sabor ni olor.

Oigo con resignación, y anoto. Al extremo tiene el escorpión lo que infunde miedo; al final de la pelea disparaba el parto su flecha memorable; al fin del cuento de este relator el interés despierta, el asunto agarra y nunca se podrá olvidar. Pasado el momento, ¡qué lección le debo y cuánto agradezco haber oído a este *cuentista* distinto, insuperable en su manera! ¡Cuánto lo recordaré por haberme dado a conocer la novia del *Innominado*, semblanza de candor tan puro y que tanto dice de personal buen gusto y de la tenaz tradición hispana! (N.º 3 y 13).

Eleuterio Sánchez...

–Mire: a mí no me venga usted con cuentos. Me fastidian las cosas tontas. Me gusta la historia «con ejemplo»... (¡Don Juan Manuel!) N.º 12.

Muchos cuentos aprendidos de tradición oral se repiten en versiones varias y a veces los argumentos se entremezclan, se eslabonan y se vacila al discernir qué motivo es el principal. Pero el que quiera aprovecharlos no se debe arredrar por eso. En *Peralta en la diestra de Dios Padre*, «considerado una de las obras maestras de la literatura en habla española», acopló el ilustre colombiano Tomás Carrasquilla más de un cuento popular. La trama es sutil y no se le nota soldadura. El oyó a la *Señá* Ruperta y cuando en 1897 publicaron en Medellín su obra maestra, un crítico insinuó en Bogotá que la creación extraordinaria «había sido traducida del francés»... Plagio.

El mérito no está en el cuento mismo, «sino en la manera de relatarlo», –atajó Mariano Ospina al de la crítica improvisada, a quien quizás no atizó mala intención sino una de tantas falacias de la memoria. Creería haber leído eso, o algo de eso... ¿adónde? ¿cuándo?... y se precipitó a señalar procedencia y a exigir originalidades.

¿Por qué se le ha de exigir originalidad, vieja y desacreditada entelequia, al que adopte un cuento mostrenco y lo revista de

forma nueva? Sería igual que pretender llamar ladrón al que cazó en campo libre un animal silvestre.

El motivo aprovechado por el gran Carrasquilla adquiere para los dominicanos más valor aún y constituye una enseñanza. Aparece trunco en el Sur de Santo Domingo y, si se cotejan el de él y el que andaba por aquí levente, se nota entre ambos la misma diferencia que existe entre un vidrio y un diamante granado. Su trabajo sería bastante para inmortalizar su nombre, si no fuera autor de obras maestras.

La señorita Anacaria Sánchez, de Enriquillo, cuenta que San Patricio le ofreció a una infeliz viejecita, por haberlo hospedado en su choza, premiarla con lo que apeteciera. Ella escogió el poder castigar sin vara y sin foete a tres ladronzuelos que le hurtaban las peras de su único peral:

–Que cualquiera que se trepe en el árbol no pueda bajar sin mi permiso, hasta que se arrepienta –pidió la desvalida.

El santo le otorgó el don; pero el caso tuvo complicaciones insospechables. Antes de que los pilluelos aparecieran la vino a buscar la muerte y aquella desdichada, a pesar de su vivir miserabilísimo, no quería morir aún. Le pidió a la inexorable que la esperara trepada en el peral en lo que se vestía de limpio para seguirla al otro mundo. Recostando la guadaña al tronco se subió la muerte al árbol y sobre la ramazón se estuvo inofensiva, quieta, hasta que sobrevino un conflicto colectivo. Desde entonces los humanos no enfermaban ni morían.

Bostezaba el médico sin formular recetas, innecesarias; el boticario andaba preocupadísimo y acabó aburriéndose sin despachar menjurjes; no se vendía madera para ataúdes; al de la tienda se le mohoseaban las telas usuales para sudario y las de luto se apolillaron; el Cura no ganaba con *requiescat in paces y responsorios*; y al zacatecas el hambre le pegaba ya la barriga del espinazo. Quedaba todo en suspenso. El diablo, enfurecido, figurándose víctima de intolerable engaño fue a reclamarle a San Pedro... mientras San Pedro creía, no viendo asomar a su portón ni un alma, que todas se estaban yendo al infierno. El conflicto acabó cuando a la vieja le dio la gana.

En el cuento del inmortal Carrasquilla se eslabonan motivos expuestos con señorío. ¡Qué maravilla de estilo, qué léxico enriquecido, qué ambiente y qué maestría para mantener la atención encendida! En la República Dominicana el asunto es uno, escueto, directo a un fin y se le ve clara la procedencia exótica: Santo Domingo no produce peras y San Patricio no es ni ha sido santo de nuestra devoción.

Cuentos populares: sin tiempo determinado y de todos los tiempos; carentes de geografía y acomodados a todos los climas; pasajeros por su fisonomía cambiante, perennes por las humanas ansiedades y pasiones, que son eternas. ¿Cuáles son los recursos, los ingredientes preferidos, los más usuales en el cuento popular? ¡La Muerte! Abundantes aventuras, enredos sorprendentes; las complicaciones afluyen y se revuelven como arroyuelos en el caudal del río. Se acredita lo fantástico: lo absurdo tiene carta de ciudadanía. El Diablo en apariencias distintas; San Pedro intercesor protege al inocente y premia al bueno; el Cura, buen consejero y defensor de la porción de Dios comprendida en cada ejemplar humano; el milagro oportuno que salva al niño arrojado al mar porque anunció un Augur que había nacido destinado a un lisonjero porvenir; el Rey malo y el buen Rey; el pobre que sale a correr tierra por cambiar de situación económica; el Culebrón, el Judío, la Bruja, el Nigromante adivinador; el número 3 y, en menor proporción, el 7: ambos cabalísticos; y todo regido por el Destino y casi todos los problemas resueltos al fin a gusto del auditorio, igual que en la comedia clásica. Abunda el tesoro que en las Grandes Antillas y en Tierra Firme, sobresaltadas de piratas, escondían enterrado en panzudas botijuelas en que envasaron el aceite que mandaban de Andalucía. El tesoro está enterrado ahí, a tantas varas de tierra, en el caserón derruido o al tronco de un árbol gordo. Lo cuida, vigila sin pestañar, el espectro de uno a quien mataron para ese oficio. El alma velará hasta que el azar haga venir al afortunado y valeroso que venza riesgos y desentierre las onzas de oro y piedras preciosas.

El argumento suele ser un pretexto y a veces un detalle vale más que el cuento mismo. Una doncella pobrísima, enriquecida de repente por capricho de la fortuna, pasa calzando sandalias de plata,

y luciendo collar y sortija de filigrana. Va emperifollada, crecida de arrogancia y satisfacción tan grandes que para andar se empina de cuadriles, tanto que acaba convertida en ganso. ¿Castigo a la vanidad? ¿Moraleja? No: uno de tantos detalles sabrosos.

El Ogro, el Troll de Escandinavia, es por acá Brujo, cuando no Genio omnipotente, guardián de tesoros y de la joven de belleza y virtudes mansas, enamorada fiel que suele convertirse en flor o paloma blanca, como en los albores de la antigua Grecia se transubstanciaron aquellas dos en ruiseñor y golondrina. El anillo de Polícrates aparece aquí igualmente en el buche de un pez. El bestial e insaciable comilón, ahora orgulloso de ser poeta, y Pedro Artimañas (¿el Urdemalas de Cervantes?) son supervivencia de Polifemo y Ulises. El Cuervo que habla en Cálila y Dimna, en América ha ganado buen humor, y la Culebra, ya casi cristianizada, maestra agradecida que enseña a comprender el lenguaje de los animales, evidentemente es hijuela de aquella del Paraíso Terrenal. El Pájaro calla lo tuyo y cuenta lo ajeno¹, es reaparición del Pajarito verde que todo lo sabe, familiar en la Francia medieval. La Jaiba que en el *Innominado* por salvar la vida revela un fantástico nombre, puede ser disfraz del Pescadito dinamarqués, que advierte el peligro.

Blancaflor no siempre es romance en versos o prosificado. Ahora, referida por Anacaria Sánchez (N.º 10) hace recordar un nombre opacado en el discurrir del tiempo. Más tiene de aquella dama provenzal «que se distinguió por sus aficiones a la poesía y la protección a trovadores y demás cultivadores de la *gaya ciencia*, que presidió cortes y *puís* de amor y ella misma escribió *tenzones* y canciones de gesta»..., que del romance español y el mito heleno. Llega transmitiéndose oralmente durante centurias sucesivas, con inextricables interpolaciones y mixtificaciones, trastrocadas sus virtudes verdaderas; pero intacto el perfumado nombre: ¡Blancaflor! y como atributo inmarcesible su afición a la poesía. Lo que hubo de un posible romance anónimo, o de rimas

¹ Para un segundo volumen: *El Pájaro calla lo tuyo y cuenta lo ajeno*; *La Guitarra que resucita los muertos*; *Sabía, astuta y entendida*; *De una cabra con tres patas*, relatados por Fabio S. Arache, y *El Caballito de Colores*, recogido por Federico S. Blandino.

El Dr. Luis Ernesto Florentino recogió en Las Matas de Farfán el Cuento de Camino, modelo del género: *Jesucristo, el hombre y la curiosidad del toro*.

propias, se enrevesó y redujo a coplas intercaladas en ficción de enredos, ecos líricos de un amor sometido a pruebas inverosímiles, impuestas por maldad y arte de magia de las que se triunfa en un final placentero «para ejemplo de novios leales».

El tesoro adquirido por milagro en el cuento y la leyenda, acaso entraña evasión espiritual, momentáneo escape de la penuria en que viven criaturas pobres de nacimiento que sueñan con fantástica riqueza. Pero, ¿por qué se mantiene en América, pertinaz republicana, el apego a un rey inverosímil que se aviene a casar la hija con el heroico advenedizo de buena estrella? Sigue la evasión, el escape a duras penalidades. Si se escudriña, en cada aventurero triunfante se encuentran disimulados el propio relator y su auditorio, secretos soñadores con mando, título de nobleza y caudales inagotables. Quizás el mayor número de esos cuentos proviene de la fecunda etapa en que humildes antepasados nuestros obraron maravillas: pasando de la miseria orgullosa a ser conquistadores de imperio, de humildes sacerdotes a santos de calendario, enaltecidos hijos de Dios y de la incomparable Isabel de Castilla, súbditos de Carlos V y del gran Felipe II, rezador, estoico y temido, y el rey más poderoso del mundo. De ellos fuimos. De un Fernando VII y de la Isabel II nos separamos y ni en cuentos hemos querido ser.

El que un cuento popular adquiriera o readquiera alguna vez indumento artístico, al ser explotado por un escritor, no lo agota ni le resta: por eso no deja de ser utilizable en cualquiera de sus características. La paloma montaraz, propicia al buen cazador, aunque la tengan por domesticada vuelve a ser cimarrona desde que la dejan libre. De *La enseñanza de la Culebra y la lección del Gallo* he oído cinco versiones en la municipalidad de Enriquillo y no debe extrañar si algún cuentista lo ha publicado en una de tantas formas. *Gamelo* es popularísimo y se publica ahora la versión menos complicada, la referida por el joven Fermín Vidal (N.º 16).

Es curioso que un motivo mixtificado, relleno de coplas en *desafío* cantadas con aire de punto *guajiro* y que para revestirlo de misterio en una de sus formas le agregaron dos versos en *patois* haitiano, mantenga en todas las versiones el nombre del vencedor: *Gamelo*.

Gamelo... ¿Corrupción de Gamella? Camello no, pues no se trata de riña de este paciente animal. *Arco en los extremos del yugo destinado al buey o al toro de arrastre*, quiere decir. «Reducir por fuerza o industria a ejecutar una cosa». En el económico léxico aldeano y en la intención del cuento: el que enyuga, el domador, el vencedor. Gamella en nuestro Sur es palabra obsoleta.

Pero al reunir o recopilar cuentos cimarrones no se ha tenido en mente rastrear pretendiendo esclarecer el origen de palabras dudosas, ni transcribir con exactitud sílabas mal pronunciadas, ni establecer parentesco con creaciones de extranjeros: de escandinavos, árabes, grecoromanos, hindús, ni egipcios. Bastante es dar a entender que el caudal en gran parte tiene fisonomía española: nuestra. Los aspectos científicos queden por cuenta de los especializados, detrás de quienes ya vendrán otros que les rectifiquen. El propósito primordial es sugerir que nuestros buenos cultores del arte desinteresado en una de sus difíciles manifestaciones, fijen su atención en la mina del cuento andariego y aprovechen el legado en los detalles que parezcan interesantes, o en la substancia, más duradera, para acrecer el acerbo nacional. ¿Por qué seguir desdeñando un venero de tan variados argumentos?

Se ha repetido que ira lo popular no resta grandeza ni originalidad, y no cesan de señalar que fue virtud del más reputado escritor de nuestra lengua la alianza entre lo popular y lo platónico.

Schiller, trágico y filósofo, enalteció un motivo legendario en un poema de amor que, aun traducido, arroba; Goethe bebió en la copa del Rey de Thule y trasegó la Noche de Walpurgis en su Fausto metafísico y humano, ¿por qué no ir a la misma fuente? Desde los días del Renacimiento hasta hoy nadie se adueñó de motivos mostrencos con más diestra avidez que Cervantes y Shakespeare, genios universales.

En Santo Domingo, con honrosas excepciones, buscando la original nos apartamos del pueblo o lo encerramos reduciéndolo al criollismo. ¿Pero es que en el argumento que parece más original, por su rareza, no se percibe más pronto el rasgo que denuncia un precedente?

Los escritores que no han convivido con los campesinos los imaginan simples y cuanto producen, tosco. Acaso parte de ahí

el que en América se haya impuesto un patrón para todos los casos. No olvidemos que el campesino es numeroso y complejo, como el urbano. ¿Bastará suponer torpeza mental y vocabulario estropeado para dar su exactitud? Se inclina a aprender el cuento de fondo limpio y la décima y copla finas el que tiene espiritual delicadeza. Por lo demás, no es más auténtico el motivo rústico porque se le presente con palabras estropeadas.

La anciana María Cleofás de Cuesta es señora de compostura. Pulcras ella y su casita encalada. Elude el vocablo que se le antoja ordinario y repugna la alusión de doble sentido. La copla y la décima en sus labios se vuelven nobles, ¡y cómo ponía el mirar turbado y qué trabajo le daba al fin del cuento (N.º 2) explicar el susto del valeroso aventurero «cuando se vio los fondillos», por no pronunciar esta palabra!

–Cámblele esa palabra, usté que sabe... –suplicó.

–Amiga Cleo, su cuento es un gran cuento y si le cambiamos esa palabra pierde frescura y sabor. *Bien está la gallina con su pepita.*

Baste ese ejemplo.

A uno de mente práctica le oí que las hazañas *del que andaba buscando lo que no se le había perdido* terminaron con el regreso a su casa, sosegado con el tesoro que le dio el muerto. Según otro, ya enriquecido, capitula maridado con la Marimanta. Y aquella inolvidable maestra que limitaba la enseñanza de la aritmética a *las cuatro reglas*, de irreverencias gramaticales y de sumisa fidelidad al «irreprochable» catecismo del Venerable Jerónimo Martínez de Ripalda, le veía interés al héroe desde el día de su bautismo hasta que el tiempo, obligándole a mirar atrás, le hizo comprender lo vana de sus andanzas.

Numa Pompilio Sánchez ha sido colaborador principal en la selección de los relatores para reunir el material de este libro. A él se deben los cuentos números 1, 5, 15 y 20, y observaciones comprendidas en la nota preliminar, la supresión de repeticiones y muletillas... «Entonces fue cuando»... «Como le voy diciendo»... «Fíjese, fíjese»... «Más sinembargo»...

Nacido, criado y residente en su aldea, rindo un tributo diciendo quien es este colaborador que aún se interesa por servirle al prójimo. Abrumadoras penalidades se ensañan contra él y le

enseñan a meditar con resignación cristiana. Anciano, enfermo, ciego de mente lúcida, Job le superó en riquezas, no en mansedumbre, prudencia y padecimientos. Fue dirigente hábil de sus compueblanos; en más de una ocasión, Jefe departamental, y Juez de Paz durante lustros. Se habituó a escrutar conciencias y acababa siempre inclinándose a la piedad. Lector de claro discernimiento, hubo en él un escritor natural que el medio estrecho en que se movía le impidió manifestarse. Amó la frase bella, la sentencia atinada y el período solemne. Su benévola ironía, ¿no estará implícita en el final de *Los Tres Consejos*? ¿Será injerto suyo «el diamante que se enciende en la bóveda celeste cuando el sol acaba de morir?» Nadie puede asegurar si en *De cómo el hijo del Destino mejoró su suerte* confundió él sus ansiedades con las del personaje enloquecido que una anciana andrajosa intenta estrangular su propia suerte. Raras escenas en un cuento popular, y más raro aún ese tremendo «anúlate, si quieres vivir en paz».

En cada lector habrá un crítico a quien le corresponda pensar si aprovecha, en la intriga que viene sobre los siglos de voz en voz, la añadidura ingeniosa que intencional y sabiamente intercala el relator.



DE CÓMO EL HIJO DEL DESTINO MEJORÓ SU SUERTE

-I-

Hace ya mucho tiempo, ¡mucho tiempo!... que en un país lejano vivió un señor influyente en la sociedad, porque poseía una gran riqueza. En monedas de plata y oro tenía un millón de pesos que guardaba enterrado en botijuelas, y cerca de un millón más en caballos, mulos, vacas, rebaños de cabras, ovejas y otros animales útiles. Y a aquel hombre opulento le nacieron dos hijos. Al primero lo bautizó el Cura con el nombre de Teodoro y parece que el agua bendita estaría muy vieja, porque el muchacho salió flojo, y decir que Dios le otorgó siquiera una mediana inteligencia sería levantarle a Dios y a él un falso testimonio. El segundo, nacido el día de San Agustín, salió avisado. En la adolescencia los hermanos quedaron huérfanos y los picapleitos intrigaron tratando de enemistarlos para sacar ventaja; pero Agustín, que estudiaba y aprendía lecciones de buenos maestros, rechazó las intrigas y por su esfuerzo se duplicó la herencia. Teodoro salió de su flojera para darse a la buena vida, pensando que las cosas del porvenir se encarga de resolverlas Dios gratuitamente. Un día su hermano lo llamó a capítulo:

–Hermano: –le dijo– hace siete años que murió nuestro padre, que en gloria esté; hace siete años que yo hago crecer la riqueza que heredamos de él; hace siete años que en nada serio te ocupas y finalmente has contraído el hábito de despilfarrar dedicándote

al placer fácil. Te he suplicado que reflexiones y no me haces caso. Hoy te invito a dividir lo heredado y las ganancias; y cuando hayas malgastado la mitad que en justicia te corresponde, llámame, que siempre tendré para tí conque puedas seguir viviendo cómodamente y, cuando te cases, continuaré siendo tu protector y el de tus hijos.

Teodoro aceptó sin vacilar la proposición. Dividieron el capital, y como ya los pastos de la región resultaban insuficientes para tantos animales, Agustín trasladó los suyos a nuevos hatos que a juicio de hábiles pastores eran copia del Paraíso Terrenal, y él se fue a vivir en ciudad más importante.

Mientras sus ganados se multiplicaban invirtió su dinero, todo su dinero, en negocios de seguro rendimiento. Sucedió lo inesperado: los negocios, contra lo previsto ciñéndose a cálculos y números infalibles, por causa de la guerra en que se vio envuelta la nación se paralizaron y no hubo rico que no quedara amenazado de ruina. Para evitar pérdidas Agustín decidió vender parte de sus reses; pero al llegar a sus hatos encontró que el mayor número de sus animales lo consumió el ejército y los pastores, previsoramente, se asociaron a unos bandoleros y arrearon los restantes: pasaron la frontera y los vendieron en el país enemigo. Le dejaron un papel escrito haciendo constar que la peste no dejó siquiera una cabra viva... Contrariado regresaba a la ciudad, cuando un terremoto destruyó todas las casas que le pertenecían y los ladrones, aprovechando la natural confusión, removieron ruinas, se robaron joyas, dinero, vajilla y cuanto pudiera ser utilizable.

Arruinada la ciudad y más arruinado él, se fue a correr tierras armado de lo único que aún poseía: su inteligencia cultivada con las lecciones de competentes maestros. Lo extraño fue que los entendidos no lo necesitaban, los ignorantes no lo entendían, y los demás desconfiaron sin comprender que un joven tan culto y de conducta honesta fuera tan pobre y todo le saliera mal. Dedujeron que su mala suerte podía ser contagiosa. Rehuyeron su trato y se avisaban: ahí viene el azaroso. Así bajó tanto en la escala de la miseria que en plena juventud parecía un anciano, macilento, desarrapado y despreciable. Veinte años después regresó al lugar

de su nacimiento, convencido de que su hermano estaría en tan lamentable situación como él.

Al llegar a la ciudad la encontró engrandecida, desconocida. Alcanzó a ver un templo majestuoso y se dirigió a él para rezar un Padrenuestro y al fijarse en la fachada, buscando un punto que le sirviera de orientación, vio escrito en el frontispicio con grandes caracteres:

—IGLESIA DE LOS MILAGROS—
FUE ERIGIDA A SAN TEODORO POR EL GRAN FILÁNTRPO
Y CRISTIANÍSIMO SEÑOR DON...

Pestañeó, se frotó los ojos, volvió a mirar, y tuvo al fin que rendirse a la evidencia: el edificio que tenía a la vista fue erigido exclusivamente con un donativo de su hermano el malbaratador.

—¿Estará vivo? —se preguntó.

Anduvo observando la ciudad, transformada de modo que parecía otra. Al doblar una de tantas esquinas oyó repetir el nombre de Teodoro; lo encontró escrito a la entrada de una amplia plazoleta en donde jugaban niños; más allá lo alcanzó a ver sobre el portón de un hospicio para ancianos desvalidos, y otra vez al pasar frente a un mercado en donde hormigueaban prestamistas, buhoneros, cocineros, cocineras y dos cocheros se insultaban con groseras injurias.

—Eres un lengua sucia, —vociferó el menos escandaloso— que no mereces poner tus indecentes patas en este mercado. Si te oye don Teodoro hasta se arrepiente de habérselo regalado al pueblo.

Así, sin preguntar, se informó de que su hermano estaba vivo, de que era el varón más estimado en la provincia, el más querido en la ciudad, y de que por sus merecimientos le acababan de otorgar el título de *benemérito de la patria*. Se acercó al palacio en donde residía el afortunado y en un descuido del portero llegó por el traspatio, tocó el portón y se anunció pidiendo que lo recibiera. Los sirvientes se agruparon intercambiando guiños de burla y anunciaron su visita para explotar la ocurrencia y divertirse ante la cara que iba a poner su amo cuando viera a aquel andrajoso y trastornado del juicio pretendiendo ser hermano suyo. Salió Teodoro y... no lo reconoció.

–Hermano: fijate en mí, soy Agustín, –suplicó el aparecido.

Tan lastimera persuasión puso en la voz que el millonario se enterneció, abrió los brazos y estrechó a aquel simulacro humano cubierto de andrajos. Le parecía increíble que su hermano, tan diligente y sabio, hubiese descendido al estado más deplorable.

Pasaron días y vinieron días. Por fin, con recursos que le dio Teodoro, Agustín decidió por segunda vez ir por esos mundos de Dios a averiguar cómo podría mejorar su suerte. Consultó a sus viejos maestros; y como los hombres de ciencia nada que le orientara supieron decirle, se fue adonde un famoso nigromante que sabía todo lo pasado y en un gran libro de cábalas leía el presente y descifraba lo porvenir. Pero ni ese supo darle explicación convincente. Perdía los restos de su obstinada esperanza cuando el inferior de los adivinos, un simple brujo, le aconsejó que se dejara de consultas y se dirigiera a la cabaña de Siña Ambrosia.

–¿En dónde queda eso? –preguntó.

–En la travesía que pasa por aquel monte que desde aquí se alcanza a ver. No es muy accesible el lugar, –respondió el brujo– y le cobró cuatro reales por su trabajo.

La paciencia se le acabó al fin cuando después de mucho caminar llegó a una cabaña en donde, arrimada a un horcón, estaba la Siña Ambrosia: vieja, sucia y encorvada por el tiempo y las hambres sucesivas. La vieja estuvo un rato mirándolo, como si antes lo hubiera visto y tratara de reconocerlo.

–Buenos días, anciana, y que Dios mejore los años que te faltan por vivir. Vengo a preguntarte quién eres y qué razón que me guíe puedes decirme; yo...

La vieja no le dejó terminar.

–¿Pero eres tú? ¿Tú? ¡Hijo! ¡Hijito! ¡Cuánto tiempo hace que te estoy esperando! Quieres saber quién soy... Fui ambrosía y ahora soy Ambrosia: tu fortuna... Abrázame, hermano mío.

–Para una fortuna como tú, –exclamó Agustín desesperado– más valdrá no tener ninguna.

Fuera de sí le dio a la anciana un empujón y le iba encima tratando de estrangularla, cuando ella imploró:

–Hermanito: no me mates, que te suicidas. Considera que estás en mí y que ni tú ni yo somos culpables, sino el Destino.

–¿Y en dónde, en qué escondrijo está el malvado Destino? Habla, o te machaco a palos, vieja de Lucifer.

Siña Ambrosia estaba temblando. ¡A pesar de su total miseria no quería morir!, y respondió:

–Sigue caminando por esa vereda y no te detengas hasta encontrar un castillo. No lo describo porque cada día cambia de aspecto. En él encontrarás la explicación que indagas. Te advierto que por mucho tiempo que permanezcas en él nada preguntes. Haz en silencio lo que veas que hace el guardián, que es un gigante muy forzado.

El viajero reanudó la marcha. Al tercer día de seguir por un sendero que después de cada curva se volvía más pedregoso, a la hora del crepúsculo vespertino alcanzó a ver un edificio brillando en el occidente. Lo acariciaba el terral después de barrer las brumas. Sobre el oro de sus columnas altísimas ardía en la techumbre un rubí que explotó, incendió el poniente y en la bóveda celeste se incrustó el diamante que brilla cuando el sol acaba de morir. Temerario avanzó de prisa, llegó y penetró en el castillo. Todo en él deslumbraba, porque era de oro puro. El mismo guardián brillaba como si fuera de oro. Paredes y ajuar eran de oro. Se sentó en silencio y sombras mudas se le acercaron y le sirvieron de almorzar en una vajilla de oro. El licor parecía también de oro. El gigante se sentó a comer y él lo imitó, callado. Comió con buen apetito ¡Cómo tragaba Agustín! Parecía estarse desquitando de todas las hambres antiguas y de las que pudieran acecharlo en las andanzas futuras. Por la noche, cuando se acostó el gigante, se tendió él también a dormir en cama de oro bruñido. Al filo de la media noche despertó. Muchedumbres de almas lanzaban alaridos que llenaban el firmamento.

–¡Ay, Destino, Destino! Atiende el ansioso clamor de tantas almas que vienen a pedirte: ¡dales de lo que tienes!

El gigante se incorporó, soñoliento extendió los brazos, abrió los puños y derramando cataratas de oro, dijo:

–Allá va esto, para los que nacen en este día.

Y se volvió a acostar. Por la mañana del día siguiente Agustín notó que todo en el castillo era de plata. A media noche se repitió escena idéntica a la anterior. Otro día el castillo era de hierro,

y al otro de plomo, y al siguiente de hojalata, y hubo un día, el séptimo, que amaneció ruinoso, remendado con desperdicios y el gigante y él comieron insuficiente y mal alimento en higüeras viejas. En cada una de las siete noches se oyeron muchedumbres de almas que nacían dando alaridos y el gigante se incorporaba derramando a manos abiertas lo correspondiente, repitiendo:

–Allá va esto, para los que nacen en este día.

Después de las siete noches sucesivas y el averiguador presentar los diferentes cambios y dones, el gigante interrogó:

–Y tú, ¿qué pretendes?

–Señor: te doy las gracias, aunque tu pregunta sea fórmula de rutina. Si desde el principio de mi vida la riges tú y ni un instante la has dejado libre, tú sabes a lo que vengo. ¡Pero ordenas y hablo! Vengo a saber y si lo consientes a palpar la causa de mi desdicha. Sabes que he querido *ser, ser* para contribuir a realizar en gran escala el bien de mis semejantes; y creyendo que el ignorante no establece obra de valor apreciable, escogí sabios maestros, que me ilustraron. Números exactos, estadísticas severas y cálculos comprobados y ceñidos a la experiencia, puse en acción discretamente, y tú sabes que me llevaron al desastre.

–No te encampanes, muchacho: háblame llanamente.

–Pues... en otras palabras te diré lo mismo. Aré en terreno fértil, escogí y sembré en él semillas sanas, y he visto nacer de ellas espinas que punzan y bejucos que destilan veneno; en sabanas del mejor clima y yerbazales extensos, los malhechores, el hambre y la peste arruinaron mis ganados; sobre cimiento firme levanté edificios; puse el pie en ellos, tembló la tierra y los vi convertirse en ruina; recorrí ciudades y casi siempre he visto a la sabiduría subordinándose a la ignorancia, a la diligencia juiciosa arrodillada ante la pereza astuta, a las leyes de la economía fracasar mientras prosperaba el dispendio loco.

–Encógete y abrevia, muchacho, y... no alteres la voz –dijo el gigante tapándose la boca para disimular un bostezo.

–Bajo injurias y desprecio vengo buscándote y hace siete días que, a punto de enloquecer, en una anciana lastimosa corporicé mi suerte, la interrogué, en ella me respondí y quise en ella estrangular mi alma. Al fin...

–Nada de fin, tontear: no hay fin. No creas tampoco que la anciana aquella es ningún símbolo ni fantasma de la imaginación. Ella también venía buscándome y cuando alcanzó a ver el castillo sacó un espejito para arreglarse el moño y ensayar coqueterías. Se contempló y al ver el cambio que el tiempo y la miseria habían efectuado en su rostro el espanto la dejó decrepita. Ahí está desde entonces suponiendo y contando cosas que asustan. Continúa.

–Tras de mucho andar averiguando, logro encontrarte; pero al verte derramar abundancias y penurias sin discernimiento, según parece, quedo sin entender el por qué y la finalidad de tus acciones.

–Otra vez yerras: tampoco yo lo comprendo, ni sé quién me impulsa ni por qué ni para qué actúo fatal y maquinalmente. La máquina que enmohece y tiene que seguir girando sin poder siquiera aburrirse ni gastarse, ni esperar que la sustituyan, ¿cómo podría darte respuesta satisfactoria?

–¿Te burlas, o acaso te han irritado mis desplantes?

–¿Irritarme? Suponiéndome inteligencia tocaste el resorte que conmueve por igual al cobarde y al valiente, al necio y al sabio y que hasta a las máquinas les da mayor impulso: en lugar de disgustarme estás halagando mi vanidad y te me haces agradable a pesar de que pareces algo lunático.

–Mira: vine obstinado en cambiar mi suerte para contribuir al bien de los demás: ayúdame.

–No puedo.

–A tu lado cumplo hoy mis cuarenta años y el sueño que me ha hecho sobrevivir, soportando vicisitudes, acaba de convertirse en ceniza: si estoy enloqueciendo cúrame.

–No puedo.

–He sufrido y no he vivido. Ahora, entre la ceniza de esos cuarenta años se están encendiendo brasas y siento que en mi sangre se origina un cambio, menos noble, pero más exigente: ardo en deseos de gozar; resucítame y dame el modo de satisfacerlos.

–No puedo.

–Pues saldré de aquí a decir lo que nadie ha dicho, en un libro que escandalizará y asombrará al mundo.

–No lo intentes. Si el libro te sale sustancioso los críticos eminentes dirán que eres plagio de uno de tus maestros; los

envidiosos, que eres demente, y los prudentes convendrán en que el libro es indudablemente bueno, porque lo escribió tu hermano; y si procuras poner la verdad en claro sabrás lo que ni remotamente sospechas: la vanidad de autor, que es implacable, hinchará a tu hermano y él hará que te encierren en el manicomio.

–Entonces, por piedad, dame la muerte o la resignación.

–No puedo. Suplicas inútilmente, que al recinto de este castillo no se acerca la piedad. Naciste con tu estrella el día de la miseria absoluta y de ella ni yo puedo librarte.

–¡Ay, alívame siquiera embotándome el don de pensar!

–Hace rato que me pregunto cómo podría valerte. No por conmiseración ni porque trataste de halagarme tocando el resorte mágico de la vanidad, sino porque siga rodando la bola del mundo, te daré un consejo si prometes seguirlo.

–Dámelo.

–Anúlate, si quieres vivir en paz. Tu hermano tiene una hija bastante insulsa y nada bonita, que nació la noche en que yo derramaba oro. Es casadera y ya el alcalde la mira con ojos de interés especulando casarse con ella, por la riqueza. Anticípate a él y convence a Teodoro para que te la dé en matrimonio, y si te la diere cástate sin perder minuto, antes de que se arrepienta. Después... *anúlate*. Nunca, ni de juego digas *esto* o *aquello* es mío. A cualquiera que te pregunte a quien pertenece hasta el menor objeto que utilicen en el matrimonio, le responderás con precisión: es de mi mujer. Ahora... vete.

Se fue el infeliz, sin volver la vista. Anduvo, anduvo, anduvo, hasta regresar al palacio de su hermano.

–Teodoro: –principió a decirle después que almorzaron– he recorrido nuevamente el mundo, lo he ensayado todo por cambiar de suerte y siguiendo el consejo de quien no debo mentar vengo a pedirte a Agustina en matrimonio. Será la única manera de que yo pueda ser feliz.

El hermano se rascó la cabeza, tratando de descubrir con las uñas la respuesta conveniente; pero como no tenía talento solo se le ocurrió pensar a cuánto sumaría la dote si la muchacha se iba con el alcalde, y en la diferencia de edad entre novio y novia si la casaba con el hermano; diferencia que, a su juicio, podría traer

consecuencias graves. Pensó y pensó; pero como el amor de padre no quita conocimiento contrapesó que su hija no era la más bonita: motivo suficiente para no andar con remilgos al escoger con quién casarla. Se efectuó la boda de sobrina y tío.

En el nuevo hogar todo era opulencia y la riqueza crecía, crecía, crecía, y el desdichado volvió a ser *don*, Don Agustín, y hasta principió de nuevo a creer que el talento y la cultura tienen valor en la tierra. Una tarde en que él se sentía lo más feliz que se puede ser en su especial condición y a pierna suelta disfrutaba del bienestar presente, vio que se acercaba un viajero cabalgando en una excelente mula. Aquel desconocido, un burgués de esos que gozan y se entusiasman ante la riqueza ajena, interrogó:

–Amigo: ¿podría usted decirme de qué príncipe es este palacio?

El orgullo, que muchas veces ha sido enemigo del hombre, infló a Don Agustín y le hizo responder:

–¡Es mío! Todo lo que está a la vista de usted y mucho más, es mío...

–A quien Dios se lo dio San Pedro se lo bendiga –comentó el desconocido, contento como si fuera copartícipe del bienestar ajeno, y continuó viaje.

No se perdía aún de vista el caminante cuando comenzó a arder una esquina del edificio. Se estaba derrumbando parte de la caballeriza. El primer fruto del matrimonio, que cumplía siete años, corrió a ver y cayó boca abajo y se rompió un diente. Alguien gritó:

–¡Misericordia! ¡Temblo de tierra!...

Dándose cuenta de su pifia Agustín saltó y montó en un caballo sin ensillar y pareciéndole que todo amenazaba venirse abajo corrió a escape detrás del transeúnte, quien alcanzándolo a ver sin sombrero y desmelenado, creyó que iba en su persecución para asesinarlo y desbalijarle. Dando espuelas el caminante aflojó riendas, y como la mula se resistía y columpiaba en vez de correr, echó pie a tierra y se internó en la manigua huyendo.

–El rico, –pensaba el desconocido– es un salteador profesional, o un loco furioso. Me asesina... me asesina ineludiblemente.

–¡Amigo! ¡Ey, amigo! –oyó que el salteador venía voceando. El palacio no es mío. Yo nada tengo. Yo no soy más que un chisgarabís:

¡un domesticado! Párese y oiga, ¡por Dios!: todo aquello, y esto, y lo de más allá, es solo de mi mujer.

–¡Ah!... El ricachón es un loco manso: acabáramos, –se dijo el fugitivo dándose ánimo.

Salió al camino, montó en su mula y prosiguió viaje.

Regresaba Agustín sobresaltado, cuando alcanzó a ver que los siervos apagaron el principio de fuego; que el niño jugaba con el diente de leche que ya tenía flojo, y que todo en la espléndida residencia readquiría su habitual calma. Desde el balcón, la sobrina y esposa, riendo como una boba, le preguntaba:

–Agustín, ¿qué avispa te está picando? ¿De dónde vienes así, con esa facha de loco?

–De allí mismo... de allí mismo, mi querida Agustina. Por halagarte quise comprobar si todavía sigo siendo tan buen jinete como era antes.

Así fue como el hijo del Destino mejoró su suerte.



EL CUENTO DEL QUE BUSCABA LO QUE NO SE LE HABÍA PERDIDO

- 2 -

La sobrina del Cura, en traje dominical, pronunció las palabras impuestas por las buenas costumbres:

–Compadres, ustedes nos entregaron el niño moro... nosotros se lo devolvemos cristiano.

Tras el:

–Gracias, mis benditos compadres, dicho a un tiempo por los progenitores del animalito, cuando apenas la madrina acababa de colgarle del cuello una cuenta de azabache para preservarlo del mal de ojo, ya el reverendo padrino se había sentado a la mesa colmada de un desayuno abundante, variado y sustancioso.

La joven madrina, que era muy lista, comprendió a poco que ella y su tío habían contraído un vínculo con un par de locos.

–Va a ser inteligentísimo, comadre, –prophetizó zalamera y entusiasta, por ser la primera vez que desempeñaba un papel importante. Inteligentísimo y muy valeroso: ni el chorro de agua bendita ni el efetá lo asustaron.

–¿Qué va a ser?... ¡Si ya lo es y se le está mirando que le relampaguea la inteligencia en los'ojos –confirmó la madre. Por eso yo le sostengo a Marcelo que a Marcialito hay que metelo a Cura. Será un buen Cura como su padrino. Y cuando mi compadre se meta a Obispo lo dejaré heredero d'esta parroquia.

–¿Cura? –atajó el marido. Ya te he dicho, y no cejo, que tendrá que sé abogao, pa que abogué contra los'abuso y meta en cintura a los pícaro que están echando a perdé este pueblo.

La porfía se estaba fortaleciendo con huevos fritos y otros manjares sabrosos, cuando a la madre se le ocurrió apoyar su propósito en el parecer del padrino.

–A mi ver y por la experiencia ganada en cabeza ajena –respondió el buen sacerdote engullendo cazabe suavizado con chocolate– es patente que los padres hacen al hijo; pero al fin de cuentas vienen a hacer lo que el hijo quiere, y solo cuando uno sale hipócrita o apocado, y este no es el caso, oye y sigue consejos paternos.

–¿Y la escuela? ¿Y el buen ejemplo? –preguntó respetuosamente el padre.

–Valen. Influyen y valen mucho.

–¿Y eso de: de tal palo, tal estilla?... interrogó la madre.

–Sí, sí, sí... ¿y la ley de herencia? –inquirió a su vez la madrina, que la víspera había leído opiniones sobre el asunto en un libro del tío.

–Existe. Existe, sobrina, y yo nada niego. Como; pero nada niego. Come tú también. Comadre, sírvale a su compadre más chocolate, que esta longaniza con cazabe atora y hay que mojarlos para que se deslicen bien gznate abajo. Ninguna ley se debe negar, ya que algunas veces en los menos inteligentes se cumplen. Por eso mi compadre debe tener muy en cuenta esa ley de herencia en la crianza de sus animales, que en los brutos casi siempre se manifiesta. Por eso hay que corregir el resabio en los muchachos, para que se diferencien lo más posible del animal. Por eso la escuela, institución cristiana, establece el buen ejemplo, que mi compadre recuerda, y corrige la herencia que mi comadre y tú proclaman con entusiasmo. Por eso hay que rezar constantemente y buscar el consejo de la Iglesia, para distinguir a tiempo y bien lo que se hereda y a quién se hereda. ¿Al padre? ¿Al abuelo materno? ¿Al bisabuelo paterno? ¿Al tatarabuelo que engendró después de curarse en apariencia la contusión que le enconó la cabeza mientras peleaba en una guerra justa? Entre tantas corrientes que se vienen entrecruzando desde Caín y Abel, no parece fácil, sobrina, percibir cuántas gotas de sangre o rasgos

del espíritu habrá recibido nuestro ahijado por tan numerosos ramos y ramitas.

–Bueno... Bueno, sea así, mi bendito compadre, –consintió el padre. Entonces, viniendo a lo nuestro, ¿qué carrera nos aconseja usted pa Marcialito? Abogao, ¿verdá?

–Cura –interrumpió la esposa.

–Esperemos. Esperemos, –dijo el párroco sin dejar de comer. Cuando cumpla sus siete años ya escudriñaré mientras le enseñe el catecismo a látigo y palmeta; y cuando sepa nadar y guardar la ropa le escogeré la carrera que sus facultades le faciliten. Aseguro que le ayudará a abrirse camino. Mientras tanto, que coma con los dedos o con cucharita de estaño, no importa. Lo necesario es que coma, brinque, se bañe en el río o en la mar: que sea sano y fuerte, es lo que conviene.

Ser sano y fuerte es lo que conviene... El consejo del padrino se siguió al pie de la letra; pero antes de transcurrir los diez años el excelente sacerdote pasó a mejor vida sorprendido por apoplejía fulminante y Marcialito se negó a aceptar otro maestro. Al nuevo Cura no le hizo caso. Al maestro de la escuela pública, públicamente lo tumbó de un empujón el día que pretendió hacerle entender gerundios y participios sacudiéndolo por una oreja. Heredó la fuerza del toro, la destreza de no se sabe quién, y la valentía de algún otro antecesor del que no se ha tenido memoria. A fuerza de puños se hizo temer del jefe de policía y sus agentes y respetar del alcalde, que era juicioso. Las reflexiones de vecinos circunspectos le entraban por un oído y le salían por el otro. Los consejos de los padres y la madrina, a quien quería entrañablemente, los recibía con mansedumbre aplazando la ejecución para más tarde. A los dieciocho años lo reclutaron y mandaron a la guerra. Durante dieciséis meses su fuerza, su generosidad y su valor temerario causaron asombro. Le dieron medallas y grados, y en seguida perdió grados y medallas por su carencia de disciplina.

–Padre... Madre... –dijo una madrugada estirándose en un rebo-samiento de fuerza– échenme la bendición y pídasle a mi madrina que rece por mí. Ustedes y ella estarán siempre en mi recuerdo vigilando mis acciones. Una voz interna me ordena que vaya por esos mundos a ver si encuentro algún ser poderoso y temible que

aplaque la ansiedad que hierve en mi sangre y me haga entrar en sosiego. Cuelgo de esta alcayata el trabuco y el sable: no creo que los necesito. Mis puños y una cachiporra de guayacán me bastan para imponer respeto.

En el traspatio preparó el arma vegetal, que lo haría célebre, y se irguió, y aspiró aire puro abriendo los brazos en cruz, desapareciendo luego.

Pasaron días y vinieron días. Los meses y los años se sucedieron y el vigor y la valentía no se le aminoraban. En los tumultos de la ciudad los guardaespaldas de los políticos se escondieron para dejarlo pasar. En los holgorios domó a los bravucones que simulan estar borrachos para entrar de aguafiestas a la hora de empezar la danza. En los hatos tumbó a los toros bravos dominándolos por los cachos. En las encrucijadas espantó al ladrón de camino que pretendía forzar a una joven desamparada, y en plena noche, arrechando por una vereda, se burló del diablo que se apareció tres veces tras el graznido agorero de la lechuza. Cuando el terremoto grande, lo alcanzaron a ver trepado en las ruinas de la ciudad oteando por averiguar qué provocaba las sacudidas tremendas, mientras de miedo a él seguía temblando la tierra. Frente al azote de los vendabales, cruzando el mar, permaneció impertérrito y días después se sobrepuso a las caricias de la sirena que había jurado domesticarlo. Sin mirar atrás seguía andando, andando, andando... hasta que al fin, bajo la amenaza de un aguacero llegaba al hospedaje famoso, regenteado, según pareceres distintos, dizque por un Serafín, por un Hada, una Marimanta, o una Marimacho. El sol poniente doraba la casa desde cuyo balcón una mujer miraba acercarse el nublado y al hombre.

Ángel o Serafín a la distancia: de cerca bruja, o mujer acogedora, aparentemente asequible y peligrosa como las malas pasiones. Para saludarla no encontraba la palabra adecuada y por primera vez sentía turbársele el ánimo:

–Señora mía, salud y dicha. No sé si es favor de Dios llegar para deslumbrarse.

A pesar de las lecciones de su viejo maestro, las palabras de cortesanía siempre le salían titubeantes y torpes. Entrecerró los ojos y en el fondo de la conciencia vio que su madrina lo estaba

mirando y recordó su profético reproche: –Nunca dejarás de ser niño; indomable, pero niño.

–Bienvenido, Señor; entra y reposa, –respondió ella.

Se repuso, y habló francamente:

–Señora: yo soy Marcial, Marcial el de la cachiporra, el bien mentado en todas partes.

–Bienvenido, Señor, te esperaba; entra y reposa.

–Señora: vengo entumecido. Por primera vez tengo sueño y... solo apetezco dormir. Nada más necesito: como cada veinticuatro horas y hoy almorcé al medio día. Toma esta moneda y ordena que me den cama por esta noche.

Las pupilas de la señora brillaron con el fulgor auténtico de una marimanta; la marimanta es una bruja, la bruja es una mujer, y una mujer como aquella: arrogante, galana, perfumada, bullente de apetitos y engreída de su persona, podría perdonar una injuria; pero nunca que la desdeñe el hombre esperado y menos de un modo tan ostensible. Del tú que iguala cambió a un usted deprimente.

–Señor advenedizo, en esta hacienda solo hay disponible la cama de la vieja sirviente que enterramos ayer. Tenga esta llave y vaya a ocuparla en aquel ranchón, anexo a la caballeriza, y encontrará el descanso que apetece; y guárdese su dinero.

–A la señora le ha dado pique. Excúseme, que nunca hablo con intención de ofender, –se disculpaba Marcial mientras la señora le volvía espaldas.

Ya en el ranchón vecino, el caminante sacó del chifle un eslabón que frotó contra el pedernal y encendió una vela de cera. Luz... Un catre... Sábana limpia... ¡Qué olor! No le gustaba ese olor. Una alcarraza llena de agua, contigua a la cabecera... y, al levantar la sábana, una calavera sonriendo.

–¿Calaveritas a mí? –murmuró– la tiró a un rincón y se tendió boca arriba a dormir.

¿A dormir? Del techo, cabeza abajo, pendían docenas de murciélagos. ¡Qué olor! ¡Qué hedor! ¿A dormir? Cosa rara en él: a pensar, a meditar si no era malgastar el tiempo andar buscando el imposible que le causara miedo.

–Mis padres deben de estar ya ancianos... Las dos niñas de mi madrina tienen que estar casaderas... Casaderas. Haré feliz a la

mayor. Sí, la de los hoyuelos en los carrillos cuando se ríe. El sueño esta noche es raro; tiene caprichosos contrastes: embota como un brebaje y anima la fantasía. Casaderas... Casa...

–¿Caigo, o no caigo?

–Si no pretendes caerme encima, cae cuando te dé la gana.

Dos canillas cayeron al borde del catre. Se sentó, las colocó en el piso y se acostó del lado derecho.

–¿Caigo, o no caigo?

–Cae de una vez y déjame tranquilo.

Dos brazos y un tórax descarnados cayeron en el mismo sitio. Se sentó, cuidadosamente los puso junto a las canillas, y se acostó del lado izquierdo.

–¿Caigo, o no caigo?

–¿Me dejarás dormir? Cae cuantas veces quieras sin pedirme permiso, que yo no soy jefe de nadie.

Una lengua fétida cayó junto a la cabecera. Con repugnancia la tiró al suelo. De repente, canillas, brazos, tórax y cráneo se unieron en esqueleto que se le plantó delante invitándole a conversar, con sonidos fañosos que parecían salirle de las cuencas de la ausente nariz.

–Oye un consejo: levántate y vuélvete a tu lugar. No sigas ese camino ni permanezcas en esta hacienda dándole oídos a mi mujer. Mañana, martes trece, regresa el socio después de purgar su pena: no lo esperes.

–¿El socio? ¿Qué socio?

–El socio. ¿Pero no has oído hablar del socio? No hay plazo que no se cumpla, y hoy cumplió él treintitrés años de estar remando en galera.

–¿En galera?

–Sí. Fue condenado a galera en castigo de treintitrés robos y otros tantos asesinatos. Yo era su compañero, y el día que enterramos aquí el tesoro que habíamos acumulado se combinó con mi mujer y en un descuido pestañé y me mató dejándome para guardián del entierro que está ahí, a flor de tierra, en ese esquinero. Sácalo y llévatelo.

–No quiero dinero de robos.

–Es lástima. Mi mujer no lo merece. Lo ha buscado; pero no dejaré que lo encuentre: no lo merece. La traidora es peor que el socio: se entendió con él para esclavizarme aquí; y anoche echó veneno en el agua de la alcarraza: no la bebas. Vete. Te digo que es peor que su amante y mañana, cuando se junten, no podrás escapar.

–Bueno. Tranquilízate; no te preocupes por mí, déjame dormir y no profetices lo que ha de ocurrir mañana.

–Está bien. Por lo menos desentierra el dinero: sácame de pena. Es terrible esto de estar haciendo morir de terror a los viajeros y todo para provecho de mis asesinos.

–Muy bien: te prometo desenterrar el tesoro si me dejas dormir en reposo.

Así, mediante una transacción, Marcial pudo dormir el resto de esa noche. Al amanecer le entregó el dinero a la enojada señora. Deslumbrada ante el caudal y seducida por la arrogancia de un varón como jamás había visto, se le desvaneció el enojo y volvió a tutearlo:

–Ven, entra a tomar el café conmigo, –dijo con voz de susurro.

–¿Echaste todo el veneno en el agua, o alcanzó para el café?
–preguntó Marcial.

–No hablemos de lo pasado. Mírame y óyeme: quédate conmigo, o devuélvete, si no quieres encontrar lo increíble.

–¿Lo increíble? ¿Qué es lo increíble?

–Podrías hasta morir de espanto.

–¿De espanto?

–No lo echas a risa. Si tratas de cruzar el río por el puente, morirás de susto.

Sonrió Marcial, y, con gesto mudo, se despedía sin rencor.

La marimanta, sugestionada o enamorada de tanta bizarría, cayó de rodillas implorando:

–Vuelve atrás. Detente, unámonos en un solo destino y seré como tú quieras, hasta la muerte.

El viajero lanzó al aire el pedazo de guayacán, lo apartó con una mano, jugó con él tarareando un aire burlón, y obediente a la ansiedad que no le permitía reposo siguió su camino. Todavía al perderse de vista en un recodo se le oía cantar:

–Dicen que muere d'espanto
aquel que visiones ve.
Yo vide a la muerte encuera...
¡No sé si me moriré!

A poco andar llegó a un río de aguas revueltas. Estrecha y cimbreante viga apenas permitía el paso.

–Paga el óbolo, o devuélvete, o si te atreves tírate al río e intenta pasarlo a nado, –amenazó un tipo alto y enclenque, que parecía encargado de cobrar el peaje.

–No veo al que pretende injuriarme: llama a tu amo para que él me obedezca.

–Yo soy mi amo. Aquí aconsejo a los prudentes, que se devuelven, a los temerarios los obligo a tirarse al río, a los bravos los amanso y al que viene de fanfarrón le retuerzo el pescuezo, como a un pollo, hasta hacerle ver sus fondillos.

–Toma la paga y quítate de ahí, o te quito, espantajo.

–Pagas y porfías sin comprender que solo el que carece de juicio anda buscando lo que no se le ha perdido.

–Marcial no castiga a esperpentos: toma la limosna y apártate del camino.

–Te regodeas fanfarroneando y eres tan torpe que no te das cuenta de que soy el encargado de obligarte a entrar en razón.

La cachiporra se movió para apartar al flacucho sin causarle daño y el viajero recibió un cocotazo que le hizo tambalear antes de pisar el puente. Se alzó amenazante la cachiporra y, antes de caer sobre el desconocido, la cabeza de Marcial giró sobre el tronco y él y su cachiporra cayeron al río.

–Castigo tu falta de respeto; pero no te debo matar, que no eres malo. Sin embargo, es indispensable que aprendas a mirar atrás, –dijo el enclenque, y recogiendo al vagabundo, que iba corriente abajo, lo puso en la orilla.

Marcial, aturdido, sintió que la cabeza no estaba en su sitio.

–Olvida la cachiporra y regresa... ordenó el vencedor.

–¿Qué me ha pasado, Dios mío?

En vez de mirar de frente, la cabeza, ¡su cabeza!, trastornada, miraba hacia atrás. Abrió aún más los ojos y en un instante, con

la simultaneidad de las pesadillas, alcanzó a ver todo su pasado. ¡Su pasado inútil, su inútil juventud desperdiciada en andanzas vanas! Se vio en el río de aguas turbias y, finalmente, notó que el puente, en vez de unir el camino, separaba dos etapas de su vida. El prestigio de sus hazañas, sombra de supersticiones, se estaba desvaneciendo.

Allá, sus padres ancianos, desvalidos acaso, y él sin arraigo y ahora convertido en fenómeno de feria. Su futuro consistía en verse obligado a mirar atrás. Un pavor indescriptible le erizaba la cabellera y se había adueñado de su cuerpo convulso.

–¡Mátame! –reclamó.

–No: me limito a castigar tu locura; porque matarte sería desterrar el valor del mundo.

–¡Mátame, o ponme mi cabeza en la forma natural.

–No mereces vivir, si has de continuar desperdiciando tus cualidades. Te arreglaré la cabeza si te amansas y juras enmienda.

–Regresaré: lo juro por mi madrina y la vida de mis padres.

Con maravillosa agilidad el enclenque le enderezó a Marcial la cabeza; pero cuando este intentaba recuperar la cachiporra para devolverse:

–¡No lo intentes!, –objetó el vencedor. La cachiporra es un arma y las armas son una superstición más del pasado: se la donaré en tu nombre a un museo.

–Gracias. Adiós.

–Adiós... Regresa, y resígnate a vivir en paz, hermano mío.



EL INNOMINADO

- 3 -

Aquel ganadero joven y de extraordinaria fortuna seguía siendo a los treinta y tres años muy resbaloso para el matrimonio. Le llamaban Don Remi. Rondaba y cortejaba a las lindas muchachas casaderas, las atraía, las embullaba, las encendía en pasión por él; pero siempre evadía formalizar compromiso que le obligara a llevar a ninguna a la Iglesia, dizque por vergüenza de arrodillarse a los pies del Cura.

Desde que una joven se le sometía, y se le sometieron muchas fiándose en la lealtad de su palabra, las abandonaba para ir a dedicarse al cuido de sus ganados y al mejoramiento de sus hatos. De algunas jóvenes dijo que las dejaba por estériles; pero el buen Cura murmuraba que el estéril era él y, además de estéril, esterilizador. La verdad es que pronto se agotaban sus amantes sin dar fruto que hiciera recordar el paso de ellas y de él por este mundo.

No se averiguó entonces, ni pudo saberse nunca, la causa de su repentina y ardiente pasión por Ana María, huérfana de padre y madre, y de que él se viera a punto de capitular.

Tal vez se debió a que supuso que era una presa fácil, o al candor casi infantil de la adolescente, o a que al fin de cuentas vino a resultar la única difícil.

El rico y triunfador Don Remi se acercó a la nueva presa urdiendo tretas y acosándola con todas las tentaciones, y cuando ya creía

que le bastaba extender el brazo y abrir la mano para empuñarla, el escollo de Siña Clara, que no era más que una madre adoptiva, *de pega* según el dijo, impidió la caída de Ana María. En vez de la conquista tras el *dando y dando*, la vieja habló sin el miramiento que se le debía al hombre más rico de la comarca. Era tan rico que hasta los colmillos los tenía de oro.

–Don Remi, –sermoneó con retintín la anciana– usted es forastero en el lugar, y no me conoce bien; mi nombre es Clara, y me figuro que no se lo han dicho o se le está olvidando; mi muchacha es buena probada, y usted parece que no tiene la virtud en cuenta; y, aunque me esté feo el decirlo, ni en donde usted nació, ni en este país entero, hay quien la aventaje y quizás ninguna la iguale; y por esto y lo que me callo, entiendo que usted se está equivocando. La niña cada día me pesa menos y la estimo más; y puesto que no tengo pariente que me herede, con mi bendición y la voluntad de Jesucristo será la dueña de esta humilde casa el día que se me cierren los ojos. ¡No quedará en la calle! Don Remi, ninguna otra cosa, sino penuria, tenemos Ana María y yo, y usted tiene de todo y es mucho lo que me ofrece. Pero de esta choza no saldrá mi hija si no es casada por el Padre Cura; casada con toditas las de ley; lo juro por estas, que son cruces... (La vieja se besó el índice y el mayor atravesados y el hatero dio un brinco sobre la silla). Don Remi, y... como que a usted eso de la Iglesia parece que no le acomoda mucho, creo que el honor que nos dispensa con su visita podrá economizarse en lo sucesivo... y usted perdone, que mi nombre es Clara.

Hay pobres sorprendentes. Siña Clara le cerró su puerta a la fortuna y le echó a perder el negocio a Don Remi con tan manido y largo sermón. Ella y su niña vivían de limpiar el mondongo que compraban y revendían condimentado, siempre que beneficiaban reses en el matadero. Y con decir que Don Remi era el único abastecedor de carne que la población tenía, es suficiente para comprender que a él le bastaría echarle a los perros el mondongo crudo para que el orgullo, la vieja y Ana María se eticaran de hambre.

Aquella mañana Siña Clara tuvo un rebosamiento de bilis con solo comprender que un rico pretendía sobornarla y explotar

la pobreza de su muchacha. Hay gente así, biliosa, y la vieja pertenecía a su gremio. Pasó la tarde mal y la noche peor. Ana María, luego de darle a beber una tizana de cadillo de tres pies y hojas de malva y un purgante de hojas de zen mezcladas con cañafistola, por primera vez se fue al río a cumplir su menester sin que May Clara la pudiera acompañar. Allá, cobijado por la ramazón del flamboyán, la atajó Don Remi, cuyos ojos le brillaban como brasas.

–Aniuca: –le dijo con la voz azucarada de que sabía sacar recursos para persuadir– tienes ya dieciséis años y me tienes a mí, porque me gustas más que la piña madura. Te quiero y quiero que dejes a esa vieja temeraria y te mudes a mi casa a vivir conmigo. Te espero. Vestirás lindos y lujosos trajes, lucirás collares de filigrana, estamparé durante un año para tí muchas terneras, y las mujeres te mirarán con envidia. Y oye: el día que descubras mi nombre podrás exigirme el matrimonio. Te lo juro por mi honor.

–Don Remi: ¿por qué no jura por Jesucristo? Cuando yo sea mayor de edad le obedeceré a May Clara igual que ahora, y cuando ella muera le seguiré obedeciendo como si desde el cielo me estuviera mirando. Y quédense en la tienda los collares y lujosos trajes y mi corazón sufriendo, porque es verdad, Don Remi, que usted es el que me agrada; y si ya me quisiera tanto, como pondera quererme, no tendría inconveniente en decirme ahora mismo su nombre, y esta noche a mi madre, y muy pronto el Padre Cura lo repetiría ante el altar.

El Cura y él deben ser enemigos: se incomoda porque se lo miento, pensó la adolescente viendo que el rico ganadero frunció el ceño y se alejaba afirmando su pierna defectuosa.

Durante la conversación nadie se dio cuenta de que una jaiba se iba llevando el mondongo tripita tras tripita. Ana María se sobresaltó temiendo a la reprimenda verbal con que May Clara la castigaría en regresando y se tiró al río que había aumentado su caudal con las lágrimas que derramaban sus ojos. Zambulló y cogió las tripas y a la jaiba enredada en ellas la echó a la orilla del río.

–Ahora te machacaré por ladrona y dura de corazón, –amenazó. ¿No sabes el daño que me estabas ocasionando?

–No me mates, –imploró el animalucho. Robé porque tenía hambre. Tú no sabes lo flojo que resulta el mandamiento ese, el que prohíbe coger lo ajeno, con las hambres que se pasan entre este río.

–Te mato porque te mato, malvada, que ibas a ocasionar que May Clara me dijera otra vez desidiosa.

En el instante en que Ana María levantaba la piedra para reventarle el carapacho al dañino crustáceo, la jaiba propuso:

–Si me perdonas y prometes darme tripitas, siempre que vengas, te diré lo que más deseas saber.

Cayó la piedra al suelo y Ana y el cangrejito entraron en pacífico trato.

–Se llama Aldabot... Juan Aldabot, –secreteó la prisionera– y tiene costumbre rara y muy mal genio. Esconde el nombre y si logra saber quién te lo ha dicho se enfurecerá y matará todas las jaibas aunque tenga que desviar el curso del río.

Al día siguiente Don Remi apareció montado a caballo, resuelto a raptar a la niña. La atajó exponiendo argumentos nuevos con vehemencia; pero ella se atuvo a lo que había dicho, aunque añadió:

–¿Usted promete casarse conmigo, si averiguo su nombre, y agregé ayer que estamparía con mis iniciales las novillas de vacas que le nazcan durante este año, o me equivoco?

–Te lo dije, lindura; te lo dije y vengo a buscarte. Bésame... –apuró Don Remi.

–Besaré pronto a mi marido, de quien adiviné el dulce nombre. ¡Oh, cómo lo besaré!

–¿Mi nombre?

–Tu dulce nombre, Juan Aldabot... ¡oh, cuánto lo voy a mezclar en mis oraciones!

El asombro se pintó en el rostro del rico ganadero, que trató de coger a Ana María por un brazo para zarandearla y obligarla a que le dijera por qué medios supo ese nombre y lo acababa de pronunciar sin morir súbitamente.

–Me lo dijo un Hada... No te irrites: me lo dijo el Hada que me protege, –insistió ella mientras por costumbre marcaba la Cruz protectora con un pie, en el suelo.

–Juan Aldabot gruñó una maldición y se alejó levantando chispas con las patas de su caballo. Ana María quedó asombrada de la diferencia tan grande entre su naciente cariño y la pasión de aquel hombre.

–Quizás amen así todos los hombres, cuando son ricos, –se dijo tratando de consolarse.

En el flamboyán enrojecido de flores, la tórtola derramó su canto ronco de penas. ¿Presagio funesto? No lo merecía, ella, que había esperado pasar las horas más felices de sus dieciséis años.

Veinticuatro horas después el mejor caballo de paso fino de Juan Aldabot fue azotado y ahorcado, y la cabeza quedó clavada en una estaca frente a la caballeriza: porque había oído el misterioso nombre. Y por si el relincho que lanzó fuera una divulgación, mató a todo el ganado caballar, y en seguida a las vacas, y a los bueyes, y a los mulos, burros, cabras, ovejas... Y cuando ya no le quedaba ni un animal vivo con qué atizar su furia creciente, empuñó un tizón y a media noche lo sopló y le prendió candela al pueblo. Solamente la Iglesia, con su campanario, y la casa de Siña Clara y las dos que tenía a un lado y al otro, quedaron intactas.

Doblaron las campanas durante la madrugada y todavía tres semanas después el hedor a azufre y carne quemada era tan fuerte que el aire seguía siendo irrespirable. El Cura cantó responsos y letanías, ofreció penitencia colectiva, y hubo rogativas para evitar la peste. De la ciudad cercana tuvieron que mandar a los practicantes más competentes a fumigar los que fueron calles, patios y traspatios y a remover escombros. Las alas membranosas de un murciélago descomunal aparecieron entre la ceniza y ningún humano ha sabido hasta el presente adónde, a qué lugar del infierno fue a tener Juan Aldabot.



EN DONDE SE PRUEBA QUE SIÑA EUFRASIA VENCIO AL DIABLO EN DOS OCASIONES

- 4 -

*A Rodolfo Henríquez hijo,
para cuando cumpla nueve años.*

La anciana Eufrasia contrajo el hábito de comportarse bien. Se acostumbró a ser así y así seguiría siendo durante toda su vida. Era mujer «a la antigua», y desde que enviudó se volvió aún más circunspecta, y muy rezadora. Fue adquiriendo tanto prestigio que los hombres más frescos y propasados la saludaban inclinándose y con el sombrero en la mano y hasta las mujeres de venenosa lengua acabaron llamándola respetuosamente Siña Eufrasia. El esposo, aburrido de tanta circunspección, se fue del mundo dejando una sola hija a quien la abuela y el Padre Cura apadrinaron imponiéndole el nombre de Serafina. A la niña, desde temprano, la habituaron a andar derecho.

Los jóvenes del lugar miraban a Serafina con interés y las muchachas casaderas con tirria, porque era muy bonita, graciosa, y sobre todo por que le llovían los enamorados. Tenía *ángel*. Pero la vieja, dizque por no quedarse sola, no quería casar a la hija... Por fin, obligada por un enamorado tenaz, que era autoridad en el pueblo, se decidió a hablar claro:

–Jefecito, yo solo consentiré que Serafinita se case con un hombre que haga maravillas como el mejor maromero.

El jefe y los demás enamorados se retiraron creyendo que la circunspección de Siña Eufrasia era una de tantas formas de la locura, o que ya estaba caduca. Y es que a nadie puede gustarle tener en su casa una suegra decrepita, ni aunque su hija mire derramando gracia como la Serafina.

Pero las cosas tienen un término y un día se apareció, viniendo no se supo de dónde, dando saltos y haciendo cabriolas, un extranjero: bien plantado, rico, raro, y ladino como el mismo Lucifer. Saltó, brincó, pirueteó y exigió que le entregaran la linda muchacha para casarse con ella sin perder minuto. Serafina lo miraba encantada de asombro.

–Bueno, bueno... en cosas de matrimonio, al paso y que dure, –dijo la vieja con calma y sospechando si un galán tan ducho no sería el mismísimo Satanás disfrazado de caballero. Cumpliré mi palabra si logras entrar y permanecer dos o tres minutos cómodamente en esta botella.

Siña Eufrasia presentó un frasco y el extranjero con facilidad pasmosa dio un brinquito y sin más ni más cayó dentro del envase. La anciana se puso las antiparras, miró bien y de pronto cerró su botella con un tapón de cera que había bendecido el Cura. El galán raro bufó, se encrespó y se sacudió tratando de salir de aquella prisión de vidrio; pero sus esfuerzos fueron inútiles: porque ni el tapón se desprendía ni se rompía la botella.

Entonces fue cuando vieron a Siña Eufrasia salir corriendo en dirección del mar y creyeron que ya se había declarado loca de remate. Los más reflexivos, los que más la apreciaban por sus virtudes, no acababan de comprender por qué truhanería del destino venía «a parar en eso» una persona de tanto comedimiento. Se quedaron haciendo cruces.

La vieja se acercó al mar, y empinándose en la orilla lanzó la botella al agua con diablo y todo. Las olas, furiosas, arrojaban aquel regalo a la orilla; pero la resaca se lo llevaba otra vez bailando entre los marullos. El tipo ese, maromero y todo, no se sentía muy cómodo y maldecía la hora en que se le ocurrió poner los ojos en Serafina, que ni remotamente le estaba pareciendo ahora tan bonita como la ponderaban. Pasaron horas y horas. Llevaba

en el atormentador envase tres días cuando se acercó Simón, el pescador, a quien le propuso:

–Oye: sácame de aquí, que en pago yo te haré rico.

–Oigo una voz... –se dijo el hombre–; pero, ¿de dónde sale esa voz?

–Mírame aquí: soy yo. No te acobardes si quieres enriquecer.

–¿Tú? Pero... ¿quién eres tú y de dónde hablas, que no te veo?

–Mírame aquí, muchacho: estoy en esta botella.

–¡Ofrézcome! ¿En una botella? Entonces, para un individuo caber en una botella, o estoy perdido del juicio o eres el mismo demonio.

–¿Y qué te importa quién sea, si estoy dispuesto a hacerte rico, y en vez de pescador infeliz serás poderoso y te adulará la gente? Mira, eso de ser rico y de que a uno le estén a cada paso adulando, te aseguro que no es desagradable.

–Bueno... bueno, –dijo Simón rascándose la cabeza, reflexionando y dejándose convencer por lo que vale el dinero, aunque para conseguirlo se tenga que hipotecar el alma. Te sacaré si me explicas cómo te metiste ahí, cosa que me parece difícil.

–Muy fácil, muchacho. Me enamoré de la hija de una mala vieja, quien me aseguró que me entregaría la muchacha si yo me metía en esta botella. Al momento di un salto, entré y la malvada me encerró con un tapón de cera que bendijo el Cura, mi enemigo. Ya ves que te digo la verdad. Yo siempre trato de decir la verdad, aunque a veces se me descompone. Sácame y te haré poderoso. Nunca dejo de cumplir lo que prometo.

–¿Y de qué modo me harás tú rico? Háblame claro, que las cuentas claras conservan las amistades.

–Mira, oye, y entiende: yo entraré en forma de comida en el vientre de muchos ricos, que enfermarán. Y hasta en la barriga de una hija del rey entraré. Y cuando estén graves, de muerte, te acercas tú vestido de médico, le tocas con tres dedos la boca del estómago al paciente y me dices en secreto: diablo, sal... Saldré al oírte y al momento quedarán curados. El pago por la curación desde ahora es tuyo, que yo no necesito dinero. El dinero me echaría a perder. A tí, no, que lo necesitas. Así sucesivamente me meteré

en vientres de ricos y con solo esas dos palabras de consigna los curarás y seguirás enriqueciendo hasta más no querer.

A Simón no le pareció malo el negocio. Se firmó el pacto; y después de irse juntos a un reino extraño y el diablo entrar en muchos cuerpos de ricos, enriqueció el pescador. Y un día Pezuña le propuso que comprara un chivo, que lo mandara a cocinar, y que para sí solo apetecía el corazón, pudiendo el médico comerse o regalar todo lo demás del animal. Pero es cierto que el pescador, por antojo, por el engreimiento que da el dinero, o por tentación del mismo demonio, o por lo que fuera, lo primero que hizo cocinar fue el corazón del chivo y se lo comió antes de que el socio se diera cuenta.

Y Satanás, que sabe bastante por ser ya viejo, aunque se enojó quedó callado y se preparó para vengarse de que otra vez lo engañaran, a él, que es un cumplidor de su palabra. Al día siguiente fue y se metió en la barriga de la más bella de las tres hijas del rey, y allí se acomodó esperando que se acercara Simón, que ya era un médico famoso. La princesa chillaba mordida de cólicos.

–Oiga, doctorcito, –ordenó Su Majestad. Cúrame a mi hija Panchita en el término de la distancia; esto es, en lo que acabo de hablar con el Verdugo. Yo sé que tú curas a cualquiera, cuando quieres, y mi hija vale más de un millón de mis vasallos, aunque es probable que mis vasallos valgan mucho más que los del reino vecino.

–La curaré, Majestad. Dentro de pocas horas estará curada. Pido, no más, que me dejen solo con la paciente.

Los dejaron solos. Entró Simón y se acercó a la dolorida con andar seguro. Ella se contorcía en la cama de marfil, que estaba frente al espejo de cuerpo entero en que le gustaba contemplarse. Quiso sonreír, pero no pudo. El médico, con suave tacto, le puso tres dedos en la boca del estómago y murmuró las palabras convenidas:

–Diablo: sal.

Pero la princesa se ponía peor y el Maligno no le salía del vientre.

–Óyeme, diablo amigo, sal...

–¿Salir yo?... ¡El corazón del chivo!

–Sal, por tu madre... –suplicó el pescador, sudando la gota gorda. Compraremos todos los chivos de esta nación y te daré todos los corazones condimentados a tu gusto. Sal, diablo bonito, diablo santo... Compadécete de mí, que si no sales el rey me hará pasar a cuchillo y el Verdugo, que es un mal hombre, me venderá hecho longaniza. Sal...

–¿Sal? ¡El corazón del chivo! Me vas a pagar ahora tu culpa y el engaño de la maldita vieja.

El pescador comprendió que las súplicas eran inútiles y se creyó en peor trance que naufragando en un bote en alta mar y que su salvación dependía de los recursos que sacara de su propia mollera. Salió del aposento fingiendo aplomo y le suplicó al rey que alargara el plazo por 3 más 3 más 3 horas. Accedió el monarca, por no perder la esperanza, que el caso era sin duda desesperado.

El doctor dejó la mansión real, se orientó y se encaminó a los muelles de la ciudad, que era grandísima, a preparar el remedio. A poco numerosos fotutos, trompetas, tambores y cascabeles tronaron y venían del mar; creció el estruendo con la algazara que se acercaba de otros suburbios en dirección del palacio metiendo un ruido espantoso. Se llenaron de curiosos las puertas y las ventanas en la calle real, y la algarabía estruendosa se acercaba aún más y seguía creciendo. El rey, contrariado, preguntó qué motivaba el escándalo, sin respetar que su hija predilecta estaba en trance de muerte. Haría destituir a los guardianes del orden público que lo permitían. Haría azotar al pueblo. Haría un ejemplo: haría degollar al ministro.

El estruendo seguía creciendo. Hasta la enferma intentó incorporarse en el lecho para oír mejor; pero no pudo, porque el diablo le clavó un colmillo en el estómago. Entonces entró precipitadamente el médico y se inclinó para tocar suavemente la barriga de la princesa, y dijo:

–¿Vas o no vas a salir? ¿Sí, o no?

Satanás extrañó el cambio de tono y preguntó a su vez:

–Simón: dime, ¿qué ruido es ese?

–No te preocupes: espérate un momento, –le respondió el doctor.

Amigo Simón... Simoncito amigo, responde a lo que te pregunto, que ese ruido no me está gustando y ese cantar irreverente, menos.

Hasta el dormitorio de la princesa llegaban voces coreando un cantar plebeyo:

El Malino, el muy indino,
saldrá hoy de la princesita:
tendrá hoy Ufrasia al Malino
lacriao con cera bendita.

Siña Ufrasia tuvo gracia.
¡Naide la tuvo como ella!...
Tuvo gracia Siña Ufrasia...
¡Y al diablo entre una botella!

¡Ahí viene ella!
¡Uyuyui!
¡Ahí viene ella!
–Simón, te vengo a decí
que no vuelva con querella,
ni vuelva tu a sacá así
al Diablo, de mi botella...
¡Tan tarará!
–¡Ya vino ella!

–¡A él! ¡A él! ¡Atrápenlo! ¡Cójánmelo!

–Simón: por última vez te exijo que me digas qué ruido, qué cantar y qué voces tan insolentes son esas, –insistió Pezuña.

–Bueno... –respondió el pescador con la calma desesperante que adquirió en su anterior oficio– te voy a confesar que ahí viene la Siña Eufrasia, la vieja de la botella y el tapón de cera bendita: ya está llegando al palacio. La mandó a buscar el rey y viene a curarle la hija.

Empavorecido, temblando de pies a cabeza, instantáneamente salió el demonio del cuerpo de la princesa y voló huyendo sobre los tejados, derramando su auténtico olor de azufre.

–¡Atájenlo! No... No... ¡Ay, perdónelo, Siña Eufrasia!

La enferma se enderezó, y en paños menores se fue corriendo a ver la fiesta desde el balcón y a oír de cerca aquel cantar, que le parecía bonito. El monarca, lleno de júbilo, corrió detrás perdiendo la real compostura y ordenó a gritos:

–¡Que siga la fiesta!

Luego entró besando y abrazando a su hija, y delante de adulones y cortesanos regañó al médico:

–¡Anímate, idiota, que dentro de tres días te casaré con mi hija! ¡Es tuya!

–Majestad: –respondió Simón todavía sudando a chorros– me levanto a tan alto como inmerecido honor con la condición de que se me permita abandonar para siempre el oficio de curandero.

Los agentes de la policía aparecieron al fin y a los que iban en la comparsa los dispersaron a latigazos, y a mí entre ellos. Amén.



EZEQUIEL CONSIGUE APLAZAR SU MUERTE

- 5 -

En el centro de la ciudad vivía un judío llamado Ezequiel, varón prudente. Mediante el práctico oficio de prestar dinero al trescientos por ciento, vigilándose con severidad para no caer en sentimientos caritativos que a nada provechoso conducen, aprovechando oportunidades y apretándose el cinturón con juiciosa economía, Ezequiel reunió un caudal que nadie más que él sabía a cuanto sumaba. La esposa escogida pisaba las habitaciones de la casa sin hacer ruido: discreta como un espía, callada, seca, amarillenta y estéril. No podría encontrarse otra que fuera menos dispendiosa y más circunspecta. A fuerza de conocer el marido a su mujer y su mujer al marido, se produjo un trueque: en lugar de ella querer al esposo, la necesidad de amar que llevó al matrimonio, su cariño, se lo puso a un gato.

Y sucedió que un día, por distracción no excusable, según secretearon personas de lengua larga para que se divulgara más pronto, a ella se le fue la mano al echar pimienta en polvo en el condominio, y al marido, horas después, se le alborotaron las almorranas.

Otros del vecindario dieron por cierto que mientras el hombre miraba y remiraba la fecha de cumplirse un pagaré le cayó la maldición de aquel deudor y empezó a sentir retortijones de tripa. Tragó remedios, y de nada le valieron pócimas caseras ni menjurjes

del boticario: los retortijones le cundían en vez de darle tregua de alivio. En la noche tuvo sueños tormentosos. Bandadas de murciélagos disputaban a cual más y a cual menos le tocaría la mayor porción de alma del prestamista. Porque según se ha comprobado los usureros también tienen alma: que sea blanca igual que pluma de garza, o negra como el cao, no es lo que importa. Ezequiel tenía alma y los murciélagos convinieron en repartírsela.

Murciélagos, murciélagos, y más murciélagos. Y en un abrir y cerrar de ojos el judío vio a la muerte acechando detrás de la puerta. Sudó, tembló, y los cólicos arreciaron con punzadas insoportables. Tan pronto amaneció, Ezequiel mandó a llamar al Gran Rabino, al que nunca le tuvo ni pizca de afecto porque en tres ocasiones había pretendido que le diera dinero para reparar la sinagoga.

–Ezequiel, ¿para qué me necesitas? –preguntó aquel varón sereno y sabio al entrar detrás de sus respetables barbas.

–Estoy enfermo, –le respondió con voz afligida– y anoche, bajo un enjambre de murciélagos, se me acercaba la muerte.

–Junh... ¿no sería alucinación, o delirio de calentura?

–No: la vi con estos ojos que se ha de comer la tierra. Me llamaba haciéndome señas.

En ese instante y como si le hubiesen pedido su testimonio, un muchacho vendedor de frutas cantó en la calle:

–Estaba, porque la vide;
y porque la vide, estaba;
y si no la hubiera visto...
¡no hubiera dicho qu'estaba!
A los buenos mangos, ¡oh!

–¿No oyes? ¿Tú crees que el marrano ese canta ahora por casualidad?

–Estás nervioso, Ezequiel, y autorizas a pensar que tienes miedo. Me está pareciendo que te quieres mucho. Piensa que estamos aquí de tránsito y...

–Mira: déjate de tránsitos, –protestó el enfermo– regálale tus sermones a los perros cristianos, y vamos a lo práctico. Presumes desde hace tiempo que tengo mucho dinero... y es verdad.

A fuerza de transacciones honestas y apretándome el cinturón he reunido hasta veinte mil pesos. Los volví a contar ayer, cuando *Ella* se acercó buscándome. Te pido que intervengas mediante razonable comisión que te daré para atender al templo, siempre y cuando consigas que *Ella* me deje tranquilo por treinta años más que necesito para poner en claro mis asuntos.

–¿Y cuánto me autorizas a ofrecerle en pago?

–La mitad de mi fortuna.

Se fue el Gran Rabino, meditando en lo vanas y transitorias que son las riquezas de este mundo, y regresó a prima noche.

–Ezequiel, –principió diciendo con la calma del que está en plena salud y no tiene que satisfacer necesidades urgentes. *Ella* asegura que en vez de veinte mil pesos tu fortuna asciende ahora a veinte millones, y se niega a extender el plazo a más de diez años; y esto, calculando a millón por año. No me interrumpas... Quiere decir que *Ella* estaba a tu lado ayer cuando examinabas y reexaminabas y acariciabas sumas y más sumas; y pues me diste el encargo de ofrecerle la mitad de tu capital, ha calculado que esa es su parte: diez millones de pesos. ¡Ah!... Dice que *Ella* se ocupará de contar bien cuanto le entregues. Desconfía. Parece que tiene miedo de que la engañes.

Ezequiel sudó: se rascó y se estiró la barba prolongada y aguda, semejante a la de un cabro, y un nuevo retortijón, más doloroso, le obligó a sobarse el bajo vientre.

–¿A millón por año?...

–Sí, a millón por año: ni un centavo menos. Es el precio que ahora exige por su descanso relativo a tí.

–¿Pero quién ganó nunca en un año tanto dinero?

–Tú. Y date prisa, que tengo otros deberes que cumplir. ¿Aceptas? ¿Sí, o no?

–Acepto... –respondió el enfermo con voz delgada y floja como una hilacha.

Por donde salió el Gran Rabino entró al instante la Muerte, ¡y ya a Ezequiel, atribulado y todo, se le había ocurrido nueva combinación!

–Mira: –le propuso a la Pelona– tú eres libre de cambiar un cuerpo por otro. Te daré el equivalente de once millones de pesos

en monedas de oro si te llevas a Raquel, que abusa de la pimienta y atiende mejor al gato que a mí, y déjame en paz siquiera por veinte años.

–No: –dijo inflexible la Muerte– diez millones de pesos... y deja tranquilo al esperpento de tu mujer, amarilla y flaca, que el convenio es intransferible. Ya vendré por tu heredera cuando me dé la gana. Acaba de firmar el pacto y déjate de triquiñuelas, que no quiero perder más tiempo.

Firmaron, doblaron, cerraron, lacraron y sellaron el contrato, y se retiró la Muerte dejando caer sobre el jergón del moribundo un pomo lleno de ungüento para calmar y sanar las hemorroides. La eficacia de ese medicamento no ha fallado nunca.

Sanó Ezequiel. Con más rapidez que antes principió a correr el tiempo desde que el prudente economista firmó aquel convenio importante. Los años se iban corriendo como si fueran meses, y los meses eran para él tan cortos que parecían semanas. Semanas, meses, años... Antes de llegar la fecha inaplazable discurrió el hombre cambiar y cambió de costumbre y hábitos. Se raspó la barba de cabro, se raspó la cabeza y, elegantísimo, andaba por ahí dentro de un traje de casimir de buena marca que un botarate antillano le había empeñado el mismo día de confeccionarlo el sastre. Así, elegante así, disfrazado así, no la muerte: ni el mismo diablo, que tiene ojos de guaraguao, sería capaz de reconocerlo.

Pasaron días y vinieron días. Al cumplirse el término improrrogable, la Pelona, que es muy exacta en sus compromisos, se presentó una noche ante la puerta del usurero. Tocó con los nudillos de sus dedos secos y lo llamó por su nombre:

–Ezequiel... ¡Ezequiel!... ¡Ezequieeel!...

Nadie respondía. Empujó la puerta y entró... Ni el gato se encontraba en la vivienda.

–¿Adónde se habrá escondido? Porque a mí no me vengan conque se mudó de residencia. Ese es incapaz de gastar dinero en cosas tan simples. El pícaro pretenderá engañarme, –gruñó apretando los dientes– pero le va a salir caro. *Ya sabrá cuántas son cinco*. Se lo voy a entregar a Satanás después de matarlo de un dolor de muelas.

Para no aburrirse, mientras tanto, la Muerte se fue a la ópera. Entró y se deleitó contemplando... ¡Cuántas mujeres bonitas y bien vestidas, ofreciéndose desde palcos y lunetas!

¡Cuánta carne fina! ¡Cuántas raciones!... Y mira que mira.

Entre tantos concurrentes, escudriña que escudriña tratando de distinguir a su hombre por la nariz de caballete y la puntiaguda barba. Ni su cuerpo ni su sombra. Terminó la función y empezaron a salir los engalanados asistentes. En el reloj público sonaba la hora de cumplirse el pacto y *Ella* comprendió que no podía perder tiempo ni regresar vacía. Entonces decidió echarle mano a cualquiera y aprovechó que pasaba cerca un afortunado, perfumado, presumido y hasta elegante, a quien le relumbraban la cara untada de afeites y el cráneo sin un pelo. Reflexiva y discreta, se dijo:

—Pues señor...

Ya que no encuentro al barbao
¡que venga el casco pelao!

Y se llevó al disfrazado Ezequiel agarrándolo por la nariz.



¡EL PRÍNCIPE BOTARATE ASENTÓ CABEZA!

- 6 -

Este era un rey que tenía un solo hijo, al que quiso educar bien en cuanto se necesitara para gobernar el reino. Pero el príncipe, aunque ni remotamente se podría pensar que era de mal fondo, salió de cascos a la jineta: mujeriego, parrandero, bailador, buen bebedor y malbaratador. Un botarate.

El anciano rey comprendió que su heredero no era hombre para gobernar, como es debido, a ningún pueblo. Suspiró, suspiró, suspiró tres veces, y quedó pensativo y triste. Al fin se le ocurrió una idea; pero su tristeza era tan grande y pesaban tanto sobre él sus numerosos años que murió sin acabar de ponerla en práctica, rogándole a Dios que mirara con ojos de misericordia a su hijo para que asentara cabeza.

Al día siguiente de cumplirse los rezos del novenario, el nuevo rey echó la puerta por la ventana. La casa real se llenó de gente de vida alegre que se pasaba los días y las noches bebiendo, bailando y cantando coplas de amor, igual que en una taberna. Para no ver, ni oír, ni permitir que le hablaran de actos vituperables, la reina viuda se retiró a un monasterio desde donde le rogaba a María Santísima y a todos los santos de la corte celestial por la enmienda de su hijo y el porvenir del reino, hasta hacía poco tan bien regido. La mensualidad que el heredero de la corona le asignó a la madre de sus días fue mermando a la carrera. Bajó hasta sesenta pesos mensuales, de ahí

se redujo a treinta, a veinte, a quince, y por fin a doce reales y medio, aunque estas cantidades no llegaron nunca a sus manos.

En el palacio real seguía el holgorio sostenido al costo de ventas de objetos de arte, de hipotecas de lo que tenía valor material, y hasta de visitas disimuladas al banco de empeño. Aquello fue el acabóse. Se acabó todo lo que aquel príncipe recibió en herencia, menos el palacio, del que le estaba prohibido disponer, por un estatuto. Todo en el reino andaba manga por hombro y ni condes, ni duques, ni marqueses se acercaban ya al joven, desesperanzados de librarle del descrédito y el aprieto en que lo tenían los acreedores. En su necesidad extrema, rebuscando, en un rincón de la caballeriza encontró una sogá que no carecía de mérito. La cogió y calculó para qué le podría servir. Por una punta la amarró de la aldaba de una ventana y preparó su horca.

–Me ahorcaré mañana, –se dijo. ¿Al amanecer? ¿Por la tarde? ¿Al anocheecer? Para ahorcarse no hay que precipitarse, que quizás por un milagro cambie la suerte.

Desde que cerró la noche el joven rey cayó en un sueño profundo y en el sueño oyó una voz semejante a la del viejo profesor que le enseñaba aritmética, historia y cuentos de brujas, cuando era niño:

–Levántate y vete a Guayacanal.

Despertó con las lumbres del amanecer y recordó claramente lo soñado. Raro sueño, –pensó. Aplazó el suicidio para el día siguiente. Por segunda vez, aquella otra noche, el sueño fue tan extraño como en la primera; pero las palabras sonaron dulcemente, persuasivamente, semejantes a las de la madre cuando en la infancia le cantaba alguna canción, de cuna:

–Levántate y vete a Guayacanal.

Al amanecer volvió a aplazar la muerte.

Durante la tercera noche el sueño fue tan completo como en las anteriores y la orden sonó grave y autoritaria, idéntica a la de su padre el rey en rato de contrariedad:

–Levántate y vete a Guayacanal.

Se levantó temprano y se encaminó al monasterio para saludar y consultar a la reina, única persona verdaderamente amiga, a la que no había visto desde que ella se apartó de la casa real.

–Madre: –interrogó después de pedirle la bendición– ¿en dónde queda Guayacanal y qué lugar es ese? Una voz, sucesivamente parecida a la de mi ayo, a la tuya y a la de mi padre, por tres noches seguidas me ha ordenado:

–Levántate y vete a Guayacanal.

–Hijo, no sé. Ninguna vez le oí a tu padre ni a ninguno de los buenos servidores que nombraran ese lugar. Pero ve adonde el Negro fiel, a quien tienes igual que a mí en olvido. Quizás él sepa, y como sigues siendo de buena índole, a pesar de todo, acaso quiera decirte.

–Madre: no tengo dinero para preparar la alforja, el camino es largo y tendré que ir a pie.

–Tampoco tengo yo, desde que renuncié al mundo, –respondió la madre. Toma este relicario, empéñalo en mi nombre, y que Dios te alumbré caminos y veredas librándote de amigos falsos y tropiezos malos.

Se fue el hijo, y... andar... andar... andar... hasta que llegó al retiro del Negro fiel. Tan pronto empezó a hablarle, aquel viejo y leal servidor del difunto monarca le interrumpió:

–Calla, ¡oh príncipe mío!, sé a lo que vienes...

Y con asombro del necesitado visitante le contó el sueño y le habló con pormenores de su pobreza actual, como si hubiera presenciado su atolondrada vida minuto tras minuto.

–Ya estoy preparado para guiarte a Guayacanal: sígueme, –le dijo. Con economías de lo que me regalaba tu padre, yo haré los gastos indispensables. Pero tenemos que viajar a pie por designio superior. Tú, obedece y calla, que ahora se han trocado los papeles: soy yo quien debe mandar.

A pie y de alforja al hombro, se fueron. Y andar... andar... andar... hasta que el confín del cielo se tiñó de púrpura. Llegaron al gran lago que en la orilla occidental tiene la caverna de *Irás y no volverás*, muy renombrada, en donde se esconde el sol cuando se acerca la noche. El Negro fiel reunió ramas y troncos secos y les prendió fuego, sobre el fuego derramó un polvo especial y se alzó una llama azulosa que se fue poniendo colorada. Entonces fue cuando el viejo y leal servidor del rey extinto le dio el extraño alerta:

–Prueba el agua por donde se va a la nueva vida. Es más que salada, amarga; borra recuerdos y adormece los sentimientos; y... mira el Castillo... ¡Mira el Castillo Duende! –repitió con respeto supersticioso. Míralo ahora, que en regresando será en vano mirar atrás, pues ni vestigio quedará de él: se habrá desvanecido igual que un celaje.

Cerró la noche. Sobre encrespado islote de árido peñascal, estrecho y alto como una torre, se empinaba el misterioso castillo. Ventana ardiendo, faro o pupila feroz, parpadeaba un punto rojo en el horizonte negro. Ninguna otra luz, y el viento y el lago ensoberbecidos batiéndolo sin cesar.

–Vendrá a buscarnos un barquero fantasma en su barca gris, –continuó alertando el anciano servidor. Cuando te salude y te hable, saludalo tú también; pero ni siquiera intentes mirarle el rostro.

Poco después la barca se acercó a la orilla y del barquero no se veían sino los brazos y dos remos que se acercaban remando. La nave tocó la arena. Los brazos del cuerpo y el rostro que no se debían mirar, se extendieron, cargaron a los viajeros y los acomodaron a bordo. La barca cambió de súbito su color gris por otro, como el lago amarillento.

Remó el barquero impetuosamente atravesando el borrascoso oleaje, y al llegar al islote quedaron solos y la lengua del Negro fiel recobró el don de articular palabras y le hizo al joven nueva advertencia:

–Mira el Castillo... Vamos a él y cuando entremos no intentes verle el rostro al guardián que nos salude, que morirías de instantánea muerte.

Al llegar al portón los saludaron y ellos respondieron y entraron sin mirar la cabeza de cuya garganta salía la voz. En un salón, del cual no se veían paredes, les brindaron asiento y se sentaron sin mirarse y sin mirar a la gigantesca figura que tenían presente. Entonces ese guardián, que era un Genio superior, el más poderoso, expresó que ya él sabía el motivo de la visita. Y agregó:

–Guardo un tesoro que el rey, tu padre, me entregó en depósito. Te lo daré siguiendo sus instrucciones. La condición primera es que me traigas una mujer sin tacha física ni moral, la que me entregarás y someteré a examen para comprobar si tiene juicio.

Después serás sometido a prueba complementaria y si la afrontas con fortuna tú pasarás a ser del reino y el reino y el tesoro tuyos, que hasta ahora no has sido más que un tarambana.

–¡Pero Dios mío! –exclamó el joven sin poderse dominar– ¿en dónde podré encontrar una mujer así, si no es mi madre?

La dificultad le parecía mayor por la costumbre a que se dio de tratar con mujeres desordenadas.

En un salón contiguo, o sobre la techumbre quizás, sonaron violines y flautas de encantamiento, y distintamente dominó el ámbito un cantar burlesco, que él se sabía de memoria porque en el palacio real lo cantaban sus compañeros de fiesta:

–Un hombre puede encontrar
de plata un millón, o dos;
pero a una mujer con juicio
la encuentra... ¡si está de Dios!

–Espera, –le dijo el Genio, y se retiró para regresar trayéndole un espejo de bolsillo y haciéndole esta advertencia–: guárdalo, y cuando encuentres una joven que te guste y te parezca digna de ser la reina de un gran pueblo, mira el espejo con disimulo. Si se refleja la imagen empañada, esa es igual a las que hasta ahora has tratado: apártate de ella y sigue buscando hasta encontrar la que se refleje sin un lunar de sombra. Cuando consigas la que se refleje limpia, tráemela y entonces el tesoro que guardo y el reino serán tuyos.

Se alejó el joven rey en compañía del único súbdito capacitado y dispuesto a seguirlo hasta el último rincón del mundo. Y andar... andar... andar... Anduvieron por varios reinos, pasaron por ciudades diversas y visitaron a diferentes reyes en sus palacios; pero ante cada una de las herederas de sangre azul el espejo quedaba siempre empañado al reflejar la imagen. Y andar... andar... andar... hasta que llegaron, al término de tres años, a la capital de un reino que estaba casi en el extremo de la tierra, y allá fueron acogidos y alojados en la residencia del monarca de la nación.

Los hombres de aquel país eran modestos, aunque arrogantes y varoniles. Un antifaz le cubría a cada mujer parte del rostro.

Solo la reina prescindía del antifaz, acaso porque era de ejemplar hermosura y comedimiento.

Una tarde, en momentos de ser agasajado en un banquete, a una joven de belleza deslumbrante involuntariamente se le desprendió el antifaz y las mejillas se le tiñeron de rubor. Era la hija del rey. Asombrado, extasiado, registró en la memoria y quedó convencido de que jamás, ni de cerca ni de lejos, ni despierto ni entre sueños, había visto a una criatura así. Ya iba a declarar su enamoramiento; pero se contuvo y con disimulo miró el espejito. Clara, linda, limpia y radiante se reflejó la imagen. Sin perder tiempo le pidió su mano al monarca. Como había llegado al reino con buen pie y caído en gracia, aceptaron su petición y pronto se efectuó la boda. A los siete días, cuando fueron a despedirlos a la frontera, le entregaban cuarenta acémilas cargadas de barras de oro y piedras preciosas; pero él no aceptó sino a la que había escogido por compañera. Se despidieron y, andar... andar... andar... Primero en carrozas por carreteras anchas; después a caballo siguiendo por caminos de travesía; por último a lomo de mulas por vereda que se ponía fragosa a medida que avanzaban. La joven se atemorizó y pensaba:

—¿Adónde me llevará, Virgen Santísima de mi devoción? Y se apretaba a él. Y él a su vez, besándola, se preguntaba:

—¿Cómo podré vivir después que le entregue al Genio la mujer que existe capaz de volverme a una vida útil y hacerme feliz?

Y andar... andar... andar... hasta que llegaron al gran lago, lo atravesaron y penetraron en el Castillo Duende. El Genio imponente, a quien no se le podía mirar el rostro sin morir de instantánea muerte, se presentó y entregándole una llave le dijo a él:

—Ya ves que en el mundo hay mujeres puras. Acostúmbrate a saber que dudan y niegan que existe lo extraordinario, en primer término los incapaces de tener fe, y que la duda es madre de vacilaciones, y que las vacilaciones no son las consejeras preferibles para gobernar. Toma esta llave, abre esa puerta y pasa por ella. Vete, y no podrás volver. Y cuando llegues al palacio de tu padre, abre la puerta de bronce: por ella bajarás al sótano y, allí, reza por tu pasado. Todo lo que en el sótano encuentres será tuyo.

Mientras tanto yo veré lo que deba hacer con esta joven después de someterla a un severo examen.

La joven lanzó un gemido de angustia, porque estaba enamorada y comprendió que había sido una moneda de cambio en las manos de un ingrato, de un político. Prorrumpió en sollozos capaces de enternecer al corazón más empedernido.

–No quisiste aceptar las barras de oro que te daba mi padre al entregame a tí, ¡y ahora me vendes! –reprochó ella cayendo en alarmante desmayo.

Salió el joven del Castillo Duende, en compañía del Negro fiel. Pisó la barca que impulsó el remero siniestro, y desde el centro del lago miraba atrás: nada. Nada se veía. El castillo y el islote se envolvieron en una masa de sombra. Ya en la orilla volvió a mirar: sombra, sombra, y perforando la sombra un cantar dolorido que venía con el terral:

–En lo más alto del cielo
la luna me se borró.
¡Ay, ya se rompió el espejo
en que me miraba yo!

–Y ahora, –pensaba– después de perderla a ella, ¿de qué me podrá servir lo que encuentre en el sótano del palacio, ni el reino mismo? ¿Como podría gobernar? He sido un necio al darle más valor al deber de gobernante, que obliga al rey verdadero, que a la ternura del corazón, que hace feliz, al hombre. He matado lo mejor que quedaba en mi conciencia, he perdido la felicidad: la he perdido a ella. ¡Ella!, que sin duda se murió de pena. He sido el peor de los traidores.

–Príncipe, leo tu pensamiento, –se atrevió a decirle el Negro fiel. El rey mi amo, que era el mejor y más grande de los reyes, ponía sobre su particular sentir el amor y el dolor del pueblo. Yo le oí decir un día que la corona bien llevada se asienta en tres pilares principales llamados bondad, serenidad y fortaleza. Príncipe, quien hereda mandar hereda el penar. Príncipe, ya no te volveré a hablar así, que en mi retiro me quedo. Y ahora, si he sido útil, no más ambiciono que me digas adiós.

Se irguió para despedirse y continuar solo, y cuando fue a abrazar al servidor, buen consejero y compañero de viaje, se le desvaneció entre el abrazo como una de tantas sombras.

Sombrío y solo regresó a la capital del reino. Se abrieron las puertas del palacio, y entró y se cerraron cuando acudían en jambres de exigentes acreedores y los compañeros de disipación, que lo miraban con insolencia. Los vio, cerró los ojos y se miró por dentro. Una gran piedad sintió por ellos y asco inmenso por sí mismo y por su pasado.

–¡Qué he sido, quién he sido yo, Dios mío! Y ahora, ¿qué estropajo soy cuando ni el derecho tengo de despreciar a esos, de moral tan baja?

Pasaron horas. Pensó en su madre, sintiéndose heredero de la corona, pero también del deber; y el cansancio de todos sus antecesores muertos, ponderó sobre su ánimo. Después, haciendo esfuerzos de los que se creía incapaz, se sobrepuso. Abrió el portón de bronce y levantando una loza de mármol bajó al sótano. En el antro solo palpaba tinieblas.

–Debí suponer que necesitaría luz, –pensó.

De repente, debajo de él, o en la techumbre, o no sabía donde, exigió una voz:

–¡Hágase luz!

Y el sótano quedó iluminado. Tres candelabros, cada uno de siete luces, deslumbraban de la claridad que se hizo inmediatamente. No le daba crédito a sus propios ojos. Allí frente a él, estaba el Genio de invisible rostro.

–Todo lo que aquí se encuentra es tuyo; y aquí te entrego la compañera que supiste encontrar, –le dijo–. Mírala; abre los ojos del alma. Vivirán sin distanciarse y así mantendrás el reino en paz y serán felices.

En vez de entrar en conversación avanzó hacia el poder sobrenatural decidido a descubrirle el rostro. El fantasma había desaparecido. En su lugar estaba la esposa en quien no había dejado de pensar. Dio un salto y cayó ante ella, de rodillas. Sus rodillas se lastimaron al dar sobre un reguero de rubíes, diamantes, zafiros, esmeraldas y amatistas que cubrían el pavimento. La joven reina se arrojó en sus brazos y apretados se besaban. Todavía no

se habían dado cuenta de que las paredes eran de oro, de que la techumbre era de oro y de que en las cuatro esquinas había cuatro montones de barras de oro.

Yo me acerqué y trataba de mirar y ver mejor por una rendija. El Genio, un guardián, o no sé quien, me dio un puntapié tan fuerte que me hizo venir a caer aquí, en donde estoy sin un centavo contándoles a ustedes tan verdadera como interesante historia. Amén.



MI CASA, Y MI HOGAZA

-7-

Hace muchísimo tiempo que en cierta nación mandaba un rey, que no era malo. Era joven, y como no tenía mal genio la gente de la ciudad se mantenía contenta y en el campo dejaba que cada uno viviera como pudiera. Trataba bien a todo el mundo; pero apreciaba en particular al que cobraba las contribuciones, que por eso era que aumentaba el tesoro y se podía gozar de lujo. No era un mal jinete, el rey, y tenía una infinidad de perros –¡cuánto perro!– adiestrados para la cacería. El domingo y otros días de fiesta había que decirle la misa temprano; y en no siendo el de Corpus, o en Semana Santa, se daba él con sus perros y su gente a la cacería. Y como él montaba en su caballo mejor, que era un zaino que se llamaba *Comecamino* y que dejaba atrás los vientos, cogía la delantera y... *el que venga atrás, que alee*. Lo más principal era que cuando los acompañantes llegaran ya él tuviera matao o cogido el animal cimarrón.

Y sucedió que un domingo los perros menaban un varraco papacote, bravo, ligero, colmilludo y ducho en pelea como un diablo; y peliando y jugando alante y parándose y volviendo a peliar, el varraco y los perros se adentraron en un monte espeso y el joven rey perdió el rumbo y hasta el sombrero se le cayó y se perdió no se supo aonde.

Cansado y sudando a chorro atravesó un vericuetto y en su zaino, más sudado que él, llegó a la vivienda de una viejita encorvada,

parparúa, y tan acomodá que tenía jasjta tres gallina, un gallo crestón, una chiva lechera y unasj mazorca de mají qu'en amaneciendo el día le mandaba un nieto que vivía en fundo aparte, porque la jembra d'él no tragaba a la vieja, y alegando que, como no era con esa desjcrépita y mandona que se había casao, no tenía que viví junto con ella.

Cuando el rey llegó a aquel bojío la garganta se le pegaba de sé, y le pareció que un olorcito sabrosón salía de la cocina. Y era que la anciana tosjava en un burén una buena arepa de mají recién guallao. Lo primero en que pensó el rey fue en un gran jarro de agua.

–Buen día, madrecita, –saludó.

–Bueno te lo dé Dió, muchacho, –resjpondió ella.

–¿No oyó usjté?... perdóneme: ¿cómo se llama usjte, madrecita?

–Me llamaba Josefa Reye; y ya agora solo me dicen May Josefa, y uno que otro desjlenguao la *vieja chepa*.

–¿No oyó usjtéd cerca de aquí, May Josefa, losj ladrío de unosj perro?

Y sin esjperá contesjta:

–Buena anciana, ¿me vende un jarro de agua?

–¿Vendé agua? ¡Jesucrisjto! ¿Pero qué criatura pué vendé agua sin condenase?

Una jigüera limpia se llenó del agua fría de un calabozo. El rey tragó, tragó, tragó, se refresjó el gazjnate y se le abrió el apetito. Pero no un apetito cualquiera, sino jambre esigente, inmediata, d'esa que solo da en la juventú.

A la vieja, que no era zonza, le brillán los ojo y en la mesjma jigüera vació leche de un calán que tenía colgando en la solera del bojío, y en otra vasija puso la mitá de la arepa caliente que apartó del burén, y le dio a comé al recién llegao.

La leche y la arepa rodán por el guargüero de aquel, joven bien vesjtío y desaparecién en un decí Jesús... cuando un tropel de mucha gente a caballo llegó adulando y quejándose esjtrepitosamente de que Su Majesjtá se arriesjgara así, solo, poniendo en peligro su preciosa persona.

Antonce fue cuando a May Josefa le dentró aquel temblor de mano y quijá, y una lágrima gorda le brotó de un ojo parparúo y se le esjcondió en una arruga. ¡Santo Dio!

¡Santo Dio! ¡Había esjtao hablándole sin pizjca de resjpeto al mesjmísimo rey! El caso no la dejaba tranquila, aunque el esjperimento y la malicia l'encendían lasj niña de los'oyo y le secretiaban:

Josefa de misj culpa, mira bien cómo son losj reye... Masjcan y tragan como un cualquierita hijo de Dio...

Un montero apareció cargando el varracco alcanzao y matao por losj perro. Pero la cosa no paró ahí y el temblor se le volvió esjpan-to a la vieja cuando Su Majesjtá disjpuso que May Josefa se fuera a viví en el palacio real, y se retiró dejando la orden. Se negó ella: ¡que no y que nóoo...!

–Madre vieja: –le dijién dosj'edecane– el que manda, manda; y, últimamente, ya a usjté no le valen ni lágrima ni jipío. El *no* y el *sí* ca uno tiene dosj letra qu'en náa se alteran despué que lasj dijo el rey.

Y como trataban de arrasjtrala llevándosela a la brava y diciendo qu'el preso esj preso, se aflojó, se tapó lasj greña con un trapo que había sío pañuelo, y se dejó llevá.

Así, en brinco y medio, la pusién en el palacio del rey. Cortesía por acá, reverencia por allí. Saya de seda, corpiño de raso, cofia d'encaje, zapato crugidore, guante que no másj se lo quitaban a la hora de comé junto al monarca. Y en cuarto lujoso, cama y colchón de pluma. Ni en sueño se vido naide tan requetebién atendía. Y de rato en rato se presentaba algún preguntón:

–¿Cómo se siente usjté, madrecita?

Y el bendito médico del rey, d'esjpavientoso, cogiéndole el brazo por la muñeca pa atentale el pulso; y día por día haciendo que le enseñara la lengua. Se dio cuenta de que en el mundo caa grupo loquea a su manera.

A lasj tre semana jusjta May Josefa se apesadumbró y... susjpira que te susjpira. El bendito médico, de soplón le fue avisando al rey, que vino y s'encerró con ella haciéndole mucha pregunta con mucho cariño; jasjta qu'ella se atrevió a pedile que la pusiera en su choza tan siquiera por una semana. Se disjpuso lo que ella quiso y en la mañana del día siguiente la cargán, la metién en un carruje, se la lleván y allá la deján.

El monarca se fue alante en su zaino *Comecamino*. y, esjcondió, se propuso averiguá, aguaitando de cerca.

May Josefa, dende que se vido sola, pisó el quicio de la puerta de su vivienda; d'espalda volvió atrá; dentró y, salió de nuevo. Al fin de lasj tresj vece, pa esjpantá un posible hechizo su pie derecho marcó en el suelo tresj cruce. Antonce, abriendo losj brazo en cru esjclamó tresj vece:

–¡Jesú! ¡Jesú! ¡Jesú!

Se santiguó, se puso su saya remendá, barrió la salita de su bojío d'ella, ordeñó su chiva y bebió leche de su chiva d'ella, en la jigüera d'ella. En un rincón de su casa d'ella escucultió jasjta que encontró un cachimbito de barro que tenía un calimete largo, lo rellenó de tabaco que guardaba en una vejiga reseca, le dio fuego y fumó... y fumó... a bocaná en su cachimbo d'ella, y se regusjtaba mirando cómo pasaban lasj nube sin que naide esjtorbara su libertá. Disjpué tendió en el suelo una esjtera de enea, se arremangó saya y pollera dejando lasj canilla y el vientre al aire, se revolcó, y se dio unosj toquecito cariñoso en la barriga... ¿Silbó un jilguero?... Cantó una manjuilita:

–Pa el rey esj buena la ley.

¡Pa el que manda y no obedece!

Pero asigún me parece...

¡Cáa uno en su casa ésj rey!

–¡Ay!... –esjclamó, sasjtifechona– y volviéndose a revolcá a sus'ancha agregó:

–¡Mi casa, y mi hogaza!... ¡Y allá el rey en lo suyo!

May Josefa, felí, se durmió apaciblemente y el monarca comprendió y se aprendió la lerción. Montó en el zaino, picó esjpuela, y se alejó pensando que desjperdicia su tiempo el que favorece a una persona que no sea joven. Antonce le vino a la memoria aquel refrán que dice:

Moro viejo, mal cristiano.



SI, EL DESTINO SE PUDO UNA VEZ CUMPLIR

- 8 -

Este era un rey, que estaba recién casado. Desde el balcón del palacio, la reina, que no tenía oficio, se entretenía una tarde viendo cómo hombres, mujeres y muchachos, entraban al sótano de una casa destartada y salían gesticulando contentos. Curiosa, quiso saber qué motivaba aquel entrar y salir. Mandó: fueron, averiguaron, regresaron y le informaron:

–Majestad perfectísima: ocurre que al zapatero remendón la remendona le parió un hijo. Los padrinos andan diciendo que es sobrada razón que se llame Clemente, pues nació el día de ese santo. No sabemos si el Cura estará de acuerdo. Los clientes entran y salen contentísimos, porque el zapatero es cristiano como Dios manda: le trabaja a la clientela barato y hasta de *fiado*. Esto del fiado le gusta mucho a la gente ordinaria. El zapatero y la zapatera están lo que se dice dichosos, igual que si en vez de un zapaterito hubiese nacido un príncipe. Parece que son medio locos. Esto es lo que hemos podido observar y averiguar.

Tres años más tarde el matrimonio real encargó un infante y la cigüeña se equivocó, o no oyó bien y le trajo una niña. Sin pérdida de tiempo la reina quiso que los más reputados nigromantes le leyeran el porvenir de la princesita. Pronto llegaron tres personajes; y cuando se quitaron las capuchas para saludar se vio con respeto y satisfacción que eran los adivinos más sabios del universo: porque

eran los más peludos. Tenían largos pelos hasta en los dedos. Los sabios quemaron pelos e incienso en un anafe, miraron a las estrellas, hicieron señas, cruces, rayas cabalísticas, y como cada uno sabía tanto como los otros, el primero y el segundo y el tercero llegaron a la misma conclusión:

–Majestades: –le dijeron a la pareja real, encorvándose con tan profundo respeto que rozaron el piso con las barbas y las melenas– la princesita vivirá, crecerá sana y feliz, y con razón podrá llamarse Rosamunda porque en ella ha florecido el mundo y más nunca volverá a nacer rosa tan linda. Para colmo de dicha, andando el tiempo se desposará con el hijo del zapatero remendón que vive en el sótano de aquella casa que desde aquí se alcanza a ver.

–¡Dios Santo! –exclamó la reina y cayó de rodillas sollozando.

Tan pronto los adivinos se fueron ella le pidió al rey:

–Tú, que eres dueño de vidas y haciendas, evita que mis ojos lleguen a ver tan baja afrenta.

El monarca se rascó la barba.

–Calla, –respondió– no llores que tus lágrimas me derriten el corazón. Yo soy un político: yo daré con una idea. Si mato al zapatero, a su mujer y al hijo, que es lo que merecen, caeré en mala fama, ahora que el rey vecino, un quisquilloso que me tiene envidia, anda buscando un pretexto para hacerme la guerra. No llores, alma mía, ten calma... calma, calma y mala intención. Yo soy un político.

Desde el siguiente día el rey principió a acoger al muchachito del zapatero. Lo mandaba a buscar y le daba regalos. Y una vez hasta lo acarició paternalmente pasándole la mano por la cabeza, cosa que fue muy del gusto de todos los zapateros y de los pobres todos, aunque los nobles se escandalizaron.

Una noche, sin que nadie se diera cuenta, la criatura desapareció. ¿Cómo? Bueno... desapareció. Lo mejor fue que lo buscaron por todas partes y no lo encontraron ni en la mesa del espiritista.

Ocurrió que el rey llamó al Verdugo y sencillamente le entregó el niño, que tenía entre un saco, con la orden verbal de que lo extrangulara y lo tirara al mar, llevándole, en prueba de que había cumplido el mandato, el dedo gordo del *pie* derecho.

El Verdugo se fue con su saco al hombro. Llegó al mar que rugía encolerizado. Y cuando aquel cortador de cabezas desenfundó

al niño y lo veía despierto, se dio cuenta de que se trataba del hijito del zapatero que le remendaba las botas y que era bueno hasta con él, que era *El Verdugo*, a quien los demás miraban con prevención. Casi se ablandó al oír que el muchachito decía:

–Papacito, arrópame, que tengo frío.

Y esto lo decía abrazándolo a él, ¡que era el *Verdugo*!

–A este sí que no lo mato yo... –se dijo.

Pensó regresar con él metido en el mismo saco; pero un súbdito precavido, *que jugaba con las cuarenta* no se debía descuidar. Dedujo que el nuevo Herodes lo estaría haciendo espiar desde lejos hasta que ejecutara la orden. Reflexionó. Sacó del bolsillo su ungüento maravilloso, aquel ungüento perdido ya por desgracia, que adormecía el cuerpo, evitaba el dolor, estancaba la sangre y curaba en tres días las heridas aunque fueran graves. Se lo untó en los sobacos a la criatura y en seguida le cortó el dedo grande del pie derecho y tiró una gran piedra al mar para que cualquier espía se figurara, al ver de lejos, que era el cuerpo del difuntico.

–Pero... ¿y el dedo? Señor... ¿y en dónde se ha escondido el dedo? –Se preguntó.

El dedo se había escapado. Lo alcanzó a ver bailando sobre la arena. Tuvo que correr para atraparlo.

–Aquiétate, dedito bronco. Y tú, rorro, quédate aquí quietecito, que te volveré a buscar, –murmuró el hombre.

Envuelto en el pañuelo rojo con que se enjugaba el sudor y se limpiaba la sangre, cuando sintiéndose favorecido por el monarca cortaba cabezas en el patíbulo, levantó en alto el dedo inquieto y bailador. Marcó con él el compás y acompañándose con pisadas que repercutían en la vereda rompió a cantar dando voces que entusiasmaron a los duendes, asustaron a las lechuzas y ruborizaron a las estrellas:

–Miren como subo y subo...
Miren como voy subiendo:
de borrachín a Verdugo...
¡De Verdugo a Caballero!
¡De Verdugo a Caballero!...

Es verdad, y el que aprenda esta historia no lo debe pasar por alto, que el barbero Damián no se cansaba de repetir que en el severo ejecutor de la justicia solía efectuarse un vaivén de sentimientos extremos, y que en aquella noche de luna nueva no andaba muy bien del juicio y por eso no tenía al diablo en el cuerpo. Pero el cronista de la Casa Real, varón prudente que nunca veía de cerca a aquel cumplidor de su deber sin temblor disimulado, escribió más tarde con letra clara que si el muy pícaro anduvo cantando esa vez fue porque había burlado a su rey, acción indigna que en lugar de merecer aprobación ningún argumento podría justificar ante la historia.

Pero las cosas no siempre siguen un curso ordinario. El rey del país vecino, que desconfiaba del otro porque lo creía capaz de todo lo malo, rondaba las costas en un bergantín y uno de los súbditos suyos bajó a la playa desempeñando el provechoso oficio de espiar, y al oír y ver al niño despierto y llorando cargó con él y se lo regaló a su señor, quien lo aceptó creyendo el hallazgo de buen agüero. Y como todavía la reina no le había parido ni hembra ni varón, lo acomodó en su palacio para que a ambos les sirviera de entretenimiento. Con el trato diario acabaron cogiéndole cariño. Casi tanto cariño como el que las solteronas le tienen a los gatos y a los perritos. Lo mimaron igual que a un hijo. Creció el muchacho y lo educaron como si se tratara de un heredero de la corona. Pero sucedió que a la reina, hasta entonces machorra, se le ocurrió tomar un bebedizo que le aconsejó una vieja y principió a parir y volver a parir mellizos. Lo más curioso fue que desde que tuvo hijos propios la buena señora miraba como a advenedizo a Clemente, el del dedo mocho. A medida que los hijos crecían le crecían los celos y una mañana les dijo:

–Sepan desde hoy que ese no es su hermano, ni «ariente ni pariente», sino un recogido en la playa del país enemigo; y si el rey mi señor me obliga a tratarlo igual que si fuera hermano de ustedes y me ordena guardar el caso en silencio, algún designio que menoscabe nuestro patrimonio debe tener.

En la primera coyuntura los principitos le echaron en cara al que hasta entonces creían hermano mayor, que él no era de sangre azul, que no era más que un advenedizo, que no tenía el derecho

de vivir en el palacio y menos el de figurarse de la familia y, lo que es peor: que tenía un dedo mocho, segura señal de afrenta.

Aquel día y el siguiente el joven no se acercó a la mesa ni quería probar bocado. Permanecía amargo, solo, encerrado en una habitación, hasta que el monarca, que era bondadoso, cayó en cuenta y le mandó orden de que viniera a su presencia. Al verlo le preguntó qué le pasaba y por qué estaba tan compungido. Todo se lo contó el joven, y en seguida suplicó:

–Padre... digo, ¡oh noble rey y señor!, permitidme alejarme de aquí y volver a la tierra de mis padres.

–Irás; pero no te irás, –respondió el buen rey– que en mi casa y en mi reino soy yo quien manda. Irás como embajador de mi sangre a visitar al rey vecino que, aunque yo sé que es un tunante, se la está dando de amigo desde que el demonio, que era hermano de su mujer, en el segundo parto la reventó por mala.

Eso de que la reina fuera hermana de Lucifer no se tiene por averiguado, aunque sobre el caso se ha gastado mucha tinta. Historiadores muy circunspectos aseguraron que en un descuido del esposo ella y Pezuña estuvieron juntos. Sustentaron sus opiniones convencidos de que, de otro modo, señora tan principal no hubiese abortado aquel horrendo fenómeno. Basaron sus conclusiones, además, en el testimonio de la partera que vio a la extraña criatura brotar del claustro materno con dos protuberancias en la estrechísima frente, con unas cejas de ángulo agudo como alas de gaviotas o de golondrina, y con pezuñas del Cabro.

Otros historiadores, muy reflexivos, contradijeron a los anteriores apoyándose en el relato de un camadrón competentísimo que explicó las cosas en esta forma:

–Pasó frente al palacio la negra que vende mondongo y la reina, recién embarazada, la alcanzó a ver y *tuvo un antojo*. Se *antojó* de comer mondongo de chivo tierno con pata y todo; pero el cocinero, un chino orgulloso, desobediente y de malas pulgas, se negó a cocinar un manjar de gente plebeya... y como el antojo no se satisfizo, en la matriz de Su Alteza se cuajó aquella Pezuña.

Sobre cuestión tan importante los cronistas de la Casa Real nunca han estado de acuerdo con los particulares ni entre ellos mismos, y se escribieron volúmenes y más volúmenes que ni

siquiera los enemigos leen; pero aunque es cierto que nadie los ha leído, los sustentadores de tan opuestos pareceres tuvieron partidarios pasionales que llegaron hasta a cambiar entre sí trompadas por bofetones.

Lo que ocurre muchas veces en los palacios ni María Santísima puede averiguarlo. Lo indiscutible es que sobre aquel caso otros murmuran, todavía hoy, que a Satanasito *lo suicidaron*; aunque no falta quien asegure que se asfixió y a los tres días justos se llevó a la madre.

Ordenó el monarca que el Gran Chambelán «preparara de un todo» el viaje de Clemente. Calafatearon el bergantín mejor, que no era nuevo, y lo abarrotaron con grandes riquezas y regalos. En seguida se embarcó el joven llevando cartas y credenciales y una comitiva compuesta de gente escogida entre la nobleza. Además, dispuso el rey que un sabio lo acompañara para que en caso de confusión le alumbrara el juicio.

Pero todo no es pintar como querer. Cuando el bergantín navegaba viento en popa, ya en aguas del otro reino le dio alcance una galera tripulada por piratas y lo tomaron al abordaje. Amarraron al consejero, a los de la comitiva y a los tripulantes, para ahorcarlos en racimo y regalarles los cadáveres a los tiburones y trasbordar inmediatamente a la galera la riqueza, que en buena ley ya era de los asaltantes. Al embajador lo apartaron porque el capitán de los piratas no declinaba el privilegio de matarlo personalmente. Cuando lo estaba desbalijando, Clemente exclamó sin poderse contener:

—¡Qué desgraciado soy!

—¿De qué te quejas? Me insultas si te figuras que no sé mi oficio, —le dijo el jefe de los piratas. Te cortaré la cabeza de un solo tajo, para que no te duela. Verás que es una delicia ser despachado por mí d'este mundo al otro.

—Me quejo de mi suerte: no por miedo de morir. En la infancia, en mi país me cortaron un dedo de un pie, como a hijo de criminal. Me abandonaron en una playa, y para que al fin resulte lo peor me recogieron, me educaron en reino extraño igual que a un príncipe y ahora moriré sin confesión, ¡como un infiel! ¡Mira si no soy el más desdichado del mundo!

–¡Cómo! –exclamó el pirata, sin darle inmediato crédito a lo que oía. ¿Será posible? ¿Tú? ¿Eres tú? ¿Tú? Le hizo quitar los zapatos y comprobó la marca. Entonces cambió de modales, se apartó con él para hablar sin que los oyeran, comprendiendo que no debía oponerse a lo dispuesto por el destino.

–Mírame y oye: –dijo el capitán– yo era el Verdugo de la capital de este reino, cuando mi rey me ordenó degollarte y arrojarte al mar, llevándote en prueba de que había cumplido su orden el dedo gordo de tu pie derecho. Te exterminaba para que no se cumpliera el vaticinio de que te casarías con Rosamunda, su hija. Porque tú no eres el hijo de un criminal, sino de un zapatero que es el más bondadoso de los hombres. Eres grande ahora y, siquiera otra vez, sucederá lo que el destino dispuso. Otra vez depende de mí tu vida, y aunque no me prometas conseguir el indulto, para mí que vuelvo a salvarte, quedarás libre y te devolveré cuanto traes a bordo, y libentaré a todos los tuyos, y quedarás en condición de seguir viaje custodiado por mi galera, terror de los mares.

–Serás indultado, –afirmó Clemente.

–¿Lo prometes?

–Lo prometo.

–¿Convenido?

–Convenido.

–¿Cumplirás?

–Cumpliré.

El Verdugo se pinchó con la punta de un puñal, mojó un dedo en la propia sangre y en vez de firma estampó una cruz sobre el papel: porque él no sabía de letras. No permitió que el joven Clemente se rasguñara ni firmara, diciendo que la palabra de un señor tan principal tenía tanto peso y valor como la de un gran rey.

–Bueno; irás al palacio de mi rey, –continuó el Verdugo diciendo– y fíjate: verás que allá exhiben una cuna de marfil que tiene grabadas en oro estas palabras resplandecientes de orgullo:

–YO DESHICE LO QUE PRETENDÍA EL DESTINO.

Ya sabes que el destino establece que tú, hijo de un zapatero, te casarás con la hija única del monarca. Te dejo ir libre en compañía de los tuyos; pero acuérdate de tus vicisitudes y cumplirás tu promesa. Aunque el rey me destituyó cuando me tenía encariñado con la

profesión de cortar cabezas, en la que... no lo digo por alabarme, he llegado a ser un artista, ya lo he castigado bastante. Él, como buen malo, contrajo la costumbre de alimentarse de reputaciones; pero con la mía no se juega nadie. Lo tengo entre un puño... y ahora quiero retirarme a vivir y morir tranquilo dentro de la ley, aunque sea en la más humilde choza, sin seguir haciendo daño ni esperar continuamente que me lo hagan. Y entiéndelo bien: solo por nombramiento real y por servirte a tí sería yo el jefe de la flota...

–Serás el jefe de la flota, –aseguró Clemente.

El Verdugo se arrodilló en prueba de sumisión.

Así fue como el hijo del zapatero fue salvado la segunda vez por el Verdugo.

Momento después Clemente navegaba pensando que a juzgar por aquel hombre extraordinario los Verdugos y los Piratas no son malos como los pintan, sino juguetes de una voluntad superior. A su vez los acompañantes y el mismo consejero viajaban convencidos de que el príncipe y embajador era el más persuasivo y hábil de los diplomáticos. Verse salvos y libres, por solo el talento de él, les parecía un verdadero milagro de la diplomacia.

Cuando Clemente se presentó ante el monarca del país de su nacimiento, como representante de un reino, según acreditaban regalos y credenciales, lo colmaron de atenciones y fue hospedado en la mansión real. Y ocurrió que la princesa Rosamunda se enamoró de tal manera de él que parecía que la habían embrujado. No pudiendo disimular y temiendo que tan gallardo príncipe se fuera a casar con otra, se confesó con su padre.

–Príncipe: –le dijo el rey al diplomático– mi hija es bella como una rosa de mayo y pura como un ángel del cielo, y yo creo que ya es tiempo de escogerle marido. No le disgustas ni te disgusta. Tómala en matrimonio. Es mi real deseo. Y un día de ella y tuyo será este reino.

El joven quedó muy complacido y la princesa no podía disimular su alegría. Y quedando solos dijo ella:

–He sabido, ¡oh amor mío y mi futuro señor!, que desde hace días favoreces con donativos al hogar de los ancianos zapateros, que viven cerca. Tu caridad será la mía; pero explícame por qué esa singular preferencia.

–¿Eres valiente y capaz de sobreponerte a los prejuicios y a la verdad? le preguntó él en son de respuesta.

–Contigo soy y seré capaz de todo. Sin tí, de nada, –contestó ella.

–Esos ancianos zapateros son mis padres, –confesó él– y tú y yo nos casaremos cuando tu padre disimule su orgullo y admita que ellos asistan a nuestra boda.

La novia se fue a ver al rey, que estaba dormitando en una mecedora, y le dijo mientras lo besaba y le acariciaba las barbas:

–Padre: no tardes mi casamiento por nada del mundo, que sería mi muerte. Lo único que se opone a mi felicidad ahora es que aquellos ancianos zapateros, que desde hace días llevan vida de ricos, no asistan al matrimonio.

El rey quedó un instante como quien principia a despertar de un largo sueño. Abrió los ojos, en silencio y sin pestañar quedó contemplando una nube que volaba en el horizonte, y visiones y acontecimientos que él creía desvanecidos reaparecieron en la memoria. Luego fue uniendo detalles hasta comprenderlo todo. Se enderezó, quedó otra vez pensativo, y luego ordenó con firmeza:

–Rompan aquella cuna y el arrogante letrero. He sido jactancioso y vano. Me someto a la voluntad de Dios, y que se cumpla lo que dispuso el destino.

Las bodas fueron rumboas. Vinieron el rey y la reina de la otra nación y fueron padrinos. Los dos reyes se abrazaron, firmaron alianza y desde aquel acontecimiento quedaron siendo amigos, hasta donde un rey puede serlo de otro. Los zapateros distribuyeron regalos en nombre del rey entre la gente humilde. Hubo carreras de sortijas, *palo ensebao*, *gallo enterrao*, baile de cintas, mascaradas y maromas en la plaza pública, y todos se divirtieron a sus anchas. Lo que nadie supo hasta hoy explicar fue por qué el Verdugo, que había hecho temblar el reino, pasó a ser Primer Almirante de la Flota Real y azote de la piratería.

Yo lo vi todo de lejos, sin disfrutar de tantos regocijos y regalías; pero experimento el placer superior de contar esta historia, a la que nadie le debe quitar ni cambiar palabra porque dejaría de ser, como es: interesante y muy verdadera. Amén.



MARCOS EL RICO Y BASILIO EL AFORTUNADO

- 9 -

Por un pueblo de un lejano país pasaban tres romeros muy ancianos, que dizque iban a cumplir promesa. Ya al oscurecer se detuvieron frente a la verja de bronce que protegía una vivienda de gente rica. Desde afuera preguntaron:

–¿De qué cristiano es esta hermosísima residencia?

Y un señor gordo, alto, de bigotes tiesos y orgullosas y acariciadas patillas, les respondió:

–¿De quién pretenden ustedes que sea? ¿Quién fue el que la hizo edificar con su dinero? Se tiene que ser zoquetes para preguntar lo evidente. Es mía; y para que lo sepan de una vez, yo soy el mentado Marcos *el rico*; –habló así y resolló satisfecho.

–Te pedimos, gran señor, –suplicaron los peregrinos– que nos permitas pasar esta noche aquí, que en el camino abundan los salteadores y vamos lejos.

–¿Y qué ladrones los van a atajar a ustedes, que son unos pelagatos?... Estarían locos. Sigán su camino; váyanse pronto, que esta no es posada pública ni asilo de vagamundos; –les gritó, irritándose sin causa, Marcos el rico.

Oyó la esposa, que no era dura de corazón, y asomándose a una ventana le rogó al marido:

–Te pido que permitas que esos infelices cristianos descansen y duerman siquiera en aquel rincón del patio, aunque solo sea por esta noche.

Pujó, gruñó el amo, y a pesar de su áspero carácter consintió lo que la mujer quiso; pero con la condición de que siguieran viaje antes de amanecer, cosa de que a los marqueses de Torreblanca no les fueran a contar los hablanchines que en la mansión se alojaron tres transeúntes tan estrafalarios.

Cuando en la torre de la casa municipal marcó el reloj público la media noche, se soltó el diablo y huyó dando clamores que desparramaba el terral, y uno de los romeros le preguntó a otro:

–¿Oyes tú? ¿Qué está pasando? Yo no he percibido bien; ya sabes que me estoy quedando sordo. –Sucede, –contestó el interrogado– que el Maligno se le soltó a Miguel para ir a hacer de las suyas, como acostumbra; pero lo bueno es que en un lugar vecino acaba de nacerle el noveno hijo a Juan Francisco *el infeliz* y se llamará Basilio *el afortunado*, el que a pesar de los pesares se casará con la hija única y heredera de Marcos *el rico*.

–Rosalía, ¿qué están rebuznando en el patio esos burros decrépitos y garrapatosos? –le preguntó Marcos a su mujer. Dime, que no le quiero dar crédito a mis orejas.

–Dicen, –respondió ella– que al sonar las doce campanadas en el reloj público le ha nacido a Juan Francisco *el infeliz* el noveno hijo, que se llamará Basilio *el afortunado* y anuncian que será el marido de Aurorita y vendrá a ser nuestro heredero.

–¡El marido de mi hija! Se equivocan de medio a medio. A Aurorita la tengo que casar yo con el primogénito de los marqueses de Torreblanca.

–Rebosante de indignación bajó el rico orgullo y se fue al rincón del patio, decidido a darle a cada anciano tantas bofetadas como años tuviera; pero cuando llegó habían desaparecido. En seguida planeó lo que a su juicio debía hacer. Temprano ensilló y montó en su mejor caballo, que era el alazano, y con un plan entre ceja y ceja se dirigió a la aldea vecina. Allá indagó y averiguó hasta dar con el bohío de Juan Francisco *el infeliz* y ver al recién nacido.

–Dame este muchachito, –le propuso al padre– que tú tienes muchos hijos y yo no más tengo una hembra. Yo lo criaré, le haré

aprender un oficio y sacaré de él un hombre de provecho que te servirá de ayuda y me acompañará en mi casa.

A la proposición hecha con palabras dulzonas añadió un regalo. Juan Francisco, oyendo lo que un hombre poderoso le prometía, consintió que se llevara al niño, mientras la madre, desconfiada, lloraba a lágrima viva diciendo que ella no era una perra para consentir que le quitaran el hijo que acababa de parir con fuertes dolores.

Ya de regreso, pasando frente a un matorral, Marcos agarró al recién nacido por un talón, lo meció en el aire, lo lanzó a las breñas y siguió su camino *como si tal cosa*. En su alazán andón regresaba satisfecho, agradecido de Dios, y sin venir a cuento cantó en falsete la copla que le oía cantar a Rosalía antes del matrimonio:

–Por la mañana soy rosa,
al medio día soy clavel,
en la tarde mejorana...
¡y lirio al anochecer!

–Estas son las cositas que no llegarán a saber nunca los marqueses de Torreblanca, –murmuró regocijado; y volviendo la vista atrás refrenó parando en seco en el instante en que cruzaba graznando una lechuza.

Momentos más tarde pasaban unos monteros y al oír débiles vagidos se acercaron y vieron a la criaturita sobre una bejuquera de cundiamor, que le servía de colchón y hamaca. Lo recogieron y se lo llevaron. Horas después de llegar a sus viviendas cundía la noticia y con todos sus pelos y señales fue propagándose hasta que el barbero, que era un *llewaitrae* tan charlatán como adulón, se la refirió a «don Marcos».

–¡Pero esto no puede ser, si el diablo no lo protege! –exclamó el rico cuando se fue el rapabarba, sin querer admitir lo referido.

Quiso comprobar la noticia, aunque le pareciera una de tantas invenciones de esas que animan los cuentos y leyendas de viejas, y, fingiendo simple y desinteresada curiosidad se encaminó al barrio de los monteros. Llegó, vio... y quedó en duda de si era o no el niño que había tenido en sus manos, porque es cierto que en

siendo del mismo color, casi todos los recién nacidos le parecían unos animalitos que se confunden. Él tenía esa impresión desde que nació Aurorita. Mientras la partera decía que se parecía a la madre, otros aseguraban que era pimpún el retrato del padre. Se preguntó qué sería lo más prudente. Lo más prudente será readquirirlo, se respondió.

Mediante súplicas y un regalo en dinero contante y sonante se hizo simpático y consiguió nuevamente el rorro. Cargó con él, y cuando llegó a su casa sin que la esposa se diera cuenta lo apretó por el gznate hasta verle la carita morada y la lengüita afuera.

–Ahora no te salvarán los estúpidos monteros, ¡renacuajo!
–gruñó Marcos entre dientes.

En seguida lo metió en una cajita de madera y personalmente fue a tirarlo al mar.

–Navega en tu bergantín, ¡sapito lindo!... –voceó viendo flotar la caja en la cresta de una ola.

Pero la verdad fue que tan pronto volvió el hombre las espaldas la mar arrojó *eso* a la playa. Parece que no le gustó el regalo, o no se satisfacía con tan poquita cosa, o la cajita sería muy ordinaria, o no estaba de buen humor para aceptar ser cómplice de un don Marcos. Allí, vivo y gorjeando, lo encontró el pescador Manuel y se lo llevó a su casa. Manuel, que era individuo práctico, lo criaba con tanto esmero como se cría a un marrano, y cuando lo creyó de provecho, con la facilidad que vendía sábalos y carites, se lo vendió a un vecino, dueño de la pulpería del barrio. El pulpero, más práctico que Manuel, echó a la calle al dependiente viejo, que le costaba caro, y desde el primer día explotó sin misericordia al nuevo, como es justo que se explote a los dependientes.

Basilio resultó simpático y hasta bien parecido. Tenía «ángel» y su dueño se convenció de que le había traído suerte. ¡Hay que saber lo que es una pulpería con suerte! La clientela aumentó a ojos vistos. Pero como todo en el mundo no puede ser vida y dulzura y esperanza nuestra, Basilio creció, y desde que Satanás lo vio adolescente comenzó a hacer de las suyas. En más de una ocasión el amo observó con disgusto y recelo que la pulpera (su esposa) ponía ojos interesados en Basilio, que no era más que un hermoso animal de diecisiete años. Siete veces cada día se planteaba el

dueño del negocio qué sería preferible: matar al muchachón a patadas o seguir explotándolo aunque tuviera que reventarle los ojos a la mujer, que estaba perdiendo el juicio por ese burro. Pero sucedió que un día vino Dios a ver al pulpero y a Basilio. Frente a la tienda se detuvo un señorón a comprar fósforos y cigarrillos y quedó embelesado viendo a dos chicos que porfiaban:

–Basilio: despáchame a mí primero, que voy a jugar el trúcamelo.

–No, Basilio: despáchame antes a mí, que tengo que jugar mi trompo; y dame la ñapa.

–Dime, amable joven, –le preguntó al dependiente el señorón con modo afable: te llaman Basilio, igual que a uno a quien busco hace tiempo porque me interesa mucho; y tu apellido, ¿cuál es?

–Buen señor, –respondió el joven– casi no tengo apellido; pero todos me llaman Basilio el afortunado, dizque porque le doy suerte a la pulpería.

–Hace tiempo que estoy escogiendo a un buen auxiliar para que me ayude en mis negocios, –dijo el caballero. Si quieres vivirás en mi casa, que está en el pueblo vecino. Te haré propietario y feliz si te vas conmigo. Yo soy Marcos *el rico*.

Por cien pesos fuertes, poniendo oídos sordos a los refunfuños de su mujer, permitió el amo de la pulpería que el dependiente se fuera, después de regatear alegando que esa suma la había gastado en él, incluyendo el precio de compra. La cantidad era una exageración: un robo escandaloso. ¿Cuándo ha valido tantos pesos un dependiente? Pero Marcos pagó los cien duros con gesto de esplendidez y le entregó al joven una carta que escribió afirmando el papel en el arzón de la silla de su alazán.

–Cuando llegues al pueblo preguntarás por la casa de don Marcos *el rico* y le entregarás esta carta a doña Rosalía, mi esposa. Vete y espérame allá.

«Don Marcos» quiso celebrar la compra. Pidió Málaga... apareció una caneca de ginebra: la pagó, la descorchó y obsequiándose a sí mismo la dejó vacía en tres sorbos, y sin despedirse ni mirar atrás prosiguió viaje. Iba sin más propósito que el de halagar a los marqueses de Torreblanca, aumentando la dote que su hija llevaba al matrimonio, que debería celebrarse a fines del mismo mes, con el primogénito de esa ilustre casa. Andaba crecido de orgullo,

sintiéndose ya emparentado con la nobleza. Eso de entrar en la nobleza no es cosa chiquita. La sangre azul, que ennoblecería a sus nietos desde antes de nacer, la estaba sintiendo él circular, caliente, por sus propias venas. Estaba al reventar de gusto. Arreaba acariciándole la crin y el cuello a su alazano y empezó a tararear con su voz desapasible los versos que diecinueve años antes le cantaba a Rosalía en víspera de casarse:

–Mi caballo Contentón...
¡Mi caballo Malucón!
¡Muchacha si tú me quieres
te regalo un camisón...
¡del color de mi caballo
Contentón!

Siempre que tenía en mente o acababa de realizar una acción vituperable sentía rebosar el gozo y rompía a cantar sin ton ni son. Pero ahora, ante la doble perspectiva del marquesado seguro y de un dependiente a quien al regreso degollaría como a un becerro, el simple tarareo de un rondel enano no le resultaba bastante y al pasar frente a una baría frondosa se detuvo, echó pie a tierra, se dio palmaditas cariñosas en los muslos y sujetándose las posaderas con las manos comenzó a cantar y a bailar:

–No importa que la calandria,
el ruiseñor y el jilguero,
canten para divertirme:
¡yo canto mejor que ellos!

Por opuesta dirección, a pie, de prisa y contento de pasarse de un pulpero tacaño y malhumorado a un afable y generoso señor que prometía hacerlo rico, caminaba Basilio el... verdaderamente afortunado. Caminaba ansioso por conocer cosas nuevas. A mitad del camino alcanzó a un anciano... ¡Santo Dios, qué parecido a San Pedro! Ni pintado. ¡Era el mismísimo San Pedro! Cuando menos sería su hermano. Como él se iba apoyando en un rugoso cayado, como él tenía la calva, sus barbas remeneadas por el terral, su

mismo aire... y como él tenía los huesos duros y eso de andar metiéndose en lo que no le tiene cuenta. ¡Y sin uno atreverse a llevarle la contraria!

–Buenos días, padre viejo... lo saludó con sumisión y respeto.

–Así te los dé el Señor... –respondió el anciano de las barbas meneadas por el terral. Dime, –¿qué llevas escrito en ese papel que tienes en la faldriquera? –preguntó siempre curioso.

–Mi porvenir, seguramente –contestó Basilio mientras se preguntaba: ¿y cómo habrá adivinado que llevo una carta en el bolsillo? ¡San Pedro tiene que ser!

–¿Tu porvenir?

–Sí señor, mi porvenir.

–¿Y sabes tú cuál es ese porvenir?

–Lo tengo en la orden de que me coloquen en un empleo importantísimo.

–Dame a leer esa carta, muchacho, –ordenó el viejo.

Cogió el papel y en lugar de leerlo se lo acercó a la nariz, a los labios, y con nariz y boca sopló sobre él. ¡Qué tipo raro!

–Toma tu papel y sigue tu camino –le dijo– que yo voy por otro rumbo; y óyeme: al acostarte a dormir y al levantarte siempre rezarás el:

Con tres me acuesto,
con tres me alevento:
con la gracia del Padre...
del Hijo... y del Espíritu Santo.
Amén.

Vete. Y que una vez más en tí se cumpla la voluntad del Señor.

El anciano desapareció como por arte de magia. Era verdaderamente extraño. A Basilio no le parecía gente de este mundo. Por eso ni él ni su consejo se le borraron de la memoria.

Y andar... andar... andar... hasta que llegó al pueblo. Preguntando y doblando esquinas y volviendo a preguntar y a doblar, se vio ante la mujer de Marcos *el rico*. Le entregó la carta y no se atrevía a mirarla, por lo gran señora que era. Doña Rosalía leyó, se santiguó; miró a Basilio y se santiguó otra vez. Besó la cruz que formaron

sus dedos y mandó inmediatamente a buscar al Cura que vino sin pérdida de tiempo.

–Padre, –balbuceó la buena mujer– tenga, lea esta carta; medite y piense qué le estará pasando a mi marido que tan radicalmente ha cambiado de parecer. ¿Qué habrá ocurrido entre él y los de Torreblanca?

El Cura leyó, relejó y volvió a releer la carta; prudentemente miró y remiró a Basilio y le devolvió el papel a la señora sin decir esta boca es mía. Pero el escrito era una orden, que no se prestaba a duda, y las órdenes de Marcos se tenían que cumplir sin vacilación ni aplazamiento. Rosalía le pidió al sacerdote que corriera las amonestaciones. Inmediatamente llamaron al sastre; al día siguiente vistieron a Basilio con traje muy aparente y a fecha fija lo casaron con la hija única de Marcos: una muchacha tan linda y resplandeciente que hasta se llamaba Aurora, aunque le restaban algo diciéndole Aurorita... Lo curioso del caso fue que Aurorita, criada entre el puño por que estaba destinada a un noble de pura raza, tan pronto como vio a Basilio de cerca se encendió en fuego de amor a él. Andaba como hechizada y cuando lo comparaba mentalmente con el marquesito... ¡vamos hombre! ¿Quién iba a cambiar a Basilio por un engatusado y saludador?

Tres días después de la boda regresaba Marcos y, estupefacto, desde la verja alcanzó a ver a su hija que en el balcón se besaba con aquel dependiente que él había comprado en cien pesos para degollarlo. Vestido de caballero, ¡cualquiera lo conocía! A medida que salía de la perplejidad se le iba subiendo la sangre a la cabeza y de la cabeza bajándosele a los pies. Le volvió a subir, hirviéndole, y se encrespó él de ira. Le bajó un poco y recobró el aplomo.

–¿Qué hace ese hombre ahí? –le preguntó al criado Fidel.

–Es el marido de doña Aurora... –respondió el interpelado.

–El marido de... ¡¡Rosalía!! ¿Qué ha pasado aquí? –voceó desde el patio. ¿Cómo te has atrevido a hacer lo contrario de lo que te ordené en mi carta?

–No; –respondió a punto de rebelión la obediente esposa. Hoy no me vengas gritando. Cumplí tu voluntad al pie de la letra. Relee tu carta y comprenderás si te queda juicio que yo no he hecho más que obedecerte, aunque tu orden me pareció la mayor

de tus extravagancias. Y así y todo no quise cumplirla sin consultar al Padre Cura...

Abrió el marido la carta y leyó... Leyó y releó lo increíble; y lo increíble, lo que estaba mirando era lo que él no escribió y estaba escrito y firmado por él, con su mismo nombre, con su misma letra, y rubricado por él con la rúbrica que ponía al pie de todos sus documentos. Lo increíble decía así:

–«Mi querida Doña Rosalía de mi alma: tan pronto recibas esta carta llamarás al Padre Cura y dispondrás el matrimonio de nuestra querida hija Aurora con el portador de la presente, que lo es Basilio *el afortunado*. Para efectuar la boda no esperes a mi regreso. En cuanto a los de Torreblanca... *si te he visto no me acuerdo*. Cúmplase mi orden, sin vacilar ni perder minuto. Tuyo con todo mi corazón que no te olvida, Marcos».

A continuación de la firma, debajo de una P. y una S. mayúsculas, escrita en la misma letra se leía la siguiente copla:

–Ninguno cante victoria,
aunque en el estribo esté,
que muchos en el estribo
se han visto quedar a pie.

Quedó en silencio el rico orgulloso. Un sudor frío seguido por un baño de paz, le fue refrescando el genio. Desde aquel día, resignado, comprendió que sería inútil seguir porfiando contra lo dispuesto por el destino, y aceptó cargar su cruz, cruz que desde que empezaron a llegar nietos resultó muy llevadera.

De esta importante historia me enteré yo por que a la abuela de la abuela de mi abuela se la contaron gentes antiguas, y como la cuento es.



BLANCAFLOR

-10-

Blancaflor... Blanca Flor...

¿Qué mente privilegiada podría volver a explicar ahora por qué causa y con qué designio, de un hombre y de una mujer así pudo venir al mundo aquella criatura semejante a un ángel? Pasó, la sombra corporal se desvanece, y todavía perfuma con solo pronunciar su nombre. El contraste inclina a meditar en el Gran Poder que castigó a Satán haciendo brotar luz del carbón negro, del fangal flores y que en cada primavera prende alas en muchedumbre de gusanos y los echa a volar convertidos en galanas mariposas.

Padre. Madre. Nicanor era maestro en artes diabólicas y desde temprano se ocupó en que la hija aprendiera parte de lo mucho que él sabía. Nicolasa, la esposa, dejaba atrás al marido en cosas de magia y le enseñó a su vez a la hija más de lo que él pudiera sospechar. En cuanto a Blancaflor, aunque sus padres fueran hechiceros tan principales y le enseñaran todo el saber de su tiempo, aprendía y no se le ensuciaba el alma: porque no tenía intención de practicar lo aprendido, porque practicó lo aprendido solo para defenderse, porque estaba enamorada cuando lo practicó ciñéndose a la prudencia, y porque de acuerdo con la partera Antonia el Hada de las Maravillas la besó al nacer.

No estaría demás tener en cuenta que el sacristán Tomás se puso a decir que ningún lector sano de juicio puede llevarse

de los cuentos de aquella buena señora, quien, según él, era tan entusiasta de lengua que murió de garrotillo. Pero vecinos veraces, que conocieron al sacristán, dejaron escrito que ese individuo era bizco de un ojo, turno del otro y de conciencia empañada en extremo tal que un Domingo de Ramos, trepándose al campanario en el desempeño de su obligación de echar las campanas a vuelo llamando a misa, pisó en falso y descendió descalabrándose tan adecuadamente que a las veinticuatro horas lo mudaron de su bohío al Campo Santo. Para cumplir ese deber de misericordia, sin duda saludable e ineludible, se vieron en necesidad de fabricar dos ataúdes: uno para su cuerpo y el otro para meter y cargar la lengua. Dizque el del cuerpo pesaba menos.

Un día de primavera, allá por las fiestas de la Cruz de Mayo, a Blancaflor le despertó el amor un joven que respondía al nombre de Juanillo. Mozo de agradable presencia, sangre liviana, muy cariñoso, que la miraba de manera diferente a los demás, y que sabía coplas tan dulces como las que cantó entre suspiro y suspiro aquella noche cerca de su ventana:

–Eres luna que me alumbras,
y eres el sol que venero,
y eres cadena de amor...
que me tiene prisionero.

–No hay corazón como el mío,
que sufre y calla su pena:
¡corazón que sufre y calla
no se encuentra donde quiera!

Al brujo no le gustaba el galán y a la nigromante menos que menos. Alegaron desde el principio que el Juanillo ese era un Juan Lanás, ¡un coplero casi tan inferior como un poeta! Según ellos nomás sabía poner ojos de enfermo y berrear semejante a un ternero hijo de vaca difunta. Ese insípido no era el hombre para su hija. Acabaron oponiéndole obstáculos infranqueables a sus pretensiones.

Pero Blancaflor se complacía en su enamorado y su enamorado andaba sin tino por ella; y *en queriendo la dama y el pretendiente, aunque se oponga la demás gente.*

–Abre los ojos, que esos tienen algo entre mano.

–Hay que apresurarse y poner en práctica la resolución decisiva, –dijo a su vez la joven. Los viejos dicen que la luna es amiga de los enamorados: aprovechemos esta noche de luna llena. Ve al potrero de mi padre y de los dos caballos que veas al llegar, amarra al que está acostado, y tráelo.

Dócil, se encaminó él al potrero y, al ver a los animales, desdeñó al adormilado y decidió coger al que piafaba despierto. Fue un lamentable error: el que piafaba y dio un estridente relincho corría parejas con el viento, mientras el otro volaba con el pensamiento. Prepararon el viaje. Ella entró en su dormitorio y cogió un peine de concha de carey, un carretel de hilo azul, un grano de sal y otras cosas menudas que a Juanillo le parecieron naderías conque se encariñan las señoritas.

En cambio de esas chucherías la vio arrancarse una hebra de su cabellera, brillante como el oro, y ponerla cuidadosamente sobre la almohada.

El brujo y la nigromante, extrañados al no ver durante la mañana a la hija, que era madrugadora, la llamaron:

–Blancaflor. ¡Blancaflor!...

Y la hebra del cabello respondía remedando su dulcísima voz. Rato después, por segunda y tercera vez llamaba la madre, y dándose cuenta del engaño *puso el grito en el cielo* y los ecos regresaban repercutiendo de los remotos confines. Montó el padre en cólera y la cólera y él en el caballo que tenía el don de volar con el pensamiento. Comenzó la persecución. ¡Qué persecución! Corrieron pasando valles, cuestras, sabanas y otras llanuras inmensas; ellos galopando delante y el brujo detrás, vuela que vuela. Cuando se encontraba casi tocándole a los fugitivos la cola de su caballo, Blancaflor le dijo a su futuro esposo:

–Juanillo: papá nos está alcanzando.

Y en la curva de una vereda los novios se convirtieron en una mata de guineos con un racimo maduro y en el centro del racimo dos frutos verdes y tiernos.

Al pasar el hechicero y ver aquellos guineos tan apetecibles, refrenó y se detuvo a comer. Se comió el racimo, menos los dos granos verdes. Tan pronto quedó repleto se le embotaron las ideas hasta olvidar en qué andaba. Retornó a su casa, mientras Blancaflor y Juanillo renovaban la huida volando a la par del viento.

Cuando la nigromante alcanzó a ver al marido de regreso, ella que sabía más que él, le preguntó si se le habían escapado los fugitivos. Respondióle que no los había visto. Frunció Nicolasa el entrecejo y murmuró reflexivamente:

–Caíste en una trampa: los frutos verdes del racimo de guineos que te comiste eran Blancaflor y Juanillo. Reanuda la persecución antes de que rebasen la raya fronteriza de nuestro poder.

Por segunda vez el brujo ensilló, montó a caballo y voló a alcanzarlos. De las patas de su corcel, volando, iban saltando chispas que se prendían junto a las estrellas en el firmamento. Sonó una voz trémula de pavor, y esa voz decía:

–Papá está otra vez a punto de alcanzarnos.

De pronto el perseguidor, que oía repercutir aquella voz en los cuatro puntos cardinales, vio a un viejo encorvado que trataba de atrapar a una gallina. Refrenó y preguntó:

–Anciano, ¿has visto pasar por aquí a un joven estúpido y a una linda rubia tan inteligente como bonita? Si eres padre y hombre de honor, respóndele a un padre a quien están ultrajando.

–¡Aquí queriendo amarrar esta gallina!... –contestó a gritos aquel anciano que además de sordo parecía bobo, pues del mismo modo seguía contestando a cada pregunta.

–No pueden ir en cuatro direcciones: he perdido la pista, –se dijo el hechicero desconcertado– y se devolvió por segunda vez.

Cuando llegaba a su casa no acababa de contarle a su mujer la peripecia, y ya ella, hecha una furia, le interrumpía diciendo:

–En anciano y la gallina eran ellos dos: ¿cómo no lo comprendiste? Vuelve a montar, vuela y alcánzalos.

Voló él, voló, y ya estaba al alcanzar por tercera vez a los fugitivos cuando sonaron distintamente las palabras de Blancaflor diciéndole al prometido esposo:

–Papá se acerca. Siento el resoplido de su caballo.

Las palabras se difundían por rumbos diversos, y al decirlas volviendo la mirada atrás, la novia tiró por encima del hombro izquierdo el peine que se transformó en una cordillera con crestas de peñascales y árboles gigantescos. Tendía el caballo el cuello y el hocico al cielo, volaba hacia arriba, y cuando descendió del lado allá de los encrespados montes mediaba una distancia enorme entre él y los fugitivos. Espoleaba y sacudía riendas, y la velocidad del caballo era tan grande que el jinete perdió una oreja con el azote del viento. Otra vez oyeron los novios que algo así como un torbellino les daba alcance y Blancaflor, sin volver la vista, tiró el carretel de hilo azul que se convirtió en espesa bejuquera. Con el dolor de una oreja menos y no pudiendo pasar por aquel laberinto, el brujo se devolvió afrentado, decepcionado y fatigado de tanto volar en vano. Antes de soltar estribos le dijo la huchadora mujer:

–Ya sé lo que te ha pasado. La cordillera y el bejucal eran ellos: debiste prenderles fuego. No dejes que un estúpido se lleve a nuestra hija: vuelve, alcánzalo y exterminalo.

No hay quien no sepa que las nigromantes son más testarudas que los hechiceros; pero todavía nadie ha podido medir todo el daño que puede aconsejar una mujer instigadora, aunque no sepa de magia.

El brujo mugió lo mismo que un toro bravo y furibundo se despidió con ímpetu de ciclón.

–No lo mataré solamente a él... –iba pensando– en donde los agarre quedará memoria eterna del escarmiento. Los reventaré y trituraré y quemaré y las cenizas se disolverán en el viento.

Volaban y volaban; y cuando ya al teñirse el cielo con la sangre del sol agonizante caballo y caballero estaban a punto de alcanzar a los enamorados, Blancaflor miró hacia atrás, cerró los ojos, y por encima del hombro derecho tiró el terroncito de sal. Aquel diminuto terrón se derritió formando un charco y el charco crecía, se dilataba, y de pronto se volvió un mar tormentoso que no se podía cruzar sino rezando la oración que se aprendió Moisés para pasar el Mar Rojo. El brujo no la sabía. Desde la orilla, perdido el sol, nublado el pensamiento y perplejo ante la borrasca, aunque rabiando desistió de continuar la persecución.

Maldijo el padre a la hija con palabras violentas, llamándola perra, malagradecida y traicionera.

–Blancaflor, Blancaflor: espero en el Genio de la magia y en el de mi gran Maestro... que seas pronto olvidada por Juanillo, el necio.

Y el huracán, más furibundo que él, se tragó la voz. En llegando a su casa le contó a su mujer cómo la cordillera, el bejucal y un mar borrascoso le habían cerrado el paso.

–Convéncete, –le dijo la pertinaz Nicolasa– Blancaflor, esa mosquita muerta, está favorecida por el hada que la vió nacer y sin duda desde entonces recibió un poder casi tan grande como el del Genio del mal, que nos alumbra.

El largo caminar, los peligros pasados y los sobresaltos en que se vieron durante los alcances sucesivos, le causaron al novio un cansancio tan pesado que ni podía tenerse en pie. Los párpados se le cerraban. Blancaflor, viéndolo así, le alertó para que en llegando no se dejara abrazar de amigos ni de familiares antes del matrimonio efectuarse; porque si se dejaba abrazar les sobrevendrían penalidades. Pero el sueño es hermano menor de la muerte y casi invencible como ella.

Juanillo, a pesar de su voluntad y acaso por la maldición del brujo, al llegar se reclinó y pronto quedó vencido del sueño. Dormido estaba cuando se presentó su abuela y lo abrazaba y lo besuqueaba. De repente los familiares vieron que Blancaflor se desvanecía igual que el humo y que del sitio donde ella estaba salió volando una paloma blanca.

Despertó Juanillo y, viéndose sin su compañera, cayó en tristísimo abatimiento. Ni comía ni bebía, sino alimentándose de sus propias lágrimas: porque era un novio leal. Estaba hecho una pura lástima. Todo el tiempo se le iba en pensar en su amada, y en suspirar y suspirar. En cuanto a palabras, nada más sabía decir y repetir aquellos cantares con estribillo que por primera vez ahora le salían del alma:

–¡Ay, mi palomita!
¡La que yo adoré!...
Le nacieron alas
y voló, y se fue.

–Abroncaron mi paloma...
 ¡Tan mansa que la tenía!
 Paloma, vuelve a tu dueño:
 ¡no seas malagradecía!
 ¡Ay, mi palomita!
 ¡La que yo adoré!

–Paloma, dime si vuelves,
 mírame qu'estoy llorando...
 Por el Gran Poder de Dios,
 Paloma, ¡dime hasta cuándo!
 ¡Ay, mi palomita!
 ¡La que yo adoré!

Llamaron a la curandera del lugar, que se sabía el Credo completo y unas oraciones y ensalmos que alivian males de amor. Como era señora de gran experiencia, convenció a Juanillo de que alimentarse para sufrir es un deber superior y, en secreto, de labio a oído, le hizo la revelación de que él sentiría más la ausencia de Blancaflor y suspiraría más hondo por ella *continás* se alimentara y fuera más fuerte. Comió y bebió; pero entorpecida la conciencia por la tristeza, pasaron siete años sin cambiar ni aminorar sus penas. Después fue aquello quedando atrás, en brumas de lejanía, y al fin los sufrimientos se disiparon, que todo lo borra el tiempo. Y un domingo Juanillo conoció a una señorita que no era fea, y le dio palabra de casamiento. No hubo oposición y se anunció la boda. El día convenido, la novia, seria y emperifollada, estaba lo más currutaca. Hasta parecía bonita. El Cura y los testigos ya estaban ahí, cuando los concurrentes vieron entrar por la ventana del frente una paloma blanca, volando en círculo, y que se fue a posar frente a Juanillo y de una vez rompía en gorjeos:

–Currúcucu-tú: ¿ya no te acuerdas de los siete trabajos que pasamos juntos?

Ninguno de los presentes entendía el lenguaje de las palomas; pero Juanillo, igual que un iluminado, respondía a cada pregunta:

–No recuerdo. No recuerdo.

–Currúcucu-tú: ¿ya no te acuerdas del conuco y de la sortija que te exigió mi padre para consentir en nuestro matrimonio?

–No recuerdo. No recuerdo... y las palabras parecían irle saliendo sin su voluntad, como si las sílabas brotaran maquinalmente.

–Currúcucu-tú: ¿ya no te acuerdas de aquel racimo de guineos maduros ni del viejo y de la gallina?

–No recuerdo. No recuerdo...

–Currúcucu-tú: ¿ya no te acuerdas de cuando mi peine de concha de carey y el carretel de hilo azul se convirtieron en una cordillera y un bejucal?

–No recuerdo. No recuerdo... pero un girón de nube me pasa por la memoria y... como que voy recordando.

–Currúcucu-tú: ¿ya, no te acuerdas de cuando un grano de sal, tirado atrás por mi amor, se convirtió en un brazo de mar tormentoso?

–Como que voy recordando... Sí, sí, sí, ¡ya recuerdo!

¡Oh Blancaflor, dueña mía, paloma mía!: despierto estoy después de siete años de un sueño profundo como la muerte. Tuyo fui, tuyo soy, tuyo seré.

Ante el asombro de los concurrentes la boda que principió con una prometida se efectuaba con otra. Blancaflor reapareció en su verdadero ser: rubia como un hada, linda como un hada, y vestida de un traje tenue y suave como la espuma, lista para casarse inmediatamente. Sin perder minuto bendijo el Padre Cura la boda y desde entonces Blancaflor y Juanillo vivieron juntos sin envejecer. Y tuvieron muchos hijos, y fueron muy felices; y a mí me autorizaron a contar su historia para que los novios sigan su ejemplo y aprendan a ser leales.



LA COPLA QUE ESCRIBIÓ UN REY VERDADERO

-11-

En tiempo de Maricastaña vivía un gran rey. Era pacífico y afectuoso, aunque precavido. Lo querían mucho, porque hacía justicia. Un año después de su matrimonio esperaba tener un heredero de la corona; pero la reina soñó con un par de chancletas y parió una infanta; y se vio tan mal en el trance que la partera aseguró que no volvería a quedar encinta. Por fortuna el rey era de buen carácter y se consoló adoptando a un pariente, hombretón calvo, al que llegó a querer igual que si fuera su hijo.

Un día el monarca resolvió recorrer sus dominios, sin dejarlo saber de los cortesanos y sin darse a conocer por donde pasara. Le entraron ganas de averiguar cómo se estaban comportando las autoridades de su pueblo. Por único compañero se llevó al calvo.

Después de andar por acá y por allá, escudriñando y tomando nota de lo bien hecho y en libreta aparte del mal que se debería corregir, llegaron a una aldea remota y no encontrando posada se alojaron en la vivienda de una viuda entrada en años que tenía una hija soltera, garbosa, rebosante de salud, decidora y tan despierta que no parecía aldeana. El rey la miraba con curiosidad, luego la veía con interés y poco después acabó apeteciéndola como a una fruta madura, hasta que llegaron a lo más íntimo del amor.

El buen monarca no se quería ir; pero los negocios de la política exigieron su presencia en la capital. Antes del retorno le secreteó

al calvo lo ocurrido y el propósito de dejarle a la muchacha su dirección, bastante dinero y precisas instrucciones por si le nacía un varón. El protegido se creía heredero, y autorizado por la confianza se atrevió a opinar en caso tan delicado.

–Señor, –le dijo– lo prudente y mejor es irse sin más ni más, sin que estas aldeanas ni siquiera sospechen quienes somos, y que más nunca tengan nuestras noticias; y... *aquí paz y en el cielo gloria*.

Se soltó de lengua y agregó:

–¿Dinero? ¿Dejarle dinero? ¿Qué dinero se necesita en una aldea? ¿Y qué más para ella que la suerte de que en su misma cama se acostara un rey?

Al pariente se le olvidó que a los mandatarios no se les da opinión ni consejo sino cuando ellos autorizan. ¡Y eso!... Desde aquel momento el monarca abrió los ojos y comprendió que *más vale andar solo que mal acompañado* y que le convenía apartarse del calvo. Según lo pensó lo hizo y dándole una regalía *lo mandó con su música a otra parte*. Ni en este mundo ni en el otro se volvieron a ver.

Con palabras muy meditadas el rey escribió, puso dentro de un sobre lo escrito, lo cerró, lo lacró, y poniéndolo en manos de la humilde joven habló así:

–Desde ahora es mi voluntad que si la criatura sale varón, a su tiempo entre en la escuela, y cuando aprenda *las cuatro reglas* le entregarás esta disposición y con ella el dinero que envuelve y este anillo que tiene un arabesco que solo para mí y el joyero que lo hizo es comprensible. El contenido más importante del escrito es mi dirección: no la extravíen. Esta otra suma es para que tú y tu buena madre vivan cómodamente sin tener que hospedar en esta casa a ningún hombre.

Acentuó las últimas palabras mirándola de manera que se le clavarán en la memoria y no se le olvidaran nunca.

Al cumplirse los nueve meses, el día de San Leonardo, la joven alumbró un varón y le puso el nombre del santo. Al principio no parecía más que un muñeco; pero a medida que iba creciendo se convertía en un vivo retrato del padre. ¡Virgen Santa, y cómo se le parecía! Ella... loquísima de contenta.

Cuando el niño cumplió siete años entró en la escuela. Con las primeras lecciones despertó y su inteligencia lo hacía brillar entre

los demás como un diamante en un cascajal. Un año después sabía más que todos los condiscípulos y era el orgullo del maestro. El día de los últimos exámenes se lució y los compañeros se amargaron de tirria. Desde que salieron a la calle le vocearon que él no era más que un sin padre. Antes de verlo ganar todos los premios ninguno había dicho eso. Creció y con los años aumentaban las murmuraciones; y un día no pudo soportar más y le exigió a su madre:

–Dime ahora mismo quién es mi padre y en dónde está, si no ha muerto. Quiero saberlo antes de romperle los dientes y tres costillas a cada uno de esos sinservir.

La madre y la abuelita se alarmaron, porque hasta entonces no lo habían visto colérico, y lo abrazaban para calmarlo; pero él *se mantuvo en sus trece*, exigiendo.

–Ahora vas a comprender que no es como los demás hombres, –le prometieron.

Se fueron al aposento y registraron hasta sacar del fondo de una carterita, que él no había visto, un sobre lacrado que protegía un papel, y en el papel se leía en letras mayúsculas el nombre de la ciudad, el de una calle y el número de una casa. Además, dentro del sobre había una suma de dinero y la sortija que tenía marca especial, que él miraba y no podía entender. Cubría todo el contenido un pergamino y en el pergamino se leía una copla muy elocuente que se aprendió de memoria. Tan contento se puso que ni se acordó de ir a romperles los dientes y las costillas a los sinservir.

Lo que hizo al día siguiente fue preparar su viaje y tan pronto quería salir que casi no daba tiempo a que le prepararan alforja. Triste fue la despedida, porque la abuela creía que él era todavía un niño sin pizca de la experiencia necesaria para viajar solo y la madre pensaba que acaso no volvería a verlo.

Después de tres días de caminar alcanzó a un hombre que era tuerto del ojo derecho y turnio del otro: hizo la señal de la cruz con la mano izquierda, señal que la abuelita decía que era muy eficaz cuando se va sin armas por los caminos. Lo desechó dando un rodeo. A los seis días, ya anocheciendo, le dio alcance a uno que iba renqueando con un saco auestas. Sin saludarlo siquiera le pasó sin mirar atrás. A los nueve días, ya a la vista de la gran ciudad, se creía a punto de morir de sed. Lo alcanzó un

caminante que iba en la misma dirección, al que le suplicó que le diera o le vendiera un poco de agua. El individuo, muy zalamero, al responder con palabras melosas alzó respetuosamente la mano rozando el sombrero que le arrebató el viento descubriendo una cabeza de superficie lucia.

–¡Es calvo, Dios mío! ¡Es calvo!... –se dijo; pero ya el percance era inevitable y su agobio era tanto que no le permitía salir huyendo.

–Mi distinguido señor, –le respondió el ladino. Agua no necesito llevar porque en el trayecto hay mucha. Venga y beberá ahora mismo.

Se acercaron a un pozo a la vera del camino. Ni en su brocal, ni cerca de allí, encontraron cantimplora. Para que pudiera beber el desconocido lo cargó suspendiéndolo por los pies, cabeza abajo. Luego entraron en conversación y siguieron juntos, y el ladino habla que habla... cuando cerquitica de la ciudad le vio brillar la sortija.

–Compañero, –le dijo– en balde nos apuramos por llegar, pues el reloj público está dando las seis y desde ahora hasta que salga el sol se cierra el portón de la ciudad. Por suerte aquel bohío no es mal hospedaje y pasaremos en él la noche.

Se detuvieron. Leonardo pagó y el calvo no quiso que durmiera solo en un aposento. Se tendió en cama contigua y a poco fingió dormir. Roncaba; y cuando Leonardo se rindió al sueño, se levantó «pisando en dos uñitas», le hurtó la sortija con suavidad increíble y por llevarse lo que de pronto creyó dinero cogió el sobre que contenía la dirección y las instrucciones. Temprano entró el ladrón en la ciudad y sin pérdida de tiempo se fue al palacio, se anunció y lo condujeron a la presencia del monarca, que lo recibió a solas, rodeándose de misterio.

Habituado a escrutar en los íntimos repliegues de la conciencia de cortesanos astutos, el rey examinaba por fuera y por dentro al aparecido. Ni un gesto, ni un rasgo se percibía en este hijo de común con aquella joven sana de alma, exhuberante de cuerpo y de carácter jovial. Se escrutó, buscando algo de él en sí mismo y, ¡ni una corazonada! Eso que llaman «la voz de la sangre» permanecía mudo. ¿Para qué iba a hablar? Bastaban la evidencia de las pruebas y la convicción de una calaverada que ahora pesaba con elocuencia decisiva. Pero...

–El *pero*, ¡siempre el bendito pero en mis dudas! –se decía el rey. ¡Calvo!... ¿Cómo puede ser calvo antes de los diecinueve años? ¡Y ese envejecimiento prematuro, y la malicia en el ojo que le hace parecer de más de veinte!... ¿Cómo fue posible que de ella y de mí saliera este? ¿Raquitismo contraído en la infancia? ¿Miseria habitual? ¿Restos de enfermedad heredada de algún ascendiente materno? Mintió el que dijo que no da saltos la naturaleza. En todo este proceso solo veo clara mi culpa.

–La madre, –explicó con precisión el hijo– murió de viruelas a raíz de darlo a luz. De la abuela no sabía más que referencias vagas transmitidas por el tío que se lo llevó a un campo en donde lo crió sometiéndolo a penalidades, deseoso de que cumpliera dieciocho años para casarlo con su hija escrofulosa, bizca y deforme. Esto le hizo escapar llevándose los papeles y la sortija.

El monarca entrecerró los ojos. Para el que lleva encima la carga de un pueblo, –pensó– poco viene a ser echarse al hombro otra cruz.

En el palacio hubo fiestas y la noticia de la aparición de un hijo del buen rey se propagó pasando al centro de la ciudad y de allí a los barrios más apartados.

Llegó Leonardo a la capital del reino, injuriado, engañado, robado y obligado a callar, pues teniendo de enemigo a un traidor tan mañoso una ligereza cualquiera podría costarle muy caro. El malo ese, –pensaba– no dejará de valerse del favor oficial para impedirme levantar cabeza. Calló prudentemente, pero sin renunciar a la esperanza.

Pronto se orientó y pudo andar solo. Encontró la calle; pero no el número de la casa indicado en el escrito. Cierta día, pasando frente al palacio real se detuvo: en vez del número que buscaba, al levantar la vista quedó lelo viendo a una joven que no parecía criatura humana, sino aparición divina. Sin darse cuenta se detuvo a contemplarla y sombrero en mano se inclinó en adoración. A ella parece que no le disgustó causar ese arrobamiento y lo premió con una sonrisa. Volvió el día siguiente a la misma hora, y el otro y el otro, y se acostumbró a pasar mirando; y el ángel del balcón siempre en espera de no se sabe a quién. Una vez al pasar vio que por un cordón descendía un papelito. Lo atrapó y corrió a su

alojamiento en donde a puerta cerrada lo leía y releía sin quedar ciego ni darle crédito a los propios ojos. Leía:

–*Si no subes esta noche a las once no serás hombre...*

Para responder a la cita salió, compró una escalera plegadiza y antes de la hora indicada ya estaba en el sitio. Minutos después se acercaron dos badulaques, de esos que viven *a la buena de Dios*. Y uno era... ¿Quién se lo podría figurar? El rey andaba recorriendo la ciudad, disfrazado, para enterarse de cómo andaban las cosas en su gobierno. Le acompañaba el hijo postizo.

–Bien llegados, señores: llegan ustedes oportunamente.

–Muy buena noche le dé Dios, –saludaron.

–Buen hombre, –propuso dirigiéndose al mayor– le daré un peso fuerte si me colocan allí esta escalera.

–¿Y adónde pretende subir? –le preguntó el aludido.

–Al segundo piso de esa casa.

(¡Pretendía subir al palacio real!)

Cargó el rey la escalera ayudado por el otro y la colocó en el sitio indicado. Fingieron irse y quedaron espiando desde la esquina. Trepa Leonardo, el monarca observa y espera que baje para interrogarlo. El calvo, conociendo a aquel compañero de viaje, le propuso al rey que lo mataran en castigo del atrevimiento.

–No será así, –le respondió.

–Pues... cuando esté bajando me encargaré de tumbarle la escalera, y la muerte correrá de cuenta suya.

–Hijo: –reprobó el rey– en acciones así nunca se debe pensar y jamás se deben hacer, y menos contra un adolescente que no parece un cualquiera. Mañana, después de meditarlo, se impondrá el castigo correspondiente a la intención.

–Padre: –insistía el falso hijo– esto no debe quedar sin escarmiento inmediato.

–Hijo: me parece que sobre el caso he hablado bastante, –cortó el monarca.

Descendió Leonardo.

–Caballero: las cuentas claras: me parece que usted se está olvidando de pagarnos el duro, –volvió y reclamó el mayor de los trabajadores.

Se excusó el joven mientras pagaba.

–Gracias por su esplendidez, –musitó el fingido badulaque simulando ser torpe mientras recibía el dinero. Da gusto trabajarle a un caballero como usted, –agregó. En lo dadivoso parece que es forastero... ¿Tendría la bondad de decirme en dónde se hospeda? Me agradecería volverle a servir.

El joven dijo su dirección mientras ellos se retiraban. Al instante el calvo le pidió permiso al padre para ausentarse.

–¿Y adónde irás a esta hora?

–Se trata de una diligencia personal, –respondió.

–Aplázala, –ordenó el monarca.

El calvo se ponía más intranquilo a medida que pasaba el tiempo. Al regresar a palacio el rey dispuso que se pusieran centinelas dobles, con orden de que durante el resto de la noche ni siquiera a él mismo le permitieran salir, si lo intentaba.

Temprano, el día siguiente, ordenó que el capitán de la guardia de palacio fuera al hospedaje... tal, prendieran al Leonardo mentado y lo condujeran a su real presencia, en seguro arresto. Antes de una hora regresaron con el delincuente. La reina y la princesa, extrañadas de una audiencia en hora tan inusitada, se acercaron a curiosear, y cuando la primera vio a aquel joven se preguntaba:

–¿En dónde he visto a este señor, o a quién se me parece? ¿En dónde?... ¿en dónde?

Y la hija, que había pasado una noche de intranquilo sueño:

–¡Ay Dios!... el mirón está preso, seguramente por causa mía.

–Joven, –preguntó el rey– ¿con qué permiso y con cuál propósito entraste anoche en mi palacio? Responde y economiza palabras, que el caso es grave.

–Majestad, –respondió el joven sin amilanarse– parece que mi persona no le es antipática a una doncella que desde lejos he visto asomada al balcón, y que... ¡lo juro por mi honor!, es linda como en el mundo no hay otra igual; y si alguno se atreve fuera de aquí a contradecirme, lo castigo. Anoche vine y la vide apenas, porque un no sé qué me impedía alzar la vista en su presencia, y el respeto a su divina persona y al sitio no me dejaron pronunciar palabra.

–Y tú, –insistió el rey– ¿quién eres, de dónde eres y en qué andas?

–Majestad, soy de la aldea Consolación, que es de las remotas y más leales de este gran reino. Me criaron mi madre y mi abuela en la ley de Jesucristo y para servirle al rey, sin decirme nunca quién es mi padre, hasta que varios condiscípulos al verme sobresalir en los exámenes y ganarme todos los premios, sin poderme echar en cara otra falta murmuraron que soy un sin padre. Con los años crecieron las murmuraciones; y antes de imponerles a los charlatanes un correctivo, como era mi deber, respetuosamente les pedí a mi madre y a mi abuela que me hicieran saber la verdad, y entonces me entregaron un pergamino en el cual se indica cómo y en dónde puedo encontrar a mi padre, residente en esta ciudad. Junto al papel encontré una suma de dinero que conservaron completa, y escrita por él esta copla que me aprendí de memoria, porque siendo obra de mi padre; tiene que ser verdadera:

–Si vieres un tuerto bueno
asúntalo con cuidado...
Dale las cruces a un cojo,
¡y Dios te libre de un calvo!

Además me entregaron una sortija que tiene un arabesco indescifrable.

Mientras el joven hablaba, al salón iban entrando condes, marqueses, duques y otros señorones y vasallos nobles. Y el traicionero al lado del rey, sudaba la gota gorda pensando que se le acercaba el castigo por su felonía. Y siguió el joven contando:

–Me despedí tan contento, porque iba a conocer al autor de mis días, que se me olvidaron las injurias de los lenguaraces y se salvaron de la paliza que merecían. Mi abuela y mi madre quedaron allá rezando por mí. Durante el viaje encontré a un tuerto y a un cojo: los deseché, ateniéndome a la copla, pero a los nueve días creí morir de sed cuando me tropecé con ese calvo... sí, ese que está al lado de su Majestad, y no pude escapar de él. Por él bebí y seguimos juntos. Ya teníamos a la vista esta grande y bella ciudad, cuando él me explicó que después del toque de oración está prohibido entrar en ella. Con palabras dulzonas me convenció de que decía verdad y consiguió que pasáramos la noche en un

hospedaje. Durante mi sueño, o quizás por arte de magia, me sacó la sortija, que era el más valioso testimonio de mi padre, y se llevó además la dirección y los papeles que me acreditarían en llegando a su presencia. Solo me dejó el dinero, ignoro por qué milagro.

–¡Mi hijo! ¡Este es mi hijo! –exclamó el rey levantándose para abrazar a Leonardo.

La reina y la princesa también lo abrazaron; y los duques, marqueses, condes y vizcondes y los demás nobles que estaban detrás de ellos, se empujaban para ver mejor.

Se sentó el rey y recobrando su habitual aplomo ordenó:

–Venga el capitán de guardias; y que el verdugo venga. Mando, ¡y ay del que no obedezca! Prendan a ese calvo impostor y afrentoso, de corazón empedernido; y que lo amarren de manos y pies a cuatro mulos cerreros que azotarán y harán correr hacia opuestos rumbos, para que lo descuarticen.

Entonces fue cuando Leonardo dio un paso adelante, hincó una rodilla, y le oyeron suplicar:

–Padre mío y señor: imploro que su alta clemencia cambie ese terrible castigo por otro. Puesto que en día de sed el calvo me dio de beber, acaso no sea tan malo como parece y pueda enmendarse.

Al rey, a la reina, a la princesa y a los cortesanos presentes les parecieron juiciosas las razones del nuevo príncipe. Por eso el calvo se salvó y solo fue desterrado. Anduvo rodando de reino en reino, de pueblo en pueblo. Por desgracia universal el mañoso tuvo descendencia y él y su descendencia no han dejado de hacer de las suyas. Lo peor es que se están multiplicando tanto que acabarán por llenar el mundo.



-ASÍ SE CASTIGÓ A
UNOS INGRATOS-
-12-

Érase que ese era un hombre que tenía tres hijos y la cabeza llena de sentenciosos refranes. Nació rico y vivía alerta. Enriqueció aún más de dinero y experiencia y ya entrado en años el concepto de su propio saber se le convirtió en orgullo, y en su orgullo se jactaba de no haberse equivocado en el trato de la gente. Estaba seguro de que nunca, ni en un detalle, lo pudo engañar ni el más astuto de los negociantes y con frecuencia se jactaba de que jamás se equivocaría al juzgar a nadie, pues a los que pasaban lejos los juzgaba por la parentela y su mirada escrutadora penetraba en los repliegues más íntimos del que tenía delante.

Afirmaban sus admiradores que produjo él, y otros decían que aprendió de algún antiguo, sus coplas cargadas de refranes.

-Yo conozco al cojo echado
y al tuerto, aunque esté durmiendo,
y al malicioso tremendo
aunque venga disfrazado.

A causa de un dolor de cabeza que le hacía ver los números bailando, llamó al médico y el médico en vez de receta le mandó un vendedor de espejuelos, quien, valiéndose de espejitos y letras de diferentes tamaños, trataba de convencerlo de que se

le estaba acortando la vista y le aconsejó que se pusiera ante los ojos vidrios.

¿Vidrios? Con su indefectible lógica dedujo que si los años no se atajan con oro y plata menos se han de detener con vidrios. Antes de dejarse persuadir aceptó con valor que con la vejez se le acercaba la muerte y decidió retirarse de los negocios a descansar durante el tiempo que le faltaba vivir. Reunió a los hijos y les habló concienzudamente:

Hijos: yo he cumplido mi tarea en este valle de lágrimas, que no es tan lagrimoso como los rutinarios repiten. Y porque he vivido con el ojo abierto, para evitar picapleitos, notarios, alguaciles y jueces que los desbalijen a ustedes cuando yo muera, llevándose la mayor parte del capital que me ha costado tanto sudor, decido repartir el caudal que he reunido dándole a cada hijo la parte que le corresponde. Me despojo de mis bienes convencido de que la mejor riqueza a última hora es el amor de padres a hijos y de hijos a padres, a pesar del tonto aquel que escribió:

–No te fíes de la confianza,
que en la confianza hay engaño:
¡alerta mejor tu vida
hasta los últimos años!

Me descargo del peso de mi riqueza, repito, que reparto entre ustedes bajo esta única condición: sin que tengan que menoscabar la suma que a cada uno le corresponda, con parte de los réditos me mantendrán decentemente por el resto de mis días, que no serán muchos. Después, venderán esta casa para el pago de mis funerales, teniendo en cuenta que el *abad de lo que canta, yanta*. Levantarán una cruz sobre mi tumba y harán escribir con letra clara bajo el E. P. D. esta inscripción verdadera:

FUE BUEN HIJO, BUEN PADRE, Y CRISTIANO VIEJO.

Solo me falta aconsejarles y ahora les aconsejo, que se casen por la iglesia, como es debido, escogiendo bien a la compañera; pues a la mujer y al perro... *por la raza*.

Cada hijo cogió su parte de la riqueza, sin dejar de decir entre dientes que la casa debería entrar también en el reparto; que del mismo modo que se encargaban de mantener al padre cumplirían haciéndole un suntuoso entierro y plantándole la Cruz de Cristo en su sepultura. Pero en este punto el viejo se mantuvo en sus *trece* alegando que deseaba morir como había vivido: en casa propia.

Los tres hijos se alejaron, se casaron y de tal manera ellos y las esposas escogidas olvidaron que tenían un padre a quien sostener, que pasó el tiempo y ya los primeros hijos habían cumplido los doce años de edad y ni el día de la confirmación supieron que tenían abuelo vivo; porque los padres y las madres nunca hablaban de eso, pensando acaso que les podría traer mala suerte.

Vendió el anciano cuanto le quedó en la casa y hasta las sayas de su difunta mujer. Con la miseria le creció un orgullo imprudente: no quería dar de qué hablar a los extraños ni aparecer como un mendigo de lo suyo ante los propios hijos. Pero *a la fuerza ahorcan*. Un día se le ocurrió pensar que tenía el derecho de vivir del dinero que había legado después de ganarlo a fuerza de afanes y conservarlo sometiéndose a privaciones; pues si dio todo lo suyo fue bajo la condición de que lo mantuvieran durante el resto de sus días, estipulación que no se había cumplido. Pero aunque en *donde hay engaño no hay trato*, quiso evitar y evitó el escándalo. Pensó y pensó buscando mejorar su condición de vida hasta que se le encendió una idea. ¡Pero idea lo que se dice requetebuena!

Se fue adonde un amigo riquísimo, que en el buen tiempo había sido socio de él y ni el día de separarse y dividir los negocios dejó de darle pruebas de su amistad verdadera. Después de saludarlo se apartaron a hablar en privado. Le explicó su situación presente y le pidió tres millones de pesos fuertes por solo un día: se los prestaría el viernes en la noche y les serían devueltos el sábado siguiente. Dejaron constancia escrita de que, aunque al mandar a buscar sus millones harían creer que el dueño los tomaba en calidad de préstamo, todo el dinero era suyo.

Invitó el viejo a los hijos, a las nueras y a los nietos para que el sábado fueran adonde él a disfrutar de un banquete, por ser día

de su cumpleaños. Les hizo saber que haría revelaciones de parte de la fortuna, que guardaba cuidadosamente. Invitó además al Notario, al Cura y al Alcalde. Vinieron todos, y ya sentados frente a los manjares calientes, en vez de palabras de brindis el padre les habló de esta manera:

–Guardo todavía en mis cofres, dentro de la caja de caudales, la mayor parte de la fortuna que supe acumular. Yo...

Cuando iba a continuar su peroración se presentó muy de prisa el amigo y antiguo socio rogándole que le prestara tres millones de pesos fuertes.

–Señores: –suplicó el anciano mirando al Cura, al Notario y al Alcalde– les ruego que esperen un momento, que tengo el deber de complacer a mi amigo y antiguo socio.

Entró en un aposento y abrió el gran cofre del dinero. En presencia de los asistentes al banquete fueron sacando y contando talegos de onzas de oro hasta completar la suma pedida con premura. Luego se enfrentó a los hijos, agregando:

–Conservo ese dinero y uno o dos millones más, para mis herederos.

Y mirando al Notario, que estaba sentado junto al Alcalde, le suplicó:

–Guarde esta llave hasta el último rezo del novenario de mi muerte. Entonces, en presencia del señor Alcalde y del Padre Cura, abrirá usted el cofre de doble llave, que se cierra solo, y repartirá entre mis hijos cuanto poseo.

Cuando acabó de hablar envolvió ceremoniosamente en un papel encerado un objeto que parecía de gran valor: algún collar de filigrana cuajado de piedras preciosas. Lacró la envoltura y con mano temblorosa por los años y la emoción, escribió siete palabras.

–Esto, –dijo– es lo que he conservado de más valor.

Terminó el banquete, escurrieron las copas y todos se retiraron alegres. Desde aquella fecha feliz, día tras día, los hijos, las nueras y los nietos acudían cada mañana a verlo y a preguntarle, solícitos, cómo estaba de su preciosa salud, mientras examinaban y calculaban en silencio cuánto tardaría en reventar ese viejo. Le llevaban regalos; la suma que cada cual debía entregarle a fecha cumplida

se la llevaban por anticipado y llegó a tener en su retiro más de lo que pudiera necesitar. Aquello se convirtió, más que en el cumplimiento estricto de un deber, en una porfía de *a cuál diere más y se comportare mejor*. Nadie había visto en el lugar familiares tan cariñosos. Hasta que un día el anciano se acostó boca arriba en su colchón de plumas, se estiró a todo lo largo, rezó el Padrenuestro, y con un ojo cerrado y el otro abierto por la desconfianza quedó en absoluto reposo. Tres horas después lo encontraron tieso. Nadie podría en conciencia asegurar si las nueras y las nietas lo mataron a fuerza de cariño, o si él, cansado de tanto arrumaco, decidió mudarse al otro mundo.

El velorio y el entierro fueron de lo más suntuoso que se puede imaginar. Y el ansiado día, después del último rezo, llamaron al Notario, al Cura y al Alcalde para que distribuyeran el dinero y las joyas, sin pérdida de tiempo. Cada una de las mujeres de los tres hijos no sabía cómo componérselas para que le tocara la joya envuelta con tanto esmero en el papel encerado y lacrado el día del banquete. Y vean lo que son las cosas: cuando destaparon el cofre que se abría con doble llave y cerraba solo, lo mejor que encontraron fue un rebenque envuelto en un papel que decía en letras mayúsculas:

—CON ESTO SE CASTIGA A LOS INGRATOS—

En seguida rasgaron un sobre y leyeron el documento en que constaba la venta de la casa y al respaldo unos versos tan malos que parecían escritos para que las lavanderas los cantaran en el cascajal del río en hora de decepción:

—Ninguno diga: *yo tengo*,
porque le haigan ofreció,
que eso de *yo te daré...*
¡en ningún tiempo ha valió!

Aquel fue un momento de verdad ingrato. Antes de que los herederos pasaran al bíblico *crugir de dientes*, el Cura sentenció mirando al techo y como si estuviera rezando:

—Hermanos míos en Jesucristo: —*A mal tiempo, buena cara*.
Y... colorín colorao, que este cuento se ha acabado.



LA ENSEÑANZA DE LA CULEBRA Y LA LECCIÓN DEL GALLO

-13-

Hace ya mucho tiempo que en una aldea lejana residían una muchachona y un joven. Se amaban tanto que decidieron casarse para ser verdaderamente felices. A ella los padrinos le pusieron el nombre de Micaela, porque nació el día aniversario en que San Miguel tumbó a Satanás amenazándolo con una espada tremenda. A él lo llamaban Julián.

Julián era cariñoso, precavido, trabajador y muy ambicioso; pero Micaela era todavía más ambiciosa que él y además tenía una curiosidad que sobrepasaba a las ambiciones. Desde el principio del matrimonio fue aspiración del marido que a su mujer le dijera doña: *Doña Micaela*, y treinta días después de la boda comprendió que en la aldea natal no podría llegarse a tanto, y ni siquiera conseguiría rodearla de comodidad y darle educación y porvenir seguro a sus futuros hijos.

–Tres meses me bastarán –le dijo a la enamorada esposa– para preparar nuestra mudanza al pueblo. Allí sí se prospera y solo entre los inferiores se usa el estúpido *tú* que sin diferencia le enjaretan a uno cada rato en esta aldea. Tengo noticia de que un jornalero, menos hábil que yo, en un dos por tres allá se volvió rico. Me voy seguro del éxito y de nuestra buena estrella. Confío a tu buen juicio lo que poseemos. Bésame, espérame y miéntame en tus oraciones. En cuanto a mí, te zumbarán los oídos pues viviré nombrándote.

Desde que Julián llegó al pueblo encontró quehacer y pronto se ganó la estimación de un negociante en trigo, que lo aconsejaba y prometía favorecerlo. Economizó la ganancia y con ganancia y crédito adquirió un solar contiguo a unos matorrales. Lo limpió y comenzó a erigir su casa definitiva. A continuación, en el patio haría un horno.

–No creo –se dijo– que amasando harina y horneando y vendiendo pan se deje de ganar dinero mientras las gentes coman, y mientras vivan no podrán dejar de comer.

Construyó su casa y cuando empezaba a quemar matojos para levantar el horno vio una culebra, inofensiva y delgada como un bejuquito.

–¡Hola! ¿Estás escondida ahí? –habló frente a la endeble alimaña–. Otro te machacaría la cabeza, que a los que se arrastran los que no les tienen odio les temen o los desprecian. Yo pienso, contra el común parecer y sin dizque ni que me lo dijeron, que el que se empina, el que vuela y el que se arrastra obedecen por igual a una ley de Jesucristo. Ven.

Cogió en una rama a la culebrita, la apartó adonde no le molestara el fuego y continuó en su faena afanado por completar con el horno la vivienda que le gustara a su mujer, cuya separación no le permitía reposo corporal ni ánimo tranquilo. La bestia huyó hacia una cañada.

–Madre, –le dijo a silbos la culebrita a una culebra grande– el hombre que está quemando al mundo no es muy malo. En el momento de prenderle fuego al matorral, me vio, se detuvo, me protegió y me puso en sitio aparte para que no me achicharrara. Madre, ¿qué pueden tú y mi padre el culebrón hacer para premiar la buena acción del hombre? Ahora reposa a la sombra del ramaje del copey. Madre, piensa cómo podríamos favorecer al hombre.

La culebra se enderezó sobre la cola readquiriendo por un instante la actitud vertical que ha perdido desde aquel día que espantó a la mula en que iba María Santísima cuando estaba encinta del Salvador. Silbó. Silbó. Silbó tres veces...

Oyó, se acercó y cantó igual que un gallo ronco el culebrón, y él y su hembra y la hija cambiaron razones sin que nadie los pudiera oír. Luego se arrastraron los tres cañada arriba.

Todos saben que un culebrón que se respete solo canta al dejar la tierra para vivir en el mar; pero en aquel momento su canto fue indispensable, por que era una profecía.

–Mira... –oyó en sueños el hombre que le susurraban– fuiste bondadoso con mi hija y ahora, en pago, quiero enseñarte el lenguaje de los animales. Te imaginas que dormitas y luego pensarás que lo que te estoy diciendo es la rabisa de un sueño; pero pálpate, pellízcate y comprenderás que estás despierto. ¿Quieres saber lo que hablan entre sí los animales?

–Sí, me gustaría saber lo que hablan entre sí los animales, aunque sea nomás por distraerme cuando estoy lejos de Micaela, –murmuró Julián entre dormido y despierto.

–¿Sí? Pues abre la boca, –ordenó la culebra grande.

El hombre bostezó tratando de despertar del todo.

–Ábrela más; quiero soplarle en la campanilla y sembrarte en ella un don –insistió la tentadora.

Julián bostezó otra vez abriendo la boca lo más que pudo y la culebra se estiró y sopló tres veces en la garganta de él y a continuación segregó un poco de baba y le mojó la punta de la lengua.

–Óyeme y ponme atención, –agregó el animal– a nadie le dirás que te he enseñado a entender el lenguaje de aves, pejes y cuadrúpedos, que morirías sin tiempo de confesión, y los políticos me cazarían y exterminarían mi raza si a ellos no se lo enseño. A ellos no se lo diré, que son tan mal agradecidos como perversos: aprovecharían mi enseñanza para hacer daño levantando falsos testimonios. Yo los conozco. Júrame que a nadie le dirás el secreto y a ellos menos, y a las mujeres... menos que menos.

El hombre, despertando, hizo la señal de la Cruz y juró poniéndose profundamente serio.

Sin descansar más continuó Julián trabajando hasta levantar el horno y ponerle la última aldaba a las puertas de su casa; casa humilde, pero bonita y, sobre todo *suya*. No viviría con Micaela en casa alquilada. Tan pronto acabó salió de regreso a buscar a su compañera, a quien quería más que a las niñas de sus ojos. Iba alegre, tarareando una canción muy linda conque su madre y la abuela lo hacían dormir cuando era chiquito. La canción

se componía no más de un verso muy expresivo y del aire más melodioso:

–Calabazón, que tú estás pintón...
Calabazón, que tú estás pintón.

Se lo cantaban y lo repetían hasta que se quedaba dormido.
¡Qué canción tan dulce!

Micaela había sido curiosa como ella sola y a los tres meses de preñada se había puesto más curiosa todavía. Marido y mujer salieron contentos a vivir en pueblo grande y a estrenar casa nueva pintada de azul. Al pasar frente a un fundo les ladró un perro guardián y el caballo en que Julián montaba protestó con un relincho:

–Este alcahuete, –dijo– vive sin cargar a nadie y sin que le claven espuelas. No sé por qué Jesucristo favorece a los adulones. Disimulo a ver si se me acerca para reventarlo de una buena patada.

Sonrió el hombre y su mujer y él continuaron marcha, cuando el cao graznó desde la penca de una palma real:

–¡Cruao!... ¡Cruao! Corran a ver. ¡Corra el que más corra!

Acudieron en bandada que oscureció el cielo los caos y los caítos, y el primero, que era el centinela y muy observador, les dijo a los compañeros:

–El caballo es más grande y lleva solamente a uno, mientras el burro puja cargando a dos.

–Estás cegato. No vemos más que a una aldeana que va montada en él. Si puja es de malas mañas –respondieron los demás caos con voz estridente y agria.

–Es que ella lleva a otro adentro... –aclaró socarronamente el centinela.

La bandada de caos se echó a graznar, que es un modo de reír, y el hombre también rió: que el maestro de los caos le pareció chistoso y ducho. Refrenó para contemplar mejor al pajarraco.

–¿Por qué te ríes? –preguntó la curiosa mujer.

–Por... Al responderle recordó la advertencia amenazadora de la culebra, y apenas balbuceó:

–Por algo que no te debo decir.

- Si no es de mí que te ríes, tú me dirás.
- No es de tí y... no te diré. Es un secreto.
- Me tendrás que decir o no me llamo Micaela. De lo contrario me dejaré morir de hambre.
- No seas curiosa, que nada habrías de ganar si te dijera.
- Dime, o eres un mal hombre que quieres verme morir y a la criatura que llevo en las entrañas.

A lo largo del camino continuaron porfiando: ella que sí, él que no... y ella que sí y que sí... hasta que llegaron al pueblo y entraron en la nueva casa, casa linda y pintada de azul; y mientras a Julián se le había olvidado el capricho de su mujer, ella se negó a probar bocado hasta que él le dijera el secreto.

- Ya comerá cuando le apriete el hambre, –se dijo el marido.

Pero pasaron uno, dos y tres días y Micaela se negaba a comer y ya el marido vacilaba en hacerle la revelación que le costaría la vida. Pero es que si no le decía su mujer se iba a dejar morir llevándose a la tumba la criatura que tenía en el vientre.

- Mujer, ¿qué prefieres: verme morir o que te diga el secreto terrible que debo callar?

–Saber es preferible a vivir. Se vive para saber. Piensa cuántos no arriesgaron su vida por una enseñanza cualquiera.

- ¿Quieres decir que deseas mi muerte?

–Deseo saber el secreto.

- Entonces espera a que nazca mi hijo, para siquiera llevarme el consuelo de conocerlo.

–Antes me dejaré morir y no lo verás nacer, si no me dices.

- Está bien. Voy a comprar el ataúd y a disponer lo necesario para mis funerales.

Salió Julián y volvió cargando un ataúd, café, aguardiente y cuanto fuera menester para el velorio. Colocó el respetable artefacto en el centro de la sala y encendió cuatro cirios, que eso de morir sin luz que alumbre el tránsito al otro mundo es cosa muy seria. En el fondo de su pecho seguía alentando la esperanza de que su mujer se ablandaría ante el aparato que anunciaba el trance espantoso. Pero la curiosa y encalabrada Micaela no cedía.

- Ahora que veo bien este ataúd me parece que me viene algo corto, –dijo el sentenciado a morir.

Se quitó los zapatos y se extendió metido en la caja. Le venía cómodamente.

–Mira, Micaela de mi vida cómo estaré de aquí a un rato, que así me has querido ver.

–Saber vale más que vivir. Quiero saber.

Cuando el perro vio a su amo dentro del ataúd prorrumpió en lúgubre aullido:

–¡Aúuuu! Por la curiosidad de una mujer van enterrar a mi amo...

El gallo voló, se trepó en el quicio de la ventana, aleteó y cacareó:

–¡Por tonto! ¡Por tonto! ¡Por tonto! Tengo siete gallinas, ¡siete mujeres!, y cuando una se figura que la quiero mucho pico un grano, las atraigo, las reúno, amoroso les hago la rueda y desde que se engríen les caigo a patadas y a picotazos. Así las tengo sumisas y... me adoran. ¡Cocorocó!, volvió a cantar el gallo.

El hombre oyó, comprendió, salió del ataúd, se enderezó, echó mano a un rebenque y le dijo a la esposa:

–Ven a oír el secreto, cuya divulgación cuesta la muerte.

Micaela se acercó contenta, porque iba a saber. El marido cerró puertas y ventanas y... llovieron rebencazos sobre las posaderas y los cuadriles de su mujer.

–¡Toma! ¡Toma! ¡Toma el secreto!

Micaela gritó, berreó, jipó. Pidió socorro... no lo tuvo, y cayendo al fin de rodillas clamó perdón, gimiendo:

–Ya no quiero saber. Ya no quiero saber.

Y desde el día de aquella tunda la excelente esposa aprendió que *muchas veces vale más ignorar que tratar de averiguar*. Así, por la lección del gallo, ella y Julián vivieron en armonía perfecta, y vendieron mucho pan, y tuvieron muchos hijos, y fueron muy felices. Amén.



EL BAILE DE LAS LECHUZAS

-14-

Cuentan que en tiempo muy atrás dizque en cierto lugar vivía el Extraño, de quien se ha olvidado el nombre de pila. Un judío, que era muy ducho, supo por el horóscopo de un nigromante que aquel *sábana al hombro* llegaría a ser más rico que él y desde entonces se acostumbró a invitarlo a almorzar en su casa una o dos veces cada semana. En una ocasión, quizás por sondear hasta dónde llegaba la esplendidez de su favorecedor, el invitado intentaba llevarse un pedazo de pan, para su hijito. Al rico se le alteraron las ventanas de la nariz, los ojos se le encandilaron y la atrevida mano, humillada, soltó el pedazo de pan.

—¿Con qué designio, —se preguntaba el menesteroso regresando a su bohío— este ricacho disimula su avaricia con gestos y palabras suaves y me sienta a comer con él sabiendo que soy un pobre? Se la viene dando de generoso, mientras impide que una migaja de pan vaya al vientre de un niño.

Como a ningún apocado le incumbe averiguar si el diablo o Dios anima el corazón del rico, y el Extraño aunque era algo *filorio*, carecía de imaginación para zambullir en los laberintos de la conciencia, resolvió no volver a almorzar con el avaro.

—Marina: —le dijo un sábado a su mujer— me voy a correr tierra y a buscar fortuna. Quizás nuestro Señor Jesucristo cambie de parecer y quiera ayudarnos. Cuida que nuestro hijito no pase

hambre; pero aunque de hambre lo veas muriendo no consientas que se acerque a la casa del judío ni aceptes de ese individuo ningún favor, que en cada avaricioso hay un malvado.

Y como la emoción le entorpecía las palabras de despedida, abrazó y besó a la esposa y cogiendo una torta de cazabe y un calabacín lleno de agua se echó la sábana al hombro y desapareció entrando por un sendero extraviado. Caminó a la ventura. Caminó, caminó, caminó... Cansado de caminar, al anochecer se detuvo a la sombra de un cedro fantástico cuya altísima ramazón se enorgullecía jugando con las nubes y acariciada por el viento. La sombra se volvía tiniebla y el vagabundo se recostó del tronco, rendido por el cansancio. A poco lo despertaron los aletazos de una lechuza gigantesca que se posó haciendo estremecer el árbol desde las ramas hasta sus raíces.

–¿Cómo, –le preguntó a la noche el siniestro animal– todavía no ha llegado *la tuerta*? Extraño. ¡Extraño!

Tembló el Extraño y se acucilló escondiéndose en sí mismo, pegado al tronco, creyendo que lo llamaban, cuando otra lechuza de envergadura tan grande como la primera preguntó al llegar:

–Orejana: ¿todavía no ha llegado *la tuerta*? Extraño. ¡Extraño!

–Óyela, –respondió la compañera. *En mentando al rey de Roma, asoma*. Oye como silban sus alas rasgando el aire. Ten cuidado, que no te oiga; ya sabes que no le gusta que la nombren por su defecto, como no te gusta a ti que te recuerden el dedo que tu tercer marido te cortó aquella noche que se puso el vestido al revés.

Venía avanzando un ruido semejante al trueno sordo que precede a los terremotos. Una lechuza jabada, de alas más potentes que las de las otras, se posó frente a ellas y por la tremenda sacudida parecía que iba a partirse el cedro.

–Madrina: –adularon a un tiempo las dos primeras endulzando la voz– ¿cómo es posible que esta noche llegues la última? Nos está pareciendo extraño.

–¿Extraño?

–Sí: *extraño*, –subrayaron.

–¿No habrá quien nos oiga?

–No.

–¿Estamos solas?

–Sí.

–¿Sí? Repita tres veces: *sí*.

–Sí, sí y sí.

–Júuhm... Pues a carne fresca me huele aquí. Veremos luego... El caso es que me entretuvieron las lamentaciones del pueblo porque el gobernador perdió la vista y...

–¿Qué le pasa al Juan Lanas ese? –interrumpieron.

–Se ha puesto lelo. La hembra se le murió y es tanto lo que ha llorado que sus ojos quedaron ciegos. Y por los lados de ustedes, ¿qué se cuenta?

–Pues... –respondió *la orejana*– que en una de las provincias del gobernante una nube ha tapado el sol y al pueblo no le ha valido hacer penitencia ni al Cura rezar las oraciones de *San Lorenzo barba de oro*: ningún viento, por fuerte que sea, barre esa nube.

–Desgracia grande; pero...

–¿Pero qué? Los mancos siempre le andan poniendo el pero a lo ajeno para quitarle importancia.

–Que me parece peor lo que pasa en la otra provincia y más valdría que el gobernador no recobre la vista si ha de ver un caso tan lastimoso.

–Pero, ¿y qué pasa?

–Ahora eres tú la que *pereas*, Agueda *la orejana*.

–¿Y por qué repites la orejana con tu carrasposo retintín?

–Paz. Haya paz entre tan buenas cristianas, –terció la lechuza vieja. Continúa. Cuéntanos.

–Pues... sucede que en el Sur se secaron los arroyos, el Gran Río va a dejar de correr, y dentro de pocos días los de aquella región, que son los industriales, no podrán seguir pagando alcabala. Y esto sí es grave. Así, los ministros y los diputados pronto andarán con los fondillos rotos y parecerán maestros de escuela.

–Y tan fácil de remediar, esas naderías, –dijo *la tuerta* ahuecando la voz.

–¿Fácil? ¿Fácil? –preguntaron a un tiempo *la orejana* y *la manca*.

–Fácil. Con una ramita así, de este cedro que está lleno de nuestras virtudes, marcando la señal de la Cruz frente a esos males se dispararán como por encanto.

La tuerta desgajó una ramita del frondoso árbol y, distraída-mente, la dejó caer al suelo.

–Baja más la voz, madrina, no sea cosa que algún extraño esté oyendo y aprenda el remedio.

–¿Ustedes creen que pueda haber alguno escondido? Pues si alguno hay ahora mismo lo voy a convertir en mono. Bajemos y registremos.

–Bajemos y registremos.

–Bajemos y registremos.

Cantó el gallo en la lejanía y las siniestras lechuzas, asustadas, sin pérdida de tiempo volaron huyendo por opuestos rumbos.

Antes del amanecer el aventurero cogió la ramita y se alejó a medio trote, temiendo que las brujas retrocedieran para convertirlo en mono. Después de dos jornadas llegó a una ciudad importante y muy alumbrada, en donde los moradores andaban vestidos de penitentes y sobrecogidos de tribulación. A la luz de tantos faroles perdió el miedo. Estaba libre, se sentía libre de la amenaza de las lechuzas y el poseedor de un don prodigioso. Adquiría aplomo, seguridad y confianza en sí mismo. Pisaba con firmeza y miraba de frente. Era el mismo y ya era otro. Ante la puerta de un caserón se detuvo a pedir posada y sin sorpresa vio que la dueña, una anciana caritativa, lo acogía cristianamente. Luego de cenar fue aún más dueño de sí mismo, y experimentando un sentimiento inconfundible de superior clemencia, por su palabra se operó la inicial maravilla.

–Gentil y hermosa señora –habló– por tu esplendidez, belleza y finos modales se comprende que eres persona de cuna y muy principal: ¿podría saberse el motivo de la pesadumbre que se nota en este pueblo?

–¡Oh, señor peregrino! –respondió la anciana sintiendo que le habían quitado veinte años de encima con el elogio– ¿cómo no hemos de estar abatidos, si nuestro gobernador, para nosotros más grande y mejor que un rey, ha quedado ciego de tanto llorar a la gobernadora, que murió del primer parto? La pena mía no tiene igual ni tendrá consuelo, pues fui nodriza de él.

–Gentil y hermosa señora, y si alguien se ofreciera con promesa de curarlo, ¿cómo podría llegar a su presencia sin que los físicos que se desvelan por su salud se lo estorbaran?

–Yo lo haría llegar en seguida y sería imponderable el júbilo de los médicos y de todos los habitantes, si por milagro la luz volviera a esos queridos ojos.

–Entonces llévame adonde él, pues por milagro nacemos y de milagros vivimos. Quizás con la ayuda de Dios y mi experiencia pueda él sanar.

Horas después el advenedizo y el gobernador estaban solos en un aposento. A puerta cerrada y rodeados de misterio, el mandatario sintió que algo le pasaba en cruz tres veces sobre las cejas y... de súbito sus ojos quedaron sin rastro de sombra.

Del palacio salieron voces de alegría y las campanas de las iglesias comenzaron a repicar igual que en Sábado de Gloria. El gobernador quería enriquecer a su bienhechor y prevalecía el propósito de que el pago se efectuara por suscripción popular, cuando llegaron noticias perturbadoras.

–Señor: –dijeron tres correos que se arrodillaron jadeantes– hace varias semanas que en tu provincia del Este el sol dejó de alumbrar. Lo tapa una nube negra, espesa y triste como un sudario. Estamos viviendo a ciegas. Estamos a punto de perecer. Estamos...

Cuando le daban nueva tan pavorosa, vino el cobrador de las alcabalas acompañado de industriales, ganaderos, agricultores y negociantes, e inclinándose ante él sin atreverse a levantar la voz dijeron a un tiempo:

–Señor: ya en tu provincia del Sur nadie puede seguir pagando ningún impuesto. En nuestros lugares se han secado los arroyos, las fuentes del Gran Río se están agotando y nosotros, nuestros cultivos y los ganados moriremos bajo un sol de fuego.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó el buen mandatario. ¡Recuperar la vista en vez de seguir ciego y perder además oídos y voz para ni ver, ni oír, ni comentar males tan graves! Mándanos un salvador, haz otro de tus milagros y dispón de mí como ofrenda humilde por el bien de mis pueblos. ¡Muérame yo y que ellos vuelvan a ser felices!

–Hijo mío, –se acercó diciendo la nodriza– el varón enviado por Jesucristo a traernos la luz de tus ojos, te ofrece sus servicios para ayudar a despejar el sol, restablecer el curso de los arroyos y abrir y purificar las fuentes del Gran Río.

A pesar de que aquel hombre le había devuelto la vista, el gobernador dudó que pudiera realizar hazaña tan prodigiosa; pero uno de tantos *quién sabe* de la esperanza le dictó el asentimiento.

Siete días después el sol alumbraba igual que antes en los lugares del Este; corrieron en el Sur los arroyuelos, y una serpiente enorme, de siete cabezas, que se había enroscado y dormía obstruyendo los manantiales, bajo el azote en cruz de la ramita despertó y huyó a esconderse detrás de un monte, y las aguas del Gran Río fluyeron caudalosas y cristalinas.

Pasearon al Extraño por las calles de la ciudad cargado en hombros, y, como él insistiera en regresar a su pueblo, después de muchos agasajos le dieron a cuenta de su trabajo tres tinajones llenos de monedas de oro y en el mejor velero transportaron para él una casa de cedro, espinillo, sabina y otras maderas preciosas y perfumadas. Carpinteros competentes fueron en el mismo barco y en dos días rearmaron y convirtieron las tablas y los horcones en residencia deslumbradora.

Cuando aquel judío, que por entonces andaba de tribunales arruinando a deudores suyos, al regresar vio el edificio y supo lo que había sucedido, dedujo lógicamente que el horóscopo del nigromante se estaba cumpliendo, y no salía del asombro. Pasaron días. Poco a poco la envidia le iba llenando el pecho y poniéndolo amarillo. Rico era él; pero ahora quería lo suyo y apetecía lo ajeno con ansias de hidrópico. Se hizo visitante asiduo del nuevo rico fingiendo amistosa alegría y llamándole compañero. Compañero por aquí, compañero por allá... hasta que averiguó en dónde queda el cedro fantástico en que se posan las brujas y dan entierros el sábado a media noche.

El sábado salió el avariento decidido a acrecentar su caudalosa riqueza. Llevaba siete acémilas para cargarlas de oro y los utensilios necesarios para desenterrar botijuelas. Llegó al sitio y esperó la noche agazapado al pie del árbol. La primera lechuza en posarse fue la tuerta, que cantó jovial y animadamente:

–Tú qu'estás del tronco arrimado,
¡coje la palanca!... ¡anda con cuidado!
Busca en la ladera.

¡Mira que t'espera!
 Coj'el azadón
 y zumba el peñón.

Zúmbalo, ¡qué zumba!
 Zumba la *Gallumba*.
 ¡Qué zumba!

El lenguaje de las brujas nunca ha sido claro y todavía menos cuando se expresan cantando con los graznidos de las lechuzas; pero el judío era inteligentísimo. Oyó, entendió, empuñó azadón, pico y palanca y se fue a una peña que se alcanzaba a ver sobresaliente en la cercana ladera. Afirmó la palanca en un agujero al pie de la roca, y la sacudió. Un esfuerzo más. Curvándose cobró impulso, empujó con redoblado brío, se desprendió el peñasco y dos higuas espantadas salieron del agujero haciendo caer al hombre y el peñón lo reventó rodándole por encima. Allí, tratando de incorporarse, quedó con la cabeza recostada en la piedra y la mirada atenta. Por las fosas de la corva nariz manaban dos hilos de oro. Un disco de oro, lanzado por el peñón al rodar, al cielo, se deslizaba, bajaba, descendía hacia él suavemente, suavemente. Millares y millares de pedazos de oro, y tachuelas de oro, también bajaban hacia él desde el firmamento. Eran de él. La piedra, empapada de un líquido rubí, ¡su piedra!, era de oro. Oro suyo. Ahora arruinaría a los demás. Compraría jueces. Vendría a ser universal y único prestamista.

Cuando las demás lechuzas llegaron no comprendían por qué *la tuerta* cantaba con tanto alborozo. Nunca la habían visto tan contenta después que el sacristán le reventó el ojo la última vez que la encontró escondida en la sacristía. Ni siquiera contestó el saludo de respetuoso cariño conque la adulaban.

—Madrina, ¿qué mala noticia tienes, que estás contenta?
 —preguntó *la orejana*.

—¿Que qué?... Zumba la *Gallumba*, ¡qué zumba!... Despanzurré al Extraño, muchachas. El niño, ¡el angelito!, volvía a oír secretos para explotarnos. Bajemos a cantarle su baquiní.

Descendieron las lechuzas a tierra y formando corro con las alas abiertas bailaron en derredor del agonizante, cantando y haciéndole reverencias:

–¡Baquiní se va...! ¡cruoáa!
Baquiní se fue... ¡cruoáa!

Cantaban y bailaban. De repente *la manca*, que siempre estaba buscando el *pero*, exclamó asombrada:

–¡Pero bueno, madrina!... Pero... pero... este no es el Extraño. ¡Es el judío! ¡Miren qué serio nos mira, Dios Santo! ¿Con qué ojo se puede confundir a un dundo con judío tan malicioso?

–¿Con qué ojo? Sería con el tuerto, agua-fiesta. Canta y baila y déjate de tonterías, que casi siempre ocurre lo que conviene, –ordenó la lechuza vieja marcando el compás:

–¡Baquiní se va...! ¡cruoáa!
Baquiní se fue... ¡cruoáa!
Zumba la *Gallumba*.
Zúmbala ¡qué zumba!



EN DONDE SE TRATA DE LOS TRES CONSEJOS

-15-

Un capitán del rey, que había venido a menos después de perder una pierna y arruinarse en guerra santa contra los herejes, desilusionado se retiró a un pueblo remoto a vivir con su familia. Tres hijos le quedaron de su difunta esposa. El último se llamaba Prudencio: Prudencio Pérez de Sandoval. De los otros dos se extraviaron las actas de nacimiento y se olvidaron los nombres. El día que el mayor cumplió 18 años el padre lo llamó aparte y le habló de esta manera:

–Hijo: esta población es pequeña, la nación grande, los años que he vivido muchos y pocos los que por vivir me faltan; lo cual me empaña la vista sin permitirme columbrar el porvenir de ustedes. Tan pobre he venido a ser que el día que muera no dejaré más que mi espada mohosa, un caballo de guerra que al envejecer se ha puesto barrigón, esta casa y... un nombre que el rey no recuerda. Has debido comprender que aunque la casa es pequeña en ella todos mis hijos caben y ninguno sobra. Medita esta noche, que a veces la almohada resulta buena consejera.

Al día siguiente el joven se despidió, luego de aconsejarles a sus hermanos que velaran por el padre, y se fue por esos mundos de Dios a correr tierra. Después de quince días de caminar buscando trabajo en lugares diferentes llegó a la hacienda de un señor que tenía fama de rico, en donde encontró qué hacer por el tiempo

que quisiera. Con mucho ánimo se dio a trabajar durante un año, al término del cual calculó que había ganado bastante dinero y pidió el arreglo de cuenta. Se la arreglaron. Lo curioso fue que el hacendado, al pagarle, como quien no dice nada le preguntó:

–Joven: ¿desea usted su dinero en oro, o en plata, o prefiere en cambio que le pague con tres consejos?

–Señor: –respondió el trabajador sin vacilar– sus consejos serán valiosos; pero seguramente no compensarán lo que gané para remediar las necesidades de mi familia: entrégume inmediatamente mi dinero.

Se fue el trabajador contento y todavía tres días después iba pensando en la infeliz extravagancia de aquel hombre. ¡Miren que venirle a uno con mansergas en cambio de trescientos sesenticinco días de trabajar de seis a seis! Eso no se le propone ni al pobre de juicio que pretendió asar la manteca. Iba pensando así cuando al pasar frente a un caserío oyó voces, mientras venía a su alcance un caballero a quien le preguntó:

–Buen señor: ¿qué estará ocurriendo allí?

–¿Allí?... ¿Pero es que usted no sabe que hoy son las mejores jugadas del año? Allí están jugando gallos, dados y barajas, –respondió. Para allí voy y si usted quiere entraremos juntos y jugaremos en vaca. Yo... no lo digo por alabarme: no pierdo nunca.

Entraron, y el trabajador se asombró al ver la facilidad con que pasaban tantas monedas de mano a mano. Aunque él no sabía de gallos ni de albures, siguiendo los consejos del improvisado amigo, creyó fácil aumentar la suma que llevaba. Jugó, y en un dos por tres perdió cuanto había ganado durante un año. Intentaba volver atrás; pero pensando que no sería aceptado por el patrono a quien le había contestado con destemplanza, siguió su camino y llegó a la casa paterna sin un centavo y contando historias.

Cuando el segundo de los hijos, que acababa de cumplir 18 años, supo el fracaso del hermano mayor decidió a su vez ir a probar fortuna. Le pidió la bendición al padre, abrazó a los hermanos y salió sin rumbo fijo. Anduvo trece días de fondo en fondo, en vano. Al término de tres semanas llegó a la hacienda del rico. Llamó desde la verja y perros bravos vinieron a su encuentro. Ladraron tanto que tuvo el dueño que salir a ver si se trataba de un vagabundo

o de un bandolero. De pronto confundió el propietario al nuevo trabajador con el que había tenido durante un año a su servicio. Lo aceptó. Era pundonoroso como el primero. Trabajó a destajo, sin perder día, durante tres años.

–Ya he ganado bastante para establecer un negocio y cambiar la condición de mi familia... –pensó– y le pidió al rico que arreglaran cuentas.

El señor no opuso reparo. Contó moneda sobre moneda la ganancia del trabajador; pero cuando este iba a tomar la suma extendió el brazo derecho y posando la mano sobre el dinero retardó la entrega y sin venir a cuento propuso:

–Joven: ha sido usted un buen servidor y quisiera favorecerlo. Me he preguntado y le pregunto si en lugar de esta suma, que no es gran cosa, no será mejor pagarle con tres consejos, que en momento oportuno puedan serle más útiles, y que me quede yo con el dinero.

–Señor: –respondió el trabajador abriendo los ojos– ignoro y no negaré la virtud de sus consejos; pero ni creo ni he oído decir que las necesidades se remedian con razones. Entréguese lo mío y quédese con lo suyo.

Habló con firmeza varonil mirando de igual a igual al hombre que lo había exprimido sin miramiento durante mil noventa y cinco días, no comprendiendo por qué a la hora del pago pretendía confundirlo con uno de tantos estúpidos.

El hacendado, sin pestañar ni darse por ofendido, retiró la mano y afablemente despidió a su trabajador, obsequiándolo con una hogaza y una botella de vino.

El joven, asegurando el oro en su alforja, respiró como quien se salva de un peligro y emprendió el regreso. Después de tres jornadas de caminar lo alcanzó un jinete que iba en un alazán fogoso y entraron en conversación. Era de buen talante y de palabra desenvuelta, el caballero. A poco de ir juntos parecía un camarada.

–¿Adónde se dirige usted, amigo mío? –preguntó el desconocido.

Redundióle que regresaba al pueblo... tal, después de tres años de estar trabajando.

–En la misma dirección voy yo. Seguiremos juntos, que por ningún camino largo es conveniente andar solo y por ese menos.

Y puesto que conozco estos lugares, siempre aprovecho la vereda de travesía en cuya entrada estamos, porque acorta el trayecto en no menos de dos jornadas y porque de trecho en trecho habitan personas muy honorables. Tengo, precisamente, que pasar por la residencia de un compadre mío, rico ganadero. En su establo déje un caballo de paso fino. En él podrá ir usted montado, que un joven de buena familia como se comprende que es usted, con solo mirarlo, no debe aparecer andando a pie por los caminos, dando ocasión a que lo confundan con uno de tantos peones. Hay que ponerse en el lugar que a uno le corresponde, compañero.

Entraron por la vereda. A poco de andar oyeron música de guitarra, güira, pandero y cantos bien concertados. El caballero refrenó, miró el sol, calculó la hora, y dijo:

–Tenemos tiempo. Dentro de un par de horas llegaremos a la casa de mi compadre.

Animándose y animándole, agregó:

–Compañero, me huele a fiesta... Entremos, gocemos, que a la ocasión la pintan calva, la vida es corta y hay que saberla disfrutar oportunamente.

Desviándose de la vereda llegaron a un fundo. A la sombra de espaciosa enramada varias parejas bailaban y cantaban. En sitio aparte dos hombres jugaban al naípe. El dueño del negocio les brindó a los recién llegados «un buen trago de anisete» que sabía a gloria, confortaba los nervios y calentaba la sangre. El caballero, que daba para todo, tomó a una bailadora por la cintura después de decirle a él en alta voz:

–Compañero: coja usted la suya y demos una vueltecita, que ya mis pies están sintiendo cosquillas.

Al decir «la suya» aludió a una jovencita de melena al viento, cintura de avispa prieta, saya de verdes ramazones y corpiño rojo, que se acercaba ofreciéndose al trabajador. Los cuatro formaron círculo uniéndose por las manos; cumpliendo *la regla* cada hombre debía decir y dijo una copla que alternando contestaron las bailadoras. El caballero tarareó y cantó melifluamente:

–Yo soy como el gallo padre,
que sabe de traba fina:

adonde quiera que llevo
canto... ¡y recojo gallina!

Taconeando, le respondió la moza que con él formó pareja:

–Mire que me pisa un pie.
Mire que m'está pisando.
¡Mire que nos ve mi madre!
¡Mire que m'está mirando!

Cuando al trabajador le tocó su turno no sabía qué cantar. Por fortuna le vino a la memoria la copla que repetía hasta aburrir un alocado de su pueblo, siempre que empinaba el codo, y así pudo salir del paso:

–Me güele a piña madura.
Me güele a flor de copá.
Me güele a mujé bonita...
¡Acabada de empolvá!

La del corpiño rojo y la melena al viento contestó:

–Dende que lo vi venir
le dije a mi corazón:
¡qué piedrecita tan buena...
pa yo darme un trompezón!

–Música, música muchachos, ¡qu'esto se va arreglando! –ordenó el dueño del negocio dando palmadas.

Sonaron guitarra, güira, pandero y gargantas, y marcando el compás con repiques de taconeos respondieron las bailadoras. Su compañera lo incitó con miradas y arqueos de brazos. Ciñéndose a él empezó a bailar con cimbreos de culebrón, mientras cantaba eslabonando una tonadilla:

–¡Ay qué jovencito
tan buen bailadó!

Lo pusién los Reye...
 ¡Me lo manda Dió!
 ¡Ay loileló!
 Si me pide un beso...
 ¡le regalo do!
 ¡Ay loileló!
 Si me muerde un labio...
 ¡le muerdo los do!
 ¡Ay loileló!
 Si nos ve mi taita...
 ¡se lo manda a Dio!
 ¡Ay!...

Un trabucazo que le dispararon en los oídos, o un garrotazo que le dieron en la cabeza, le quedó zumbando durante horas. Volvió en sí confuso, queriendo desprenderse numerosos clavos que le perforaban las sienes. Se lastimó y el dolor le hizo comprender que le faltaba una mano, cortada a cercén. ¡Su mano! Una anciana caritativa y chacharera que lo recogió y lo cuidaba en su bohío, «porque era madre», le dijo que ya la mano estaba enterrada... Agregó un *pero*.

–Pero... lo de la mano sería lo de menos. Manco se vive. Lo que a mí no me gusta –explicaba entrecerrando los ojos– es el chichón que se está regando en la cabeza entera. Con menos se han ido otros al otro mundo, cuando no se han vuelto locos. ¿Su compañero de viaje?... dende que lo vido caer con la mano mocha cargó con la alforja y se fue dizque a guardársela a usted por lo que tiene adentro. Dijo que volverá con el curandero después de darle aviso al Capitán de Partido. Pero ni ha vuelto, ni se sabe quién es, ni de dónde es, ni qué gallina puso ese güevo, ni si él mismo preparó la trifulca en combinación con el amo, *ese sospechoso*... Y como tarda en venir ya me se está figurando que es caballerito de industria: casi un hereje. ¡Y que me perdone el Señor el día del juicio si hago un mal pensamiento!... –remató la bondadosa señora.

Mocho, apaleado y desbalijado... Cuando pudo y como pudo retornó al camino real, se orientó y prosiguió viaje. Así lo vieron

llegar a la casa paterna, en donde durante meses en vez de ayuda sirvió de carga.

Entonces el menor de los hermanos resolvió salir también a correr mundo y probar fortuna.

Pero como dicen que en la ausencia hasta el amor se olvida y ya él tenía una novia de quince años, que era un primor, y no quería que fuera de otro, decidió casarse y dejarla en la casa paterna. Quince días después del matrimonio abrazó por última vez a su mujer, que lloraba a lágrima viva, y arrodillado ante el padre habló con reposo de persona madura:

–Padre: écheme la bendición. Le confío mi esposa. Ante usted y ella juro que no regresaré en la triste condición de mi segundo hermano ni contando historias, como el primero. Jefe, o gusano. Cuanto necesario fuere trabajaré para restablecer el buen nombre de la familia.

Anduvo durante meses pasando apuros, desempeñando trabajos circunstanciales. De tumbo en tumbo fue a caer en un tramposo que, después de exprimirlo en trabajo rudo, a la hora de arreglar cuentas las enredó de manera que no valieron peritos y hubo de recurrir a un garrote persuasivo. Pagó así; pero la mayor parte de lo ganado quedó en las uñas del juez... que la justicia cuesta caro.

Se encaminó por otro rumbo, llegó a otros lugares y trabajó sin provecho. Pasaron años antes de entrar al servicio de aquel hacendado, famoso por su riqueza. Trabajó durante siete años y cuando intentaba pedir el arreglo de su cuenta el propietario tuvo que ir al extranjero a reclamar cuantiosa herencia. Tanta paciencia tuvo el señor, que regresó después de otros siete años largos, aunque riquísimo, encanecido, meditabundo y más callado que antes.

–Pues señor, –pensaba Prudencio–, a este la riqueza no le luce, o parece que el tanto gozar por allá lo ha dejado triste.

El sábado le pidió que arreglaran cuentas. El propietario lo miró extrañado de que se quisiera ir. Luego sacó un papel de la gaveta de su escritorio y se lo entregó sin decir palabra. Era su cuenta. Callado siempre fue amontonando onzas sobre onzas de oro hasta la ganancia total.

–Esto, no más, es cuanto usted ha ganado, –musitó abstraído. Dígame si estamos de acuerdo.

Contó y respondió:

–De acuerdo, señor.

De repente se animó el rico, extendió el brazo izquierdo y poniendo la mano sobre el montón de dinero, propuso.

Prudencio, usted ha comenzado a encanecer en esta casa; aquí ha sido un guardián de mis intereses, un defensor y un amigo, y yo quisiera asegurar su porvenir. Se me ha ocurrido pensar que le podrían ser más útiles que esta modesta suma tres consejos. En cambio yo me quedaría con el dinero.

Al trabajador, asombrado de semejante proposición, se le pusieron las pupilas ariscas y por primera vez le escudriñó los ojos al que había creído hombre de bien. Lo miró y volvió a mirarlo en silencio. Ni en el rostro ni en la vista advertía más que aquella inalterable rectitud que solo había trascender del semblante de su anciano padre. ¿Quién le dictó entonces la respuesta increíble? Casi no salía de él.

–Señor, tengo fe en usted; y aunque el que se somete a recibir órdenes de otro necesidad tiene, el corazón me dice que usted quiere favorecerme: déme los tres consejos y... pase lo que pase.

Para que los conceptos se fijaran en la memoria de su trabajador, midiendo y pesando cada palabra, el hacendado dijo sentenciosamente:

–Primero: NUNCA PREGUNTES LO QUE NO TE IMPORTE, NI TRATES DE AVERIGUARLO.

–Segundo: NUNCA DEJES CAMINO REAL POR VEREDA.

–Tercero: NUNCA TE LLEVES DE PRIMERAS NUEVAS.

Medita y entiende estos tres principios, y fijate sobre todo en el segundo, que las palabras suelen tener más de un significado. Además, para tí tengo esta hogaza, que no pesará al fin en tu alforja. Cuando sientas hambre la partirás solo delante del que te ayudó a trabajar. Entiéndeme: la Caridad, virtud cristiana, principia por uno mismo. Ahora me dirás si te vas quejoso.

–Señor: me voy conforme, y desearía saber si en caso de necesidad podré volver a trabajar a las órdenes de usted.

–No lo necesitarás, si sigues los tres consejos.

Se despidieron como si en lugar de patrono y trabajador fueran de condición igual. Prudencio caminó toda la mañana y, ya al medio día, al cruzar un arroyo sintió hambre y sed. Se detuvo. Ahí lo alcanzó un jinete de pistolas en el arzón y sable al cinto, que cabalgaba en una mula negra.

–Caminante, –le preguntó sin saludar– ¿podrías proporcionarme un pedazo de pan y un trago de vino? Noto que tu alforja pesa...

De primera intención se inclinó a obsequiar al desconocido, pero repentinamente la advertencia final del hacendado se le encendió en la memoria:

–Lo siento mucho, buen señor. Voy a pie, bebo agua del río y... ando de alforja al hombro –respondió.

–Sin embargo, –insistió el de la mula– noto que tu alforja pesa... Aunque si yo, que ando bien montado, necesito de otro es natural que un vagamundo no vaya mejor provisto... Dijo despectivamente, clavó espuelas y su mula reanudó el trote.

Pedigüeño y camorrista... mal compañero de mesa, –pensó Pérez de Sandoval. Cuando vio al malhablado perderse en la lejanía, a la sombra de un almácigo se sentó y partió su gran hogaza y... ¡Virgen Santísima!, estaba llena de monedas de oro, todas envueltas en un papel que tenía escritos los tres consejos, detallada su cuenta hasta la suma total y, en otro escrito, leyó la orden de pasar a la capital del reino a recibir cantidad triple a la ganada, por los servicios rendidos durante los años que el señor estuvo ausente. Tembló. Miró hacia todas partes. Envolvió con cuidado su dinero y la orden de pago y los colocó en un secreto de la alforja. Luego comió, bebió y meditando reanudó su marcha. Cerrada la noche se detuvo frente a la única vivienda que había visto en el trayecto recorrido. Desde la empalizada pidió a voces que le dieran posada hasta el día siguiente. Se la dieron observándolo de reojo. A una señal de uno que parecía mudo le prepararon cena y se la sirvieron en una mesa al pie de la cual estaba una mujer encadenada. Cuando terminó de comer le echaron las sobras a la infeliz. Aquel maltrato lo apenaba y ya iba a preguntar la causa de la oprobiosa prisión; pero recordó el primer consejo. Calló. A la hora de acostarse lo apartaron en una habitación que más parecía calabozo que dormitorio. Afuera rondaban con pisadas

sordas. ¡Uf, qué tufo de muladar!, se dijo. Luego pudo distinguir esqueletos amontonados. ¡Huesos humanos! Además... cráneos, canillas, y más huesos dispersos. ¡Pero qué hedor, Dios Santo! Dos cadáveres, en principio de descomposición y recostados de la pared, lo estaban mirando. Se sentó al borde del catre y rezó la oración que en la infancia le enseñó su madre:

–Señor San Silvestre,
de Montemayor,
protégeme siempre,
–sé mi Salvador–
de brujo, de hereje,
y de hombre malhechor... Amén.

A media noche sintió que un cuerpo se acomodaba en el mismo lecho y trataba de acariciarlo. Eludió el contacto y, del otro lado, rozó con un muerto que tenía de compañero.

–No pierdas tu tiempo en rezar, –le secretearon– apresúrate y vete, o resígnate a quedarte en compañía de aquellos dos que te están mirando... y del que tienes al lado. No sé por qué te repugna nuestro contacto: mañana olerás como él y como yo. ¡La putrefacción es tan natural!

–¿Por dónde huir? –se interrogaba. Sin pegar los ojos esperó que amaneciera. Antes de salir el sol rechinó un cerrojo, se abrió la puerta y lo guiaron al comedor en donde le habían preparado abundante desayuno. Bebió el café a sorbos largos; pero no pudo probar bocado.

–El huésped ha perdido el apetito... –dijeron detrás de él.

No miró. Quiso pagar y no se lo permitieron. En seguida se despidió dando las gracias *por las finas y gratuitas atenciones recibidas*.

Después de andar leguas, alejándose apresuradamente, encontró a un viajero, alto y recio, que venía a caballo en dirección contraria y que lo detuvo inquiriendo noticias que le eran indispensables, según dijo. Principió preguntándole de dónde venía y Prudencio le respondió la verdad.

–¡Ah! –exclamó el preguntón– le sirvió al que paga con argumentos. ¿Y en dónde pasó la noche? Me advierten que en este trayecto hay solo una vivienda en donde ocurren cosas horripilantes. Para librar de peligro a un hombre de bien, como buen cristiano hágame el favor de decirme si ha pasado la noche en ella y qué ha visto, y cómo escapó con vida.

A punto estuvo de darle al caminante oportuno alerta; pero de súbito le vino a la mente el *nunca te metas en lo que no te importa*, parte del primer consejo, y contestó que nada había visto de extraño en aquella casa.

–Pero en conciencia, –insistió el hombre– no podrá usted negar lo que vio mientras cenaba; pues de público se afirma que la comida ahí a nadie se la cobran, porque el espectáculo que se ofrece al pie de la mesa resulta más caro que el precio de la comida. Lo humanitario es ser sincero y denunciar las horrendas fechorías, cosa de que la autoridad competente les ponga término, que en donde los buenos se ponen de acuerdo no prevalecen los malhechores.

–Pues allí nada de raro he visto, señor, y no es honroso decir mal de quien se ha recibido favor.

–No comería en esa mesa... Pero en el dormitorio, en donde todos aseguran que pasan cosas espeluznantes, ¿qué vio usted y cómo se pudo salvar?

–Señor mío, no niego lo que otros hayan podido ver; de mí debo decir que dormí cómodamente y afirmo que ni en sueño noté nada semejante a lo que a usted le han contado.

–Pues devuélvase y acompáñeme, –le ordenó el viajero, que estaba armado de todas armas.

A regañadientes tuvo que obedecerle, que hombre desarmado y a pie no es hombre. Retrocedía vigilado por aquel bárbaro, sudando angustia y encomendándose a las ánimas benditas del purgatorio. Llegaron a la casa siniestra. Entraron y se fijó en que la mujer seguía encadenada.

–Caminante: –le dijo el hombre– esta mujer ha venido penando desde hace veintiún años. Está condenada a permanecer en cadena hasta que por aquí pase una persona que no pretenda

averiguar la causa de su cautiverio. Usted no la ha preguntado, y ni siquiera ha dicho que la vio: es usted su salvador. A usted le corresponde libertarla: suéltela –ordenó autoritariamente. En cuanto a la habitación en donde le hice pasar la noche, es el depósito de los cadáveres de esos que, ignoro con qué fin, vinieron averiguando la vida ajena. A usted le pertenecen tres acémilas cargadas de barras de oro, que es el premio destinado al transeúnte que tuviera la cualidad de ser discreto: virtud escasa. Agrego este caballo de silla: monte en él y retírese pronto, que me están entrando ganas, a mí también, de averiguar si ha obrado usted con discernimiento propio o aleccionado por el hermano de *esa* que fue mi esposa. ¡Ah!: tome esta pistola cargada y... sea hombre de sangre en el ojo. Aprenda a defender lo suyo y no se deje volver a arrear como carnero, ni permita en adelante que lo insulten los que cabalgan en mulas prietas. No sea blandito, que los malhechores que andan robando y amenazando tampoco quieren que los despachen al otro mundo.

Montó Pérez de Sandoval en su caballo. Iba ahora de pistola al cinto y dueño de caudalosa riqueza. Arreó. Al día siguiente, ya al ponerse el sol, le dio alcance un viajero que cabalgaba en rucio brioso y lujosamente enjaezado. Era de palabra fácil. Entraron en conversación. A poco de andar juntos oyeron voces, cantares, música, y sin que le preguntaran explicó el elegante caballero que allí cerca celebraban grandes fiestas a las cuales iba como invitado de honor.

–Si es de su gusto acompañeme: –dijo– le aseguro que nos divertiremos a las mil maravillas, sin tener que gastar dinero.

Rehusó la invitación con tan sencillas razones que el caballero las creyó, o fingió creerlas.

A poco andar, apenas se separaron, le dio alcance otro caballero que montaba un ruano fogoso. Era joven elegante, simpático, decidor y escudriñador: pronto, casi adivinando, supo para donde iba.

–Me alegro, –dijo– porque seremos compañeros de viaje y así nos ayudaremos en caso de un mal encuentro, que este camino es muy peligroso. Lo he recorrido en varias ocasiones y lo conozco palmo a palmo. Por eso y algo que en voz baja le iré contando

aprovecho esta travesía por donde hay fundos de gente mansa y se acorta el viaje en no menos de dos jornadas. Sígame por aquí y ganaremos tiempo.

–Señor mío, –respondió Sandoval recordando el *nunca dejes camino real por vereda*– tengo interés en no desviarme de este camino... y al responder acarició ostensiblemente su pistola.

Se atravesó el del ruano impidiendo el tránsito. Lo miró a él. Lo miró él. Los cuatro ojos fulguraron y se fruncieron los entrecejos. Sin despedirse, el desconocido arreó y se perdió de vista entrando por la vereda.

Caminó el trabajador enriquecido, durante toda la noche y al amanecer llegó a un claro en donde tres hombres enfurecidos se insultaban y reñían. Murieron dos: uno era el jinete del caballo ruano. Amarrada a un tronco, tascando el freno y queriendo soltarse, estaba la mula negra. El tercer combatiente, mal herido y moribundo, le suplicó que se detuviera, le diera agua y oyera su confesión.

–No soy sacerdote, –aclaró– y no debo usurpar un papel sagrado.

–No importa: la confesión alivia aunque no sea de arrepentimiento. No me arrepiento. Los aceché y me la pagaron. Eran dos malos que después de pervertirme pretendían engañarme en el reparto del dinero que le quitamos a...

Detalló el atraco en que desbalijaron al segundo de sus hermanos, cuando lo aturdieron a golpes y dejaron manco.

–Sépase que si maté fue por castigar a dos bandoleros, –agregó el moribundo.

Sin la vela del alma ni asomo de arrepentimiento murieron aquellos tres salteadores. A su vera, en lotes desiguales brillaban seiscientos veinte doblones, que eran los de su hermano. Tomó seiscientos, puso los restantes sobre «el de la confesión» en pago de su servicio, continuó viaje y dos días después llegó a su pueblo. Un anciano salía de un tarantín dando traspiés de borracho y cantando con voz rajada:

–El que juega siempre pierde;
y el que bebe... s'emborracha;
y al que se fía de mujere...
¡lo pica una cucaracha!

–Pues señor, si es Juan Antonio, el alocado... –murmuró. ¡Cómo ha envejecido!

Frente a la casa paterna se detuvo, estupefacto. Sentada en un sillón, sin importarle el qué dirán, su esposa estaba acariciándole la cabeza a un hombre.

–¿Lo mato, o los mato? –se interrogó. ¡Miren que nadar tanto para venirme a ahogar en la orilla! Tanto sufrimiento, tantos años de trabajo para mejorar la situación de quien no ha sabido respetar mi ausencia.

–Buen señor, –le preguntó a un cualquiera que pasaba– ¿podría usted decirme quién es el afortunado a quien trata con tanto cariño esa señora?

–Lo que se está mirando no se pregunta, –respondió el interpelado haciendo un guiño de malicia. ¿Quién va a ser sino su amante? Y si le cuento que el marido se perdió por esos mundos procurando ganar con qué rodearla de comodidades. Así se le paga a un simple.

–La casa es mía, –se dijo, resuelto, el viajero.

Desenfundó la pistola y entraba en el patio, cuando recordó el tercer consejo del hacendado: *nunca te lleves de primeras nuevas*. Resopló y pifó una de las acémilas entendiendo que había llegado al término de su viaje, y sonó un grito de alborozo de la mujer:

–¡Es él! ¡Es él! ¡Hijo, mira a tu padre! ¡Ahora sí vamos a ser felices!

Corrieron hacia él con los brazos abiertos y detrás, alegres, llegaron agrupándose los demás familiares, menos el padre que había muerto hacía siete años. Así se enteró de que el joven a quien acariciaba su esposa era hijo suyo y que precisamente ese día había cantado la primera misa.

La noticia de la asombrosa riqueza del más joven de los hermanos se divulgó por la nación entera. Su Majestad el Rey, magnánimo y siempre oportuno, en premio de los méritos y numerosos servicios de Don Prudencio Pérez de Sandoval, discurrió, decretó y ordenó que le notificaran que se había hecho acreedor al título de vizconde: –Vizconde de los Tres Consejos– debiendo ostentar en el centro de su escudo un gavilán de fuego con una pierna manca en memoria de aquel viejo capitán, honor del reino y espanto de los herejes.



GAMELO

-De tal palo, tal astilla-

-16-

Bambana era inteligentísima. Se dio cuenta de que iba a parir por segunda vez. No pasaría lo que sucedió cuando, sin experiencia, fue primeriza. No podría sobrevivir sumando un rencor a otro tan grande.

Espinoso, sin asomo del cariño paternal que experimentan hasta las fieras, corrió hacia la parturienta y lanzó al aire al recién nacido; antes de que cayera lo apartó en las astas, sacudió el testuz, lo volvió a disparar al firmamento, y al verlo despanzurrado lo aplastó bajo sus potentes patas. ¡Y todo eso en presencia de la madre, que no se atrevió ni a mugir su queja. Eso, ¡no se volvería a repetir!

Protegida por la sombra y orientándose con el lucero de la madrugada, Bambana dejó el sitio familiar y sigilosamente se fue internando en la serranía.

Antes de cumplirse un año la vaca amamantaba un becerro y le lamía la pelambre sedosa. El nuevo hijo tenía una mancha en la frente: ¡era frontino como ella!, y prometía ser vigoroso igual que su padre cruel, el matón de los hijos machos.

Así, sano, libre y cuidado por la madre, creció y se fortalecía Gamelo en la selva. Sus mugidos espantaban a las alimañas dañinas, y cuando olfateaba levantando el hocico para bramar, se le nublaban los ojos y hacía estremecer a la misma madre.

–Madre: –pidió el día que cumplió tres años– quiero que me lleves a ver a mi padre; quiero probar si su cuerno es tan duro como dices.

–Hijo: –respondió la madre– ¿ves aquel tocón de guayacán? Embístele y de una sola vez arráncalo con el cacho.

El torete retrocedió, tomó impulso, embistió, cacho y testuz chocaron contra el férreo tronco: trepidó la tierra; pero las raíces del difunto vegetal ni siquiera se conmovieron.

–Hijo: –dijo reflexivamente Bambana– todavía entre ti y aquel no hay comparación posible.

Dos años después, olvidándose del primer fracaso, el testarudo toro mugió:

–Madre: soy fuerte. Quiero conocer al que me engendró. Quiero medirme con él.

–Hijo: ¿ves esa peña? –contestó la vaca. Anda y... embístela.

Gamelo dio siete pasos atrás, tomó impulso y se precipitó contra el peñasco que rodó soltando chispas. Corrió detrás, lo alcanzó, por segunda vez pegaron cacho y testuz, el pedrejón se perdió de vista en el firmamento y al descender desgajó un roble corpulento y cayó vuelto terrones.

–Madre: llévame a ver a mi padre, –exigió el toro joven.

–Vamos... vamos, hijo mío –respondió Bambana sin atreverse a porfiar negándose: porque veía al hijo igual que un duplicado de su terrible padre. Ven... vamos, hijo mío.

Por vericuetos, cañadas y barrancos bajaron de la montaña y, en llegando a los pastizales, bramó Gamelo:

–Yo soy el toro Gamelo,
¡el hijo de la Bambana!
Vengo a dominar, y a ser
el amo de la sabana.

Un mugido ancho y hondo respondió y venía dilatándose con el viento. Se doblaron los yerbazales y hasta las higuanas se escondieron en sus covachas:

–Yo soy el macho, Espinoso,
 ¡a quien naide mete brava!
 Mato o capo a los mañoso
 y jago a la jembra esclava.
 Yo soy Espinoso, ¡el macho!
 Y al que venga y jaga ¡múu! le
 meto en la jiel mi cacho.
 ¡Ven túuu!
 ¡Miren mi cacho!

Se acercaban el advenedizo y el dueño del pasto inmenso. Las vacas y las novillejas sintieron que por la piel, las piernas y el espinaso les corría un temblor igual que cuando tronaba en día de tormenta. Querían huir; pero la curiosidad les impuso el deber de esperar el fin de lo que estaba pasando. Formaron un cerco espacioso. Se acercaron más el padrote y el atrevido Gamelo. Se cuadraron observándose con ojos torvos. Las patas delanteras escarbaron levantando tierra que caía pulverizada sobre sus lomos. Mugieron y bramaron uno y el otro. Se acercaron todavía más; y cuando se embistieron de flanco parecían dos cerros que se pelearan. Los árboles distantes se empinaron para mirar. Las alimañas huyeron empavorecidas. Tembló la tierra. Temblaban las vacas y las novillas todas. Tembló Bambana por la suerte de su hijo y, reaccionando, rüó² y bramó colérica:

–¡Aúuun!... ¡Uupa, Gamelo! Acuérdate que nacites libre. ¡Libre y macho! ¡Libre y macho!

Entonces fue cuando el toro joven reculó, tomó impulso y embistió con furor y fuerza que ninguno de su raza había tenido, haciendo saltar un cacho del padrote. Forcejearon, retrocedió otra vez, embistió con renovado vigor y uno de sus agudos cuernos se hundió en el ojo derecho de su padre, vaciándosele convertido en sanguaza hosca.

–¡Mátalo! ¡Mátalo ahora, Gamelo! Acuérdate de tu hermanito muerto... ¡o no eres mi hijo!

² Rüar en pueblos del Sur de Santo Domingo equivale a rugir.

Atacado del lado tuerto, cayó Espinoso con un costillar roto y el hígado reventado. Trepidó la sabana; y el vencedor le pegó las cuatro patas arriba, y sus mil trescientas libras aplastaron al moribundo. Resolló y resopló trepado en él y en seguida, mirando en derredor con los ojos encendidos por la bravura, su bramido de triunfador llenó el dilatado mundo:

–Murió Espinoso ¡el mentao!,
bajo el furor de mi cacho.
Paste tranquilo el ganao,
¡y nazcan jembras'y macho!

En la noche, a la luz de una luna redonda, las vacas y las becerras formaron banco. Un clamor colectivo se extendía con el terral, se iba y se devolvía repercutiendo desde el confín, multiplicado, enronquecido y bronco, rindiéndole al muerto el tributo merecido: porque los bovinos, las yerbas y las montañas mismas, temían que el viejo padrote pudiera resucitar.

Antes del amanecer se oyó como final responso:

–Murió el toro que pitaba.
¡El que bramaba la hora!
Murió el que lo pastoriaba.
¡Está la sabana sola!



EL MILAGRO QUE HIZO UN PEDAZO DEL PAÑO EN QUE ANDUVO ENVUELTA EL ÁNIMA SOLA

-17-

En una aldea de una provincia lejana vivía una buena mujer, muy leal y apegada al marido que era el hombre mas haragán del mundo. Por nada y para nada quería ese individuo *doblar el lomo*, y ni por una onza de oro se hubiera aventurado a levantar una paja. El matrimonio era dueño de un terreno virgen, que se extendía desde el patio de la vivienda: vivienda y terreno que la mujer recibió de sus padres, como regalo de boda. Y viendo ella que el compañero, siempre acostado, descansaba precavidamente de todo lo que nunca había hecho y pensando que nunca debería hacer nada, una mañana se atrevió a decirle:

–Juan: alevántate, que por mucho madrugá el marío de la vecina Anasjtasia se jalló un tesoro.

–Juana: –respondió él desperezándose y mirando al techo– másj madrugó el que lo perdió.

Lo curioso es que aquel individuo era joven, sano de cuerpo y hasta bien parecido, y que la mujer estaba enamorada de su hombre. Por fin, comprendiendo ella que era inútil tratar de convencerlo con razones para que realizara algo, aunque no fuera de provecho, cayó en cuenta de que al marido le habían echado un muerto atrás los envidiosos.

–¡Qué torpe soy!, –se dijo. Hechizao esjtá mi Juan. No sé como ante no caí en cuenta. Por fortuna con la voluntá de Jesucrisjto tóo se remedia.

Alumbrada por idea tan cierta como intranquilizadora, acudió al Padre Cura, que era el más entendido y hábil para resolver casos de ensalmos, hechizos, y de conciencia: porque los años, la Iglesia y el latín le habían enseñado mucho. En llegando Juana a la presencia de aquel santo varón se arrodilló y con fervor comenzó a suplicarle que rezara por ella al Ánima Sola, o a cualquiera de las Ánimas Benditas del Purgatorio, y acabó pidiéndole con los brazos abiertos en cruz que discurriera hasta encontrar el modo de que el marido quedara libre del muerto que le habían echado atrás, o del hechizo que lo acoquinaba.

—Porque acoquino esjtá, Padre Cura, como tiene que comprendelo cualquierita, jasjta el masj zonzó, con solamente miralo.

El buen sacerdote calló, meditó un rato y luego de entrecerrar los ojos y buscar allá adentro, rezando en su latín una oración que él solo entendía, creyó haber encontrado el remedio eficaz.

—Hija: yo rezaré por él y por tí, —le dijo a la atribulada mujer. Pero además llévate este lienzo, que es paño del mejor, parte de aquel en que anduvo envuelta el Ánima Sola.

El pedazo tiene la extensión de *una vara conuquera*, medida en cuadro. Enséñasela a él. Y le dirás en mi nombre que, desde mañana lunes, cada día tumbé y limpie un trecho de bosque de este tamaño; pues a comer, a rascar, y a trabajar, todo es empezar. Dile que realice esa tarea en nombre de la Milagrosa, y tú deberás ir detrás de él sembrando habichuelas, maíz, melones y batatas, después de decir: EN EL NOMBRE DEL PADRE, DEL HIJO, Y DEL ESPIRITU SANTO. Pero adviértele que por nada del mundo se exceda trabajando más de la medida: ni más, ni menos; pues le sobrevendría otro mal incurable. Acuérdate de repetirle que el trabajo cada día debe ser exactamente del tamaño de este pedazo de tela.

Cuando la buena mujer regresó a su casa y le explicó al marido lo dispuesto por el Padre Cura, el hombre se dio cuenta del poco esfuerzo que tendría que realizar para complacerlos. Se levantó el lunes de madrugada por primera vez en su vida, cosa de acabar temprano y echarse a descansar de la tarea.

Desde el patio de la casa comenzó el marido a talar y a limpiar, y la enamorada mujer iba detrás de él, sembrando. Cada mañana realizaban la fácil labor, sin excederse de la porción indicada. Y el

fundo fue creciendo y se embellecía a medida que la extensión limpia aumentaba. Y los frijoles, el maíz, las batatas y el platanal transformaron el predio en un conuco de tamaño más que regular y los frutos enriquecieron aquel terreno fértil de manera que se despertaron el asombro y la codicia de los vecinos. Un día la mujer arrancó frijoles y fue a cambiarlos por manteca, leche y azúcar; y regresando a su casa cogió mazorcas de maíz tierno y cocinó una buena cantidad de manjarete. Primero llenó y apartó el plato destinado al Padre Cura, que bien ganado se lo tenía. Al marido le sirvió en una sopera grande, fabricada por un operario hambriento después de hacer gimnasia. Entonces fue el disfrutar aquel hombre, y el chuparse los dedos, y el tragar, engullir y devorar, tanto que se le abultó el vientre de un modo que a la mujer le dio miedo. Cuando Juana creía que estaba a punto de reventar, el hombre se levantó, y se pegó del pico de la alcarraza a beber agua fresca. Bebió, y, parándose delante de la asombrada compañera, expresó razones nuevas con palabras firmes:

–Juana: –dijo– ni del Cura ni de oracione a la Milagrosa tendré necesidá pa trabajá en lo adelante. Rompe o devuelve el trapo en que andó envuelta el Ánima Sola, que ya no me hace ninguna falta. Desde ahora yo soy un varraco, un toro, un león, pa el trabajo. Tú y Juaniquito van a tené que sentise orgulloso de mí, como del mejó trabajadó del mundo. Comprometo mi palabra. Contra cualquiera maleficio no hay remedio como una sopera llena de *majarete*, el *majarete* esj casi tan milagroso como lasj oracione del Padre Cura.

Y como lo dijo se cumplió. Creció más el fundo y se engrandecieron las cosechas. El matrimonio canjeó frutos por gallinas, gallinas por pavos y cabras, cabras por cerdos, cerdos por vacas y mulos, y tanto mejoró la condición de la pareja feliz que hasta hubo muchos que a ella le decían respetuosamente Siña Juana y a él Siño Juan. ¡Y tuvieron muchos hijos *trabajadoras*. Porque el anciano sacerdote de la aldea, que era conocedor de sus obligaciones, con solo un trapo y oraciones rezadas en buen latín, deshizo el maleficio afrentoso que sobre uno de sus feligreses habían echado unos malvados espiritistas. Amén.



¿POR QUÉ LLORAN LOS CAIMANES?

-18-

Érase que se era un perro que pasó aullando toda la noche. Sucedió que al oscurecer regresaba del conuco, detrás del amo, huyéndole a la tormenta, cuando las aguas del Yaque habían ya arrasado el puente y se extendían confundiéndose con el lago. Bajo el cielo ennegrecido el perro le temió a la soledad, le temió al hambre y le ladró a los nublados temeroso de que no se fueran. Vino otro día, cerró otra noche y el infeliz continuó aullando. Los aullidos y ladridos salieron de su garganta poderosa mezclándose con el viento y las nubes huyeron espantadas.

Una luna, ancha, redonda y hostil alumbró el desastre. De este lado nada quedó que sirviera de alimento, y en la otra banda, inaccesible, se columbraba la cocina del amo y de la cocina salía y venía con el terral un olor saturado de grasa.

El perro continuó aullando. Las aguas corrían en dirección del mar y, sin embargo, permanecían ahí, llenando el río.

Al tercer día salió otro sol. Lento y tremendo ascendió y se fijó en el zenit. Después se deslizó con más lentitud hasta enrojecer y ocultarse detrás de la cordillera. Y el amo, –¡el que todo lo puede!– no aparecía.

El perro seguía lanzando lamentos, unos lamentos que partían el alma. La lengua se le hinchó de ladrar tanto, de tanto llamar al amo. Otra luna, más grande, más redonda, más amarilla y más

hostil que la anterior se encendió en el horizonte. Alzó el hocico y le ladró a la luna. Los ladridos, broncos, chocaron con las laderas del Bahuco y retrocedieron, multiplicados. De la garganta, ronca de tanto ladrar y aullar, ya no salían aullidos ni ladridos: un gruñido agrio del viento gimiendo en los mucarales, eso era lo que salía ahora de la garganta del perro. Las aves se asustaron y los pejes tuvieron ganas de averiguar por qué las cavernas del Bahuco mugían de tan extraña manera.

Llegó otro día, creció la sed y ascendió con lentitud el sol: el terrible sol del Sur, que achicharra los pajonales, embravece la guasábara, reseca y pone duro y cetrino al hombre y perturba al perro hasta volverlo rabioso. Los animales del lago se acercaron hasta la orilla, y vieron. Vieron, comprendieron y comentaron... El señor perro, de tanto ladrar, se había quedado sin lengua. No aullaba ahora por regresar a la cocina del amo. Desesperado de angustia, lanzaba roncacos gruñidos porque quería y no podía beber, y no podía beber porque ya no tenía lengua.

Los batracios croaron con alegría: porque veían que Dios castigaba al fin a un adulón, al que había traicionado a todos los animales, al alcahuete del hombre; Ahora, mientras ellos saltaban y se bañaban contentos, él moriría de sed a la orilla del más grande de los ríos. Se juntaron centenares en un recodo y bailaban y cantaban en son de mofa.

Las entrañas del caiman se conmovieron y de sus ojos, asiáticos y legañosos, brotaron lágrimas. Se encrespó, tratando de enderezarse, llamó a las aves, llamó a los peces y a los anfibios, y sometió al parecer común qué podría resolver la asamblea de los animales para salvar al señor perro, para que el perro bebiera. Las garzas, los patos, las yaguazas, las gallaretas y los flamencos vinieron, oyeron, volaron y se fueron. El tiburón opinó que lo mejor sería comerse al infeliz para librarlo de una desgracia tan grande y evitar así un espectáculo que cada día se tendría que repetir. Los tiburones que remontan el Yaque del Sur hasta el lago de Rincón tienen su lógica: una lógica superior a la de los caimanes. Frente a animal tan prudente, prudentemente las guabinas zambulleron y se escondieron en el légamo. Las viajacas y los quéqueres, cautelosos, se retiraron mirando de reojo al

tiburón; y los sábalos, los machos y los lebranches se abanicaron con las colas y se alejaron indiferentes.

El perro continuó su ronco gruñir, y el caimán compadecido se acercó a él y le prestó la lengua. La olfateó el perro. ¡Fu! ¡Qué hedionda y qué larga! Indudablemente era más larga que la lengua propia. A duras penas se la acomodó. Sin dar las gracias comenzó a beber a lengüetadas, porque con la lengua ajena no podía beber fácilmente, como antes. Se hartó y reflexionó luego... Lentamente alzó el hocico y venteó alcanzando a ver que por la orilla opuesta se acercaba el amo. Dio un gran salto, corrió alejándose del caimán y, por allá, se detuvo a ladrar y ladró mejor y con más sonoridad que antes: ladró insultos a las aves, a los batracios, a los peces y al caimán mismo; y cuando este, indignado, se acercaba a reclamarle la lengua, el ingrato giró en redondo y con veloz carrera se abalanzó al río, nadó y lo atravesó juntándose con el hombre.

Entonces fue cuando el caimán sintió verdadera pena y de sus ojos principiaron a brotar lágrimas.

Llora el caimán; llora en silencio desde aquel lejano día: porque su lengua está en la boca del perro³.

³ Publicado en la revista *Orto*, Manzanillo (Cuba) en 1950.



OTRA VEZ JUAN BOBO Y
PEDRO ARTIMAÑA
-19-

En una aldea vivía una muchacha que era la más agraciada del lugar. Se nombraba María, generalmente le decían Mariquita y los más afectuosos la llamaban Maruca. Aunque la rondaban y cortejaban muchos galanes de diferentes tipos, entre todos tuvo el capricho de escoger al mentado Juan, a quien los que más lo conocían cuando no estaba presente apodaban Juan Bobo, Juan Zonzo y, después que sucedió aquello, Juan Animal.

Hacía tiempo que Pedro Artimaña venía sintiendo entre pecho y espalda un amor tragado, por Mariquita; pero cuando la tenía presente perdía la voz y se le aflojaban las coyunturas. Un día, para darse ánimos y poderse declarar, se tomó un buen trago de aguardiente y fue resueltamente y le presentó su candidatura:

–Me quiero casar contigo, Maruca.

María, con franqueza que para él fue peor que una pedrada, le confesó a quemarropa que, en segundo lugar... él, Pedrito, no le parecía un desagradable. Quizás si se hubiera declarado antes; pero ya le había dado su corazón a otro: ya estaba comprometida bajo palabra de mujer. ¡Si no fuera por eso! Pero...

–¿Y de quién se trata? –preguntó Artimaña perdiendo aplomo. ¿Será uno de esos forasteros intrusos, frescos, advenedizos, que no tienen más que un flus prieto y nadie sabe la madre que los parió?

El corazón le daba brincos esperando oír el ingrato nombre. A él ni a nadie se le escapa que los forasteros, los de la ciudad, tienen para las muchachas de la aldea una atracción misteriosa y más cuando son listas y ambiciosas como María. Pero...

–¿Forastero? ¡Uyuyui! Frío... frío... frío: no te quemas y ni siquiera te acercas. ¡Qué forastero va a ser! No lo adivinas ni de aquí a la noche. Qué raro: si cuando dos se quieren como yo y Don Juan a todo el mundo se lo va diciendo el viento.

A Mariquita, comprometida y todo, no dejaba de gustarle que a Pedrito se le pusieran las orejas calientes y rabiara porque ella iba a ser de otro.

–¿Pero no puedes decir su nombre entero? ¿No se puede saber quién es?

–Tranquilízate, que no es ningún forastero. Es Don Juan, el señor propietario vecino tuyo en la zona agrícola. Lo prefiero a él a uno de esos chisgarabís de la ciudad que no tienen ni un maíz que asar. Don Juan...

–¿Don Juan? ¿Señor propietario? ¡Pero si Juan Bobo no es ningún propietario! No tiene más que un conuco tan chiquito que cuando se revuelca en él, como un penco, le quedan las patas afuera. ¿Qué es lo que te han hecho creer?

–Te rascas porque te pica, Pedro.

–Yo te juro por las cenizas de mi madre que Juan Bobo no es más que un comilón. ¡Un animal! Mira, asunta, óyeme Mariquita, y no te pongas brava por lo que te voy a decir en el seno de la confianza: a ese lo he aparejado yo y en una ocasión lo estrené como a caballo de silla, y volveré a montar en él cuantas veces me dé la gana.

–¡Quéee!

Lo que pasó por el corazón de María difícilmente se explica; pero basta decir que las mejillas se le pusieron rojas como si le hubieran untado tuna madura.

–Si no pruebas lo que estás diciendo eres un despechado, embustero, envidioso, difamador, –dijo indignada– y se lo voy a contar para que te rompa las costillas a garrotazos. ¡Cobarde!

–¿Y si lo pruebo?

–No pruebas nada, mentiroso.

–¿Y si te lo pruebo?

–¿Si lo pruebas? Tú no pruebas nada.

–¿Y si te lo pruebo?

–Si lo pruebas, te... te aseguro que yo no voy a descender a un papel de yegua. ¿La mujer de un penco? ¡Nunca!

–No basta... No basta eso, –reiteraba Pedro recobrando el aplomo que al principio había perdido. Aspiro, enseguida de la prueba y sin pérdida de tiempo, a que te cases conmigo que soy el que te merezco.

–Si no lo pruebas vas a ser apaleado: es lo seguro.

–Y si te lo pruebo, ¿me aceptas?

–Si lo pruebas te aceptaré.

–¿Trato cerrado?

–Cerrado y jurado, *por estas, que son cruces.*

María juntó y cruzó los dedos de las dos manos y los besó con seriedad rabiosa, igual que si los mordiera. Con los ojos empañados por el lastimón de su orgullo vio a Pedro Artimaña salir con seguro andar, que la desconcertaba. Una hora después llegó él al fundo de su amigo Juan y lo encontró dormitando boca arriba, con el juicio más embotado que nunca a causa de una de sus harturas. Porque es verdad que otro individuo glotón así no había nacido en cien leguas a la redonda.

–Buenas tardes, tío Juan. Oiga: vengo de pronto a mudarme de ropa para asistir a un banquete en el pueblo. Soy de los invitados; ¿y a usted no le ha llegado la noticia? Muchos licores y toda clase de comidas, y sobraré mucho para que cada uno cargue y se lleve para su casa lo que más apetezca. Aquello será lo nunca visto. Habrá, chicharrones y entresijos fritos, hasta para los perros. Ya están cocinando doce bueyes, cincuenta ovejas, veinticinco ovejos, doscientos puercos, treinta gallinas y ochenta pavos. Han destapado ya cuatro toneles de salsas distintas y cuatrocientas veinte barricas de vino y están acarreando para allá muchas cajas de otros licores.

–Cuenta, cuenta, Pedrito... ¿y no me podrías llevar?

–Vine a invitarlo, porque Mariquita quiere que usted no falte, que premiarán con tres lechones horneados y dos cargas de raspaduras al que para abrir el apetito cante al llegar una coplita sabrosa, como esa que usted sabe. Esa que dice:

–Yo soy el que se comió
los... melones.

–No. Así me resta mi buena reputación. D'esta manera es:

–Yo soy el que me comí
los diez y siete melone,
docena y media de mango,
diez piñas y treinta anone...

Es copla fina y bien concertá que hay que cantá con gracia,
como la tarde que Eusebia me la oyó y se enamoró de mí.

–¿Se enamoró?

–Sí. ¿No lo sabe tú? Yo no sé qué le pasa a las muchacha dende
que me oyen cantando. Me persiguen. Por eso los de aquí y los
forastero jasta mi manera de caminá me la envidéan.

–Bueno, tío: volviendo a lo del banquete, vine a invitarlo
porque Mariquita, según le cuento, no quiere que usted se pierda
de aquello. En cuanto a mí, salvo mejor parecer, creo que usted
no debe faltar. Pero ahora resulta que estoy sintiendo un pie
lastimado por venir de pronto y creo que si no me alivio no podré
ir caminando; cuando es regla que los concurrentes no lleguen en
animales. Algunos irán montados en otras personas.

–Bueno... bueno: yo te cargo, si es necesario yo te cargo.
Ahorita mismo te llevaré: Vamonó ya.

–No. Saldremos, si me alivio, *al romper el nombre*.

–¿Al rompé qué?

–Al amanecer, quiero decir, tío.

Cerró la noche. Se acostaron y poco después el bohío se iluminó
con una llamarada.

–Pedro... Pedrito... Pedrín: *alevántate y vamonó*, qu'está amaneci-
ciendo y si no te apresura llegaremos tarde y la comida no rinde pa
nosotro. Mira los claro del día.

–Pero tío, ¿quién le dio fuego al pajar? ¿Usted no ve que es la
paja que está ardiendo? –respondió Pedro Artimaña y se acomodó
en su hamaca.

Roncaba por segunda vez cuando lo despertaron cantíos de gallo cerca de su cabecera. Entonces sintió que su amigo Juan le sacudía la hamaca y le decía con impaciencia:

–Alevántate, Pedrito, que ya cantó el gallo. Está amaneciendo, y yo no quiero que Mariquita espere.

–¡Por Dios, tío!, ese canto no es de gallo sino de alguna garganta. Déjeme dormir, que me está creciendo la dolencia. Creo que hasta me está entrando calentura mala.

Amaneció. Pedro Artimaña, quejumbroso, apenas si podía dar pasos, aunque no dejaba de ponderar el banquete que iban a perder: ¡por un bendito pie! Juan Bobo insistía en que salieran, que lo llevaría al hombro, sin lastimarlo. Y así se fueron.

En el camino, por Pedro estar ponderando los exquisitos manjares, tantos que habría que aflojarse los puntos del cinturón, alzó las manos y rodando por el cuerpo de «Don Juan» cayó al suelo dando chillidos.

–¡Dios mío! ¡Dios mío! –exclamaba–. Yo creo que ahora se rompió la pierna. ¡Ay! ¡Ay! Perdernos de tanta y tan gustosa comida... ¡Ay! Si pudiera montar en silla, con sudadero y freno. ¡Ay!

–Junh. Silla y sudadero, pasen –gruñó Juan; pero freno, ¡nunca! No me voy a inutilizá la boca. Prefiero que se vayan al infierno con su banquete.

–¡Ay! ¡Ay! ¡Qué salsa tan apetitosa! Si hasta aquí me está llegando el olor. Y por el detalle de un freno no poder llegar a tiempo; cuando el freno es lo que está de moda. Hasta el Presidente del Ayuntamiento irá con un freno nuevo, montado y arreado por la mujer del Alcalde, la amiga de Mariquita.

–Bueno... bueno: búscate el maldito freno; pero no apriete.

Enjaezado, gallardo y hambriento, corría Don Juan el de Mariquita cuando llegaban al poblado, y al pasar frente a la casa de la novia sintió que le clavaban espuelas en las posaderas y en los hijares. Columpió, pateó y corriendo como un desesperado entró en el patio y en un santiamén quedó junto a un horcón, bien apersogado.

Carcajadas, tumultos. Gritos de: ¡vengan a ver!

Estirando y manoteando, trataba el Don Juan de romper el freno para estrangular al maldito Pedro, cuando se acercó la novia dejando caer a su lado un haz de yerba.

Carcajadas y gritos... ¡Señores, vengan a ver!

Llegó el jefe de la policía para imponer el orden. Multaron con dos pesos al causante del escándalo, desensillaron al otro, y cada cual se retiró a su casa comentando el asombroso suceso. Una semana más tarde Pedro Artimaña y María de los Santos Reyes celebraron su matrimonio. Yo fui de los invitados, y me reí tanto que me creyeron borracho. Y aquí me tienen ustedes dispuesto a referirles la misma historia cuantas veces quieran. Amén.



UNA LECCIÓN DE JESUCRISTO A SAN PEDRO - 20 -

En aquel tiempo lejano nadie supo explicarse por qué Jesús y San Pedro, fatigados de darle vueltas al mundo, pasaron de largo por una población en donde habitaban cristianos probados, en casas cómodas, para irse a alojar en un bohío ruinoso de las afueras. El dueño de la vivienda, un hombre de edad madura, los acogió sin preguntar quiénes eran sus huéspedes, en qué andaban, ni de dónde venían. Sin vacilar les cedió el camastro y el colchón en que dormía habitualmente; y él, siendo dueño, se tendió a ras del suelo para pasar la noche. Antes les dio a comer el único alimento que había reservado del parco almuerzo.

El camastro y el pobrísimo colchón eran incómodos; pero doce horas se pasan como quiera, sobre todo por aquellos para quienes las molestias no existen y el pasado y el porvenir carecen de significación.

Temprano, antes de salir el sol, el miserable dueño de la vivienda quiso regalarles una batata asada, para el desayuno; pero los pasajeros se despidieron dándole las gracias por la hospitalidad y se negaron a aceptar la última dádiva.

Un kilómetro habrían caminado cuando San Pedro, preocupado, se atrevió a decirle al Señor:

—Maestro: meditando sin duda en motivos profundos, has olvidado premiar a ese infeliz, que acaba de darnos prueba de su

bondad. ¿No tenemos oportunidad de rectificar, ahora mismo, ese olvido que me lastima?

–Vuelve sobre tus pasos, que aquí te espero –le dijo a San Pedro el Señor. Habla con él, pregúntale lo que más desea y otórgale lo que merezca.

Afirmándose en su nudoso cayado y andando a paso largo, retornó San Pedro a la mísera vivienda.

–Que la paz del Señor sea contigo, buen hombre. Vuelvo adonde ti con el deseo de averiguar qué desearías, dentro de cualquiera apetencia humana, para que puedas seguir beneficiando a tus semejantes, como anoche, cuando preferiste dormir a suelo raso por cedernos la cama y el colchón en que hubieras reposado y dormido, como de costumbre.

–¿Y qué podrían ustedes dar, o ayudar a conseguir, si estoy viendo hoy con más claridad que anoche, que son tan pobres o más que yo? Querer... Querer. De querer no se cansa nadie. Quisiera yo mando y dinero para azotar y someter a los castigos peores a todos los habitantes de este sucio pueblo. Haciéndoles el mayor daño posible me hartaría a mi gusto.

–Bueno... Bueno, –musitó San Pedro apiadándose del infeliz a quien sin duda la miseria le estaba trastornando el juicio– queda por explicarme entonces por qué, si odias al género humano, nos acogiste con tanta bondad anoche y todavía hoy nos estabas regalando una batata asada, sin tener nada más para tu desayuno.

–¿Bondad? ¿Qué los acogí con bondad? Viejo no sea tan tonto. Les dí posada para que supieran lo que es bueno. La comida con que los obsequié anoche, mi sobra del medio día, estaba sopeteada por un perro sospechoso de rabia. Les cedí el jergón y el camastro para que las chinches se gozaran chupándoles la sangre a ustedes y me dejaran pasar tranquilo siquiera una noche. En cuanto a la batata de hoy... ¡Vamos, hombre!, ni el ratón la quiso: la meó después de mordisquearla y probar que estaba malsana, o como dicen ahora los perversos de un islote del Caribe: esa batata tenía *piogán*.

San Pedro apretó el puño sobre su pesado bastón de viaje. Oportuno, por su memoria que no envejece, pasó el mandato del divino Maestro que obliga a perdonar y hasta devolver bien

por mal. Esto y su natural espíritu de misericordia, evitaron que le moliera los huesos a palos a una criatura tan vil. Cuando volvía al alcance del Maestro, debajo de las tupidas cejas sus pupilas estaban foscas y del rostro le trascendía una seriedad que metía miedo.

Jesús, viéndolo llegar así, miró la bóveda celeste, suspiró, y dijo apaciblemente:

–Pedro, Pedro... tu impetuosa caridad, ¿hasta cuándo será burlada por la malicia de los hipócritas?



EL BARRANCOLÍ SE QUERELLA CONTRA EL CERDO, QUE LE ROMPIÓ UNA PATICA

- 21 -

-¡Oh, qué fuerte eres, puerco, que mi patica has rompido!

-Más fuerte es el sol, que mi manteca derrite.

-¡Oh, qué fuerte eres, sol, que derrites puerco! ¡Puerco que mi patica rompió!

-Más fuerte es la nube, que a mí me tapa.

-¡Oh, qué fuerte eres, nube! Nube que tapa sol, sol que derrite puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

-Más fuerte es el viento, que a mí me lleva.

-¡Oh, qué fuerte eres, viento! Viento que lleva nube, nube que tapa sol, sol que derrite puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

-Más fuerte es la pared que a mí me detiene.

-¡Oh, qué fuerte eres, pared! Pared que detiene viento, viento que lleva nube, nube que tapa sol, sol que derrite puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

-Más fuerte es el ratón, que a mí me *ruye*.

-¡Oh, qué fuerte eres, ratón! Ratón que *ruye* pared, pared que detiene viento, viento que lleva nube, nube que tapa sol, sol que derrite puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

-Más fuerte es el gato, que a mí me caza.

-¡Oh, qué fuerte eres, gato! Gato que caza ratón, ratón que *ruye* pared, pared que detiene viento, viento que lleva nube, nube que tapa sol, sol que derrite puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

–Más fuerte es el perro, que a mí me mata.

–¡Oh, qué fuerte eres, perro! Perro que mata gato, gato que caza ratón, ratón que *ruye* pared, pared que detiene viento, viento que lleva nube, nube que tapa sol, sol que derrite puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

–Más fuerte es el palo, que a mí me pega.

–¡Oh, qué fuerte eres, palo! Palo que pega al perro, perro que mata gato, gato que caza ratón, ratón que *ruye* pared, pared que detiene viento, viento que lleva nube, nube que tapa sol, sol que derrite puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

–Más fuerte es el hacha, que a mí me troza.

–¡Oh, qué fuerte eres, hacha! Hacha que troza palo, palo que pega perro, perro que mata gato, gato que caza ratón, ratón que *ruye* pared, pared que detiene viento, viento que lleva nube, nube que tapa sol, sol que derrite puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

–Más fuerte es el herrero, que a mí me hace.

–¡Oh, qué fuerte eres, herrero! Herrero que haces hacha, hacha que troza palo, palo que pega al perro, perro que mata gato, gato que caza ratón, ratón que *ruye* pared, pared que detiene viento, viento que lleva nube, nube que tapa sol, sol que derrite puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

–Más fuerte es Dios, que a mí me crió.

–¡Oh, qué fuerte eres, Dios! Dios que criaste al herrero, herrero que hace hacha, hacha que troza palo, palo que pega al perro, perro que mata gato, gato que caza ratón, ratón que *ruye* pared, pared que detiene viento, viento que lleva nube, nube que tapa sol, sol que derrite puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

–El Padre Eterno se acarició las barbas con sus dedos inmensos, frunció las cejas y le preguntó al animalito con su voz que hace estremecer la tierra:

–¿Qué quieres tú, Barrancolí?

–¡Oh, Dios, quiero mi patica, que el Puerco me la rompió!

–Ninguna criatura es débil para encontrar justicia. Te devuelvo tu patica sana. Tómala y... vete: que al puerco le ha llegado su San Martín.⁴

⁴ Fue dictado por el bachiller Eliardo Sánchez h., de sus recuerdos de infancia.



OTROS CUENTOS*

Extraños al género, se incluyen en el presente volumen dos cuentos publicados en revistas extranjeras, uno de los cuales, con sorpresa del autor, se ha reproducido con cambio de firma y alteración de texto.

Se aspira a evitar que el autor amanezca un día siendo plaguario de lo originalmente suyo.

* Por considerar que eran *extraños al género*, don Sócrates Nolasco inserta estos dos relatos como un apartado de sus *Cuentos Cimarrones* y los incluirá más tarde en otro libro que publicaría nueve años más tarde con el título del primero de estos cuentos *El diablo ronda en los Guayacanes* (Editora del Caribe, C. por A. Santo Domingo, 1967), compuesto de solo seis piezas. Son relatos costumbristas y por tanto con estructura, estilo y temática muy diferentes a los *Cuentos Cimarrones*. Este fue el tercer y último libro de cuentos de don Sócrates. Los mismos se incluyen en esta selección por ser parte de la edición original de *Cuentos Cimarrones* (1958). En la edición de las obras completas de don Sócrates Nolasco (Biblioteca de Clásicos Dominicanos, Fundación Corripio) tanto el editor, el poeta Manuel Rueda, como el prologuista, el novelista Carlos Esteban Deive, prefirieron eliminar estos dos relatos de los *Cuentos Cimarrones* y colocarlos como parte del libro citado. Ya hemos dicho que don Sócrates solía incluir los textos narrativos de su autoría en sus diferentes libros, modificando a veces su estructura y cambiando sus títulos (jrl).



EL DIABLO RONDA EN LOS GUAYACANES

—Dije que llegaríamos al romper el nombre –repitió el viejo quitándose las soletas para saltar del bongo y ganar la orilla.

La superficie del lago se convirtió en temblorosa lámina de púrpura. Enrojecieron los mangles y pedregales vecinos, y el bongo de tablas toscas quedó envuelto en reverberaciones y parecía que iba a llamear. Desde el lejano Escobín hasta *Bucán-Sampié* la aurora derramó granates ardientes, cataratas de rubí, manchones escarlata, y el rojo imponente se dilataba y enriquecía en matices. Un poderoso góun lanzado por el centinela de los flamencos alertó a los compañeros que alzaron vuelo, huyendo hasta desvanecerse como fantasmas de púrpura. Despertaron azoradas las garzas, y los cocos de pico de rosa y ámbar. Dos cucharetas de alas bermejas aparecieron volando en círculo, graznaron con orgullo, y espantaron a los patos y a las gaviotas. Revivió el lago, y un rezo poderoso y hondo vino y se extendió con el terral, como hálito de la selva. Bandadas numerosas de palomas *coronita* comenzaron a pasar hacia el oriente encendido y, volando a ras de mangles y matorrales, estridentes enjambres de pericos, de agrias gargantas, ahogaron el rezo de la selva y el dulce rumor del lago.

—Don Abelardo, ¿de dónde salen tantas aves, y de qué viven?
—le pregunté al viejo Din.

–Te dije que llegaríamos al romper el nombre y, ya se ve, apenas está amaneciendo –reafirmó sin dignarse darme respuesta– ¡Jéee, Tiburón! ¡Qué perro tan pazguato! Quedrá que lo saquen del bongo como a un niño de cuna.

–No, papá –observó el hijo– es que usted no se convence de que usted pertenece al tiempo viejo y su perro es animal de porvenir, más que de ahora. Necesita un puente, un buen desembarcadero. No le gusta mojarse. A lo mejor será familia de chivo.

–Será. Oye tú, Manuel, vuelve allá y solívialo y tíralo al agua –le ordenó al sobrino. Y arrima el bongo al mangle gordo, no sea que venga fuerte la brisa. Barón –dijo volviéndose al hijo– cojan la sierra y los demás féfere y vayan andando en lo que dejo esta lata allí, rumbo a la colmena que sé cerquitica del bramadero. Ya los alcanzo en los cantizale.

Él y su perro desaparecieron y quince minutos después nos alcanzaron al final de la vereda, en donde el terreno se cubre de áspero y bravo cantizal. Principió a dar nuevas órdenes. Yo era el dueño, el director del trabajo; pero desde que salimos de Oviedo el viejo venía imponiendo su autoridad y disponiéndolo todo. Pasó delante del hijo, enjuto y alto como él, y del rechoncho sobrino y a filo de machete comenzó a marcar la *sangría* que abriría después para sacar los trozos de los guayacanes que tanto había ponderado. En las veladas de la aldea hacía noches que le rodeábamos, oyéndole con entusiasmo, mientras él se envolvía en la humareda del tabaco de su cachimbo, feliz como un santo en el humo del incensario; y repetía:

–Son guayacane como los que había en el tiempo antiguo. Lo mejor se fue antonce en los bergantine de Ingalaterra.

Ahondábamos en la selva, rumbo al noroeste. Lejos del lago los árboles tenían insospechados grosor y altura. Frente a intransitable mucaral pensé que estábamos extraviados, cuando rodeando un peñasco imponente nos detuvimos al borde de una hondonada fértil y húmeda, desde cuyo fondo los árboles alzaban sus copas acariciadas por el viento.

–Aquí está la mancha, –dijo el anciano.

–Papá, ahí jozó un varracó hace muy poco... y mire: el bendito perro es tan inútil que ni se da por entendió.

No me interesaban el perro ni los cerdos cimarrones. Miraba, y miraba en vano, tratando de ver la ponderada *mancha* de guayacanes y disimulaba mi torpeza ante los otros. Al fin le pregunté al viejo.

–Ustede los de la ciudá en'entrando al monte tienen ojo, pero no ven; y si los dejan solo jasta se pierden –respondió mientras rellenaba de tabaco su cachimbo–. Mira Barón –le dijo previsoramente al hijo–: hay que evitá no caigan en la rejoya, que pesan y sería lucha despue sacarlo.

Entonces fue cuando me di cuenta de que tres árboles de tallos cilíndricos, que mecían sus ramajes sobre las frondas de gigantescos almácigos, cayas y candelones, eran los guayacanes que el viejo había alabado como perfectos:

«Son liso, derecho, redondo, sin nudo... Cirio... Sí, son como un cirio; ya se verá».

En el tronco, cada uno tenía una A, grabada rústicamente, marca de propiedad incomprensible para lo profanos, que los hacía respetar entre monteros y trozadores de la comarca. Cerca se erguían otros de costra áspera, abrazados de copeyes y bejucos. El hijo y el sobrino miraron al sol ascendente, calcularon la hora, limpiaron troncos y empezaron a aserrar, mientras Don Abelardo, espantando mosca invisible, me ordenó que le siguiera para enseñarme otros dos que no me parecieron tan altos ni tan hermosos. Su papel terminaba ahí. Minutos después comenzó a picar abriendo la trilla, retrocediendo hacia el lago, y me fui tras él.

–Por aquí saldrán cómodamente. Si dejo que abra la *sangría* un mozo sin esperencia, de fijo te se malogra un animal y pierdes en el negocio; qu'el Diablo ronda en los guayacane y dende que uno se descuida echa a perdé la cosa: como cuando fuñó al mozo capitaleño que se la vino dando de inteligente.

Mientras hablaba abría el sendero, distraídamente, como en función de arte que es gozo en vez de trabajo. Rato después se oyó un estruendo dilatado y multiplicado por vastas repercusiones.

–Oye... ya cayó la primera mata. Si los muchacho no se aflojan y el Diablo no entra en la cosa acabaremo de cinco a cinco y media.

–Pero Don Abelardo, ¿es que usted se figura que el Diablo se anda metiendo en todos nuestros asuntos?

Se enderezó con el machete en alto, como si mi pregunta despertara y tentara peligrosas alimañas, y sus ojos habituados a escrutar la selva me miraban con la simpatía protectora con que se contempla a un niño. Se le suavizó la voz, vuelta confidencial:

–Mira –dijo– yo no soy partidario d'Él, creo en Jesucrito. Pero de que nos acecha... Anda por ahí y apróteje a los que son de mala índole.

–Pero Don Abelardo...

–Lo dice el Cura, muchacho –regañó. Yo sé y en siendo de mi tiempo sabe jasta el más inorante aonde dejó la pezuña una de las veces que cambió de forma. Hoy mesmo, cuando amanecía y el perro no quería salir del bongo y tú miraba como un lelo que no tiene hábito de levantarse temprano, pasó vuelto un Raicongo y como remando con las dos'ala se fue a su islote. Mesmamente aonde Él hizo el pacto con el joven capitaleño y se entretiene cuando está ucioso aruñando las'alma de los cacique, que tiene presa. Mira tú, ¿en toavía no te han llevao al islote?

–Sí que me llevaron y vi las figuras, *Las Caritas* esculpidas en las peñas por los indios.

–No sea tan zonzo, muchacho –dijo cariñosamente... ¡Los indio!... Los indio no hicieron eso, que aunque hereje no eran tan bruto. Piensa y comprende que naide se diba a pinta tan horroroso. Fue cosa de Sataná.

–Pero Don Abelardo, habla usted como si lo conociera.

–Bueno... como si lo conociera. Oye: –dijo en tono de confidencia– s'entiende con el boticario, qué es más que brujo. Él le enseña a machacá el menjurje que vende como si fuera medicamento, y le va pegando ya su peste a azufre.

Pensé un instante que el viejo se quería burlar de mí; pero era tan bondadoso y me parecía tan sincero que hubiese sido indignidad dudar de la rectitud de su palabra. Yo trataba de serle grato y le ayudaba apartando y echando hacia el monte las ramas que él iba cortando tan fácilmente, y acaso mi respetuosa familiaridad le desataba la lengua. Abría la trilla desechando las asperezas del terreno y cortando arbustos y apartando piedras y cuanto obstáculo pudiera estorbar a mis animales en el transporte de la madera. A la sombra de los árboles me parecía más alto,

más seco, sobrio de gestos, y más tostado por la intemperie. ¡Inolvidable ejemplar del Sur de Santo Domingo! Trascendía de sus sesenta, sesenticinco, o setenta años, inequívoca simpatía y una inconfundible dignidad de animal de buena casta. A la edad en que merecía ser jubilado daba la impresión de que podría seguir trabajando, sin fatiga, indefinidamente.

Don Abelardo, ¿usted quiere decirme de dónde viene este olor tan penetrante?

–¿Cuál? Son numeroso y no sé a cual te refiere. Vuelan entremezclándose por la brisa, que ya comienza. Ahora viene uno salobre, del marisco de la laguna, y ahorita uno se unió con otro que parece que le ponen azúcar fina: que es el de *Pabellón de Rey*, que ahora florece. Hay uno que penetra y pica, y a mí me gusta: el de la flor de la canelilla cimarrona. No es olor d'esos que agradan a los hombres afeminao. Mira: coge esa hoja... no, de la rama esa que te toca en el sombrero. Es malagueta de fina clase. La ordinaria güele más fuerte y me agrada meno. Pero el olor que más se siente ahora es el de la flor de la *Sigua-Blanca*... casi emborracha. Aquí hay olore de toas clase. Los hay como de novia y los hay indino, como de grajo: mesmamente el de la cáscara del cedro verde, cuando lo cortan. Y hay el de la chinchilla silvestre y el de la bayahonda blanca, que nombran María Acosta, que era una negra gorda que no se bañaba nunca. Mira... no era antipático el mocito capitaleño... No era llano como tú; pero a mí no me dentra en la cabeza que fuera un malo, como decían. Algo filorio, y como que ponía distancia entre su persona y los otro, como si él tuviera ya tanto dinero como desiaba. Vestía de prieto y tenía dos diente de oro, y dende que llegó al pueblo le gustó a las muchacha del lugar, jasta la maestra se enamoró d'él... ¡Y mira que *la carne no estaba en el garabato por falta de gato!*

–Cuénteme, cuénteme, Don Abelardo, –le pedí comprendiendo que él no deseaba otra cosa.

–Te contaré porque mire lo que resulta de la gula de dinero y lo que deja la política. En un prencipio se metió, como tú, en el negocio de guayacán y caoba, y parecía que diba bien; pero... *palo da palo*. Cuando el balandro que compró diba repleto, vino una tormenta y se lo tragó la mar. No se salvó ni un marino ni una tabla.

Animoso, antonce compró cuero de vaca y chivo, y cera, que se vendía a buen precio. Pero lo bueno fue que cuando ya tenía un bojío lleno de tanta de la divina compra, se desató un incendio y la cera se derretió y corrió volviéndose una porquería y de los cuero y el café quedó solo un mal bajo. El barbero denunció que el otro comerciante del pueblo por pura envidia fue quien prendió el fuego; pero el envidioso y endemoniao se defendió propalando que sería castigo, porque dizqu'el capitaleño un día allá en la capital zurró a la madre. Se arruinó el mozo, y con el dinero perdió amistá y crédito. Andaba solo por camino y en vereas; el flú prieto se le diba poniendo verde... y le ladraban los perro, como a los vagabundo... Se apareció aquí, en Oviedo, y quiso dir a *Las Carita*, Qu'él escribiría de aquello y lo pondría bien dexplicao en las gaceta. En día de Corpo cogió la yola de Mauricio –que fue el representante de su trabajo– y se fue solo al islote. A la semana se regó que él y Sataná firmán un contrato, mediante el alma. Lo miraban ya con desconfianza, cuando vino nueva alarmante de revolución y él se fue casi volando y se le brindó al gobierno. Y como los gobierno son como el cementerio, que coge lo bueno y lo malo sin diferencia, de allá arriba lo mandán a Barahona de consejero y secretario de un gobernador, que era hombre fascineroso: escandaloso, tramoposo, borrachón, ladrón, sangrinario y dizque valiente. A poco en la cárcel no cabía tanto del divino preso, cuando el Diablo se soltó, se presentó y reclamó su parte. El preso prencipal se acostó sano y amaneció muerto. Las mala lengua decían qu'el mandatario no era tan malo: solo un débil que seguía el consejo del secretario. Filfa y hablanchinería, muchacho. S'enteró el gobierno y antonce vino otro jefe: un mañoso, ladino, ladrón, abusador, bocón y disoluto sin pizca de vergüenza. Al secretario se lo lleván; pero de diputao y creyendo qu'en cualquier día le darían cargo más grande. Mientra tanto a la maestraica de aquí *si te he visto no me acuerdo*: ni carta ni memoria. En la capital se echó otra novia de alto copete, y tan zalamera que ante de un año se la pegó con'el hijo de un minitro. Antonce le volvió la hora mala. Lo calunián; y un buen día en el congreso *se armó la Dios es Cristo*. Cuando se diba acomodando en su curula oyó que dizque habían descubierto que su elersión tenía no sé qué falla y que se declararía nula, si él

no renunciaba pronto... y que *patatín y que patatán*. S'enredán en perorata; y habló uno y habló otro, sacando mucha razione; y si alguno tenía razón, *averígüelo Varga*. Uno muy ducho, encontró en gaceta anciana un artículo d'esos que aparecen siempre que los leguleyo del gobierno quieren fuñir'a uno; y otro dándosela de gracioso se paró y regó pimienta; sin decilo dijo qu'el joven andaba tocao de la mollera... y que lástima grande que no fuera ya necesario en el congreso... junto a tanto varón de sabiduría. El nuestro, ni era flojo *ni se mordía la lengua y se defendía como gato boca'rriba*; y cuando la cosa andaba caliente y casi entraba en trifulca, uno gordo que se regodiaba sentao aparte, entre un flaco y un calvo, frente a una mesa, sacudió una campanita. Como por ensalmo se acabó la bulla, y el gordo se alevantó y fue y abrazó con cariño al mozo. ¡Jasta antonce naide sabía que le guardaba tanto cariño! Separándose con'él le habló entremezclando reflersione con palabra de caramelo; y... que las mayoría quitan y ponen; y que la proterción del gobierno es mejor que una silla en'el congreso; y qu'en vece lo sacan a uno de aquí y lo ponen allí, jasta de minitro; y que *más vale medio jeme del mandatario que cien legua de razón*; y *que patatín y que patatán*... El mozo *no dijo esta boca es mía*... Bajó la cabeza, cogió el sombrero y por una puerta ancha se fue a la calle. A media noche la cabecera de su cama le dio consejo; reflersionó, y dende luego se resolvió a rompé el concierto que tenía con el Demonio. Por eso yo, cuando me acuerdo de aquello me da la idea qu'él no le vendió el alma, como se dijo de público, sino que se la dejaría en hipoteca. ¿Y tú, qué piensa?

Al interrogarme descansó un instante y me miró atentamente para no perder palabra de la respuesta.

–Bueno, Don Abelardo, de admitir el caso habría que llegar a la conclusión de que se trataba de una venta condicional, y que el que faltara a un requisito cualquiera, perdía en el trato. Me figuro que así sería.

–Sería... La cosa fue que volvió a nuestro pueblo, y, como *Santo que pasó su día*, se le presentó a la novia jurándole ahora que se casarían pronto por lo civil y por la Iglesia, como es lo decente. Y una noche (no perdía la maldita maña de andá de noche por los camino) salió y amaneció aquí en Oviedo, montando un alazano de paso fino

que relinchaba como la trompeta del juicio final y corría mejor qu'el viento. A la siguiente noche cogió la yola de mi primo Mauricio y volvió al islote, a anulá el convenio, asigún parece. A la lumbre de la luna vimo que bogaba afanoso. Lo vimo, lo vimo, jasta que se borró en la sombra. Más tarde, tronaba y llovía. A los dos día, qu'era el de Corpo, seguía lloviendo. A media noche se apareció en casa de Mauricio temblando de frío y de calentura mala y apretando en la mano derecha un cofrecito cerrao y lacrao. Le calentán el alimento que le guardaban; no quiso. Le dién leche; no quiso. Pero pidió un güevo de pato y se lo tragó en aguardiente.

Tronaba y llovía. Mauricio apagó el quinqué de su aposentro y s'encerró dejándolo en una jamaca en la sala, y aguaitó por la cerradura.

El hombre caminaba de una puerta a otra y hablaba como delirando:

–Ha muerto. ¡El Diablo soltó la pezuña y ha muerto! Contento, hablaba así y decía cosas confusa... del alma limpia y recuperá, pura como la novia. Con los trueno y la lluvia no se oía claro. Pasó una hora larga. Afuera seguía lloviendo. Con desespero llamó a Mauricio y le reclamó el caballo. Dende que se lo ensillán pisó estribo, picó espuela y su alazano y él se perdién en la tiniebla y en el aguacero.

–Don Abelardo, ¿y qué tendría realmente en el cofrecito?

–¡Oh!... ¡Miren qué pregunta! No diba a ser'el corazón, sino su esencia, su alma. *Diablo no come corazón, come intención*, dice un refrán. Acuérdate y deduce.

–Pero Don Abelardo, si el alma es intención, hay que admitir que es pensamiento, y el pensamiento es idea y la idea es cerebral, sale de la cabeza.

–¡Muchacho, no sea tan zonzo! –regañó mirándome con desconfianza, como a un desconocido sospechoso.

–No entiendo, Don Abelardo; ahora no entiendo.

–El alma, –comenzó a explicar recobrando su habitual calma– vive en el corazón. Está en'el corazón como un perfume en un tarro fino. Solo que cuando se rompe el envase el perfume se derrama y los pedazo del tarro güelen por mucho tiempo. Y el corazón jiede cuando s'ensucia o se pierde el'alma.

–La explicación es convincente, bella, y de buena ley. Ahora si voy entendiendo.

Sonrisa dulce apuntó bajo su bigote blanco, y le iluminaba el rostro la satisfacción viril que se transparenta en el que acaba de salvar a un extraviado apartándolo de un precipicio.

–Mira: hay tantas'alma y tan diferente como perfume hay en la selva. Las hay que se familiarizan con la porquería y qu'en el corazón sucio viven cómodamente, sin repunancia. Y otras fina, que lloran en'el viento a la media noche, de gente que andan por ahí... sin dase cuenta de que hace tiempo que se perdién.

–Muy bien. Ahora entiendo mejor. Le suplico que continúe.

–El cielo amaneció claro. Mi primo Mauricio, que era curioso, me sonsacó diciéndome que lo acompañara; y en la yola fuímo averiguando qué había hecho el sujeto ese en *Las Carita*. Llegamo a medio día en punto. El sol achicharraba. En lo alto, en el centro del islote, un claro, y en'el claro... ceniza en un fogón apagao. Junto al fogón, una caja de fôforo y otra de los cigarrillo que sin cesteo fumaba el capitaleño. Y en tóo el recinto un bajo petilencial de animal muerto. En la múcara, cerca de la poza de agua, una gusanera... Mosca, más mosca, y bajo el mosquero una pezuña d'El Cabro.

Me presiné y alejaba tapándome las narice cuando, de repente, vi al Raicongo que aguaitaba aposao en la orilla. Antonce fue cuando me di cuenta de que mi primo bebía de la poza, y salté gritándole:

–¡Mauricio, no beba es'agua!

Regresamo, llegando ya a la oración. A Mauricio le atacó una calentura que le tumbó los moño. Vinién dos curandero. Uno dentró rezando entre diente y pintando cruce de azul y sebo en las puerta y en las ventana, pa espantá al Diablo, y quemando resina de almácigo y copey. El otro miró al primero y escupió diciendo que con tontería no se cura el tifo, y que si en la casa le seguían dando beligerancia «a ese inorante», a Mauricio no lo salvaría ni María Santísima. Así fue. A los siete día mi primo era ya difunto, y el primer curandero regó qu'el Diablo se lo llevó de ñapa.

Don Abelardo calló. Quedó un instante abstraído, y luego, observando el vuelo de un insecto para mí invisible, dijo:

–Una abeja cargando flore... Cerquitica de aquí hay una colmena de rendimiento.

–¿Y qué fue del joven capitalaño? –le pregunté.

–Bueno... Su caballo corría y corría a rienda suelta p'a la población, aonde esperaba la novia. Relinchaba en vece, y atrás d'él, sobre la ramazón del monte, corría otro relincho siniestro. Y en el cruce del Arroyo-Salao, a la lumbre de un relámpago dizque se vido al Cabrón Viejo que saltó, cruzó de una a la otra orilla, y siguió trotiando en su seguimiento. Ya amanecía y diban llegando a la población cuando, cerca del Campo Santo, el alazano, s'espantó frente al Calvario, tumbó al jinete y entró en el pueblo juyendo y con las rienda del freno rota. A poquito rato encontrán al mozo tendío y muerto. Ninguno se quería arrimá al cadable, jasta que el Juez'Alcalde fue y alevantó costancia. *En lo que se presina un Cura loco*, de ahí lo pasán al cementerio y lo enterrán. Ya en la tarde, la novia pidió el cofrecito. Y, pensando qu'encerraba joya o papel de valimiento, no se lo dién.

El Alcalde, ceremonioso, lo diba destapando en presencia de testigo, cuando, con espaviento de repunancia, lo tiró al suelo, pidió aguardiente y se fregó las manos.

Y es qu'el que trata con Pezuña siempre pierde: en el fondo del cofre, sobre ceniza, cuentan que solo apareció una gusanera.

Nuestra sangría dominó un altozano y desembocó en el sendero antiguo. Repentina visión se extendía ante mis ojos maravillados. Iluminado por el sol y batido por el viento, el lago de Trujín había cambiado la púrpura matinal por un inmenso topacio, vívido, buliente, y rizado de fragmentaria espuma. Un profundo bordoneo de bajos, de violas, de violoncelos terrestres o siderales, venía de los remotos confines. Y el lago y el bosque, hinchados y estremecidos, respondieron con sinfonía potente y grave que mantenía suspenso el ánimo y parecía llenar el mundo.

El viejo Din, acercándose, deshizo el embrujamiento.

–Jacemo liga, muchacho... Te gusta lo que me gusta –murmuró mirándome y sonriendo agradecido, como si el lago y el bosque fueran sus hermanos o le pertenecieran. Y ahora –agregó– volvamos'aonde el Barón y el Manuel y sabremo cómo se comportan.



GENTE DE LA ALDEA

Un ramalazo ciclónico echó a perder el camino, y el deber me decía que tenía que llegar, porque sin mí no se efectuaría el matrimonio. De las cumbres del Bahoruco bajaron torrentes con ímpetu insospechable, rodaron desde la altura enormes desprendimientos rompiendo y enterrando el alambre telegráfico y, de trecho en trecho, dejando ciega la vía. En dos o tres horas el río de Paraíso se convirtió en infierno y en la desembocadura, a flor de olas, se embestían los tiburones peleando por los animales ahogados y arrojados al mar por la corriente. La rústica pontezuela, desbaratada, fue suplida por viga provisional, tronco cimbreante tendido en la estrechura del *Pasoviejo*. Por ahí, con pies inseguros y agarrándome de un lazo tendido de orilla a orilla, pasé o me pasaron, pasaron al peón y el equipaje, y al pasar el caballo quedó andando en tres patas. Luego de llegar a la casa de mi padrino Francisco Morilla, patriarca de Paraíso, le entregaron la carta que le dirigiste de Barahona confirmándole el telegrama-aviso de mi regreso a Enriquillo. Poco después llegó un mensajero y amigo con la noticia de que arriba de El Caletón me encontraría una comitiva de veinticinco jinetes, a cuyo frente figuraban el Alcalde, el Presidente del Ayuntamiento y el Jefe de la Policía municipal.

En víspera del gran día de la Santa Patrona, mi regreso era un número de las fiestas y el recibimiento quedaría deslucido si entráramos en la población de noche.

A la morada patriarcal iban llegando curiosos y Don Francisco ordenó:

–Acaba de tomar el café y ven a saludar a Marina. Y subrayó de modo que oyeran todos: *y a pedirle la bendición.*

Ya ella apenas puede valerse de los pies y está decrepita del oído izquierdo; pero su juicio se mantiene firme. Se alegrará mucho de verte.

Pasamos a la gran enramada del patio. Seis años hacía que había salido de la región, desde que Enriquillo, Naranjal y Paraíso decidieron mi elección de diputado. Del Congreso Nacional salté a ser cónsul general en México y al volver encontraba a *Mamá Marina*, no diré que rejuvenecida; pero sí tal y cual la dejé. Esta vieja no se va a morir nunca...

–¡Martín, muchacho! –exclamó al reconocerme. ¿Tú no sabes que los viejos padecen del corazón y no deben darles sorpresas? Que te perdone Dios. Yo te bendigo... –terminó diciendo mientras echaba sobre mí la bendición marcando una cruz en el aire. ¡Dios mío! –volvió a exclamar al inclinarme a abrazarla.

Mamá Marina a los ochenta y nueve años leía sin espejuelos y en vez de arrugas en el rostro casi ni se le veía *pata de gallo*. La piel del cuello sí se le aflojó y le formaba filos. Desde su butaca situada en sitio de observación bajo la enramada espaciosa, mantenía a hijos, nueras, nietos, biznietos y tataranietos sumisos a su autoridad perpetua. Al hijo mayor, Francisco, le obedecían en el departamento y él no decidía nada importante sin consultarla. Ella y él tenían color de uva-mora, pupilas de un fulgurante azabache y ojos anchos rasgados hacia atrás por sospechas y disimulos. Su cabellera caía en hebras muertas. Los antiguos del lugar les oyeron decir a los antecesores que la vieja descendía de uno de los indios que pelearon contra España y se quedaron en el Bahuco, y a mi padrino y a ella les gustaba que lo dijeran. Vivía orgullosa de ser india y una vez se lamentó en mi presencia:

–Un negro y un español inficionaron mi sangre con dos afrentosos cruzamientos; pero protesto y de cuando en cuando siento

las venas que *me* se hinchán y las tres razas pelean en mí, mal avenidas.

Desde su asiento me sujetaba una mano acariciándola y escudriñándome con la vista:

–¡Dios mío; pero si tiene canas atrás de la oreja!...

Martín, un niño.

En voz baja y del lado sordo, el padrino me explicó que estaba contenta de mí porque en las cartas le venían memorias y por un gran libro de cuentos de hadas y otro de láminas primorosas, que le mandé, en que un capitán de piratas y treinta y seis compañeros aparecían azotados por el verdugo y colgando con la lengua afuera. Pero sobre todo le halagaba y me agradecía un rosario de plata y oro, hecho por orfebre indio, cuyas cuentas contaba al tacto horas y horas mirando en vago, mientras rezaba sus oraciones. En el color y apego a lo autóctono podría ser india, española en su católica intransigencia; pero tenía la astucia y la desconfianza de la raza negra.

–Martín se va ahora mismo. Entró solo a pedirte la bendición –le explicó el hijo inclinándose y hablándole con voz fuerte. Veinticinco de a caballo lo esperan cerca de Enriquillo para festejarlo. Además, es el padrino del matrimonio de Mayín.

–¿Y los de aquí? Tienes que volver pronto a enseñarte y a ponerles un par de bailes a las muchachas y a tutearte con todo el mundo. Eres un mal bailador; pero eso también anima, porque te quieren y lo echan a gracia. Tienes que *readoptarte* a lo tuyo. Se miran y sonríen... ¿No se dice así, Francisco?

–Creo que ahora se dice adaptarse...

–Este Francisco siempre queriéndome corregir. Bueno... y tendrás que ir a Naranjal; y cuando allá le hables a cada uno llámalo *compañero*, aunque sean unos ladrones y sinvergüenza. A mi difunto le robaron un gallo de pelea y con él vinieron y le ganaron el mejor gallo a los de Paraíso. Descarados.

–Pero Marina, el robo lo haría uno solo y eso pasó cuando yo tenía quince años, y cuento setenta y uno. Quién quita que los de ahora nazcan honrados.

–¿Honrados? ¿Hablas en serio, Francisco? Martín, ¿y en qué caballo viajas? ¡Ah, quedó desortijado!... Pues búsquenle *Eldorado*

de Manolín. Y oye –agregó con jovial malicia– pisa estribo y sal de aquí con arrogancia, y al entrar allá ponte erguido y arrienda y caracolea a *Eldorado*, que te vean lucir siempre el primero. No te dejes apocar de nadie y menos del Jefe de Policía, que ese es político y forastero.

Pues Señor, a los ochenta y nueve años *Mamá Marina*, viuda de un político, mantiene vivo su fervor por la política. Bien dicen que esa es la primera pasión y la última que muere en el individuo, –pensé en el momento de despedirme de madre e hijo con dos abrazos y de los demás con un adiós global.

Monté en *Eldorado* sin olvidar una lección de ochenta y nueve años de experiencia.

–Ahijado –llamó Don Francisco, y dijo en forma confidencial mientras pretextaba corregir no sé qué detalle en la barbada del freno–: espérame mañana y dile a mi comadre que no se ocupe en prepararme cama. Yo llevo hamaca. Tenemos que hilar fino. En la noche te informaré de los altibajos de la política y pasado mañana, temprano, nos confesaremos y comulgaremos en la misa cantada.

Lejos, al pasar los arenales de El Caletón:

–¡Que nos come la noche!... ¡alcánzame! –voceó el mensajero y amigo echando a galopar su caballo. *Eldorado* muy superior, lo alcanzó y pasé delante cuando de abajo de unos cocoteros salió dando alaridos una niña de ocho o diez años. Renqueaba calzando chanclos de cordobán ordinario. Saya y jubón humildes, de cuadros azules y rojos separados por franja blanca, daban en ella la impresión viva de la bandera dominicana. Tenía los cabellos sueltos y en un olvido total de peine se le arremolineaban al azar del viento.

–¡Señor! ¡Por Dios, párese y oiga!

El bramido de las olas y la resaca del mar, todavía airado por la tormenta, no permitían oír bien. Refrené. Refrenamos, pronto a socorrer a la infeliz criatura, quien, parándose en la boca de una vereda que conducía al cocotal, con plañidera y suplicante voz seguía implorando:

–¡Señor, por Dios... por Dios!... No se apure por los melones, que en el conuco los tenemos del tamaño de su cabeza...

–¡Quéé! Será demente, –pensé.

Infló los carrillos, fijó sobre ellos la punta del anular de cada mano y bailó los dedos al son de unas trompetillas. –¡Quién no mata a un demonio así! –dijo mi compañero, viendo a la niña alejarse cantando copla burlesca. En el caobal de la ladera de Musundí se detuvo la cabalgata para entrar causando efecto. Detrás del Cerro de los Chivos se ocultaba el sol dorando las crestas del Yimbí y de Buenavista. Sobre el *Pesquero-alto* coléricos fantasmas grises amenazaban avanzando hacia occidente empenachados de llamas. Abajo, entoldado de sombra en su estrecho valle, blanco... pardo... manchones de almagre... se abrió en dos el caserío de Enriquillo partido por el arroyo. Ascendían de la hondonada batida al Sur por borrascoso mar y apretada en semicírculo de montes, líneas de fuego que reventaban derramando lágrimas de colores en el firmamento. Otras y otras explosiones de petardos, centenares de triquitraques, berridos de trompetas, martilleo de atabales, mugir de panderos y gangueos de acordeones, se prolongaban compactándose en un ancho y ensordecedor estruendo.

Por entonces en el lejano y aislado departamento cada habitante era un pequeño propietario, cada cual se creía el dueño de su destino, se pertenecía, y en las fiestas nadie quería ser menos y todos hacían sentir su orgullo hablando en voz alta y tuteándose de igual a igual. *Usted* solo eran los compadres, los ancianos, los contrincantes en un litigio y el niño en el instante del maestro corregirle a palmetazos o cintarazos persuasivos.

El Alcalde invitó a momentáneo silencio y, dominando aquel humano abejoneo, la voz grave y segura del Presidente del Honorable Ayuntamiento concretó la bienvenida:

–¡Conciudadanos! El compañero Martín Oviedo.

A mi nombre siguieron seis o siete palabras bien hilvanadas, cerrando en un coreado sea bienvenido y el final de arenga: ¡Fiesta, muchachos!

Y se reanudó el estruendo.

Otra lección recibida –pensé: los oradores de mi aldea son más elocuentes, juiciosos y parcos que los de el congreso nacional. No son enemigos crueles de sus oyentes.

Al levantarme el siguiente día, tarde, en cada músculo me mordía un dolor y en la cabeza pugnaban por entrar y salir los

cuatro vientos cardinales, dilatando música de percusión, voces en desconcierto y el mugir del mar en unánime y continuo ruido.

–Mayí –le pregunté a mi madre– ¿qué estrepitoso vocerío es este?

–Hijo, ¿y cuándo no ha sido este pueblo así? Que no te oigan criticar nada, porque en seguida se riega que has vuelto engreído y con hinchazón de grandeza.

Alarmada a pesar de la advertencia y aparente aplomo, pasó a la casa vecina a consultar a Don Marcelo, el curandero. Hay enfermedades que entran así. Podría tratarse de un caso grave. Cuando menos el *tranco*... la gripe que azota a las antillas de tiempo en tiempo.

El analfabeto Don Marcelo diagnosticó y recetó desde su aposento:

–Estropeo. Después de seis años viviendo de blandito en el extranjero y sin montar a caballo, un día de viaje por camino recio tumba al mejor jinete. Baño de mar. Ginebra o aguardiente viejo y baño de mar.

Yo estaba echando de menos a Marcos y a María de Vargas, la jubilosa Mayín, ahijada de mi madre y mimada por mí como hermanita. Desde que la bautizaron al apodo de la madrina le añadieron la letra n y Mayín no volvió a ser María sino en cartas y cuando la reñía la abuela y madre de crianza. Contento y urgido por Marcos, apresuré mi viaje para apadrinar su boda. Bajo la tutela de mi madre se formalizó el noviazgo de Mayín y «el huérfano», sobrino y también ahijado, el más adicto de los familiares y que me trató siempre con el respeto de hermano menor. Parecía extraño que cuando yo venía contento, trayendo escogidos regalos y dispuesto a apadrinar el matrimonio señalado para el día, de Santa Ana, según me anunció él y reiteró en repetida carta, ninguno de los dos se presentara.

–¿Qué es de Marcos? –pregunté intrigado.

–Ese está de los cortes a la playa, entregando y embarcando madera de guayacán.

«Ese»... Raro, –pensé.

–Y Mayín, ¿por qué no viene?

–Ve tú adonde ella –murmuró Mayí eludiendo explicaciones, cuando *Mamá Sinforosa* apareció, entró y pasó al comedor en donde me estaba desayunando.

–¡Jujujuy!... –cantó como un gallo desde el umbral de la puerta. Seis años antes la abuela de Mayín era enhiesta y alta, igual que la nieta. Ahora se encorbaba afirmándose sobre pesado bastón. Con los años las orejas le habían crecido. Sus ojos de un azul claro adquirieron en mi ausencia un brillo lácteo, ya apenas iluminados por dos chispas próximas a extinguirse.

–¡Jujujuy! Que Dios bendiga a este bueno... mientras no deje de serlo –agregó llenando una taza de chocolate y empezando un rosario de lamentaciones relativas al esposo, general asesinado hacía más de treinta años, y a la repentina muerte del hijo Julio de Vargas, el padre de Mayín, hacía no menos de veintitrés.

–Murió mi hijo único antes de nacer su hija, ¡tan linda! ¡Tan linda y...!

Lloraba inclinándose sobre la taza vacía, sin acabar la frase, y repetía exacerbando el dolor antiguo:

–¡Tan linda y sin quien la valga, la hija de mi *Gudío*. Bueno como no hubo otro y compañero del mejor hombre. Sí... ¡el mejor hombre, a pesar de todo! –insistió mirando a mi madre con fijeza y golpeando iracunda el piso con la punta de su bastón.

Mamá Sinforosa quedó algo trastornada desde que asesinaron a su esposo y se le aflojó un tornillo más cuando la muerte del hijo, Julio *el Gudío*; pero ahora daba la impresión de que otra causa, sufrida en secreto, la tenía a punto de un completo desequilibrio mental. Busqué la confirmación de esta conjetura en los ojos de mi madre y vi que mordía un pañuelo y se reclinaba sollozando sobre la mesa.

–¡Jujujuy! –cantó la vieja. Lágrimas, lágrimas... ¡Cuántas lágrimas hay que derramar, por no atreverse a morir a tiempo! –comentó y se alejó imprecando:

–Tierra... ¡Tierra llena de males!

Traté de consolar a Mayí pasándole la mano por la cabeza y acariciándola; pero picado por el misterio que la hacía romper en sollozos a la simple mención de «sí, el mejor hombre, a pesar de todo»... ¿A quién aludiría la anciana? Mi madre no era una histérica

y permanecía serena aun hablando de la muerte de mi padre. ¿Qué otro hombre –el mejor hombre– hubo en la juventud de ella, cuya velada alusión la hacía morder un pañuelo y la estremecía con sollozos?

Rato después, toalla al hombro, salí a bañarme en el río; pero con la intención de pasar por donde Mayín, tanto por verla como por arrancarle a la anciana semidecrépita algún indicio que me guiara a una revelación. A una cuadra, en el caserón del curandero, me detuvieron mi comadre Cristiana y la ahijadita, Marcelina.

–Compadre, siéntese un minuto, aunque no tome café. Vete a jugar, Marcelina. Como adivino que usted pasará a ver a Mayín no está demás que en el seno de la confianza lo ponga en antecedentes.

Suspiros graves, escapados de un dolor profundo y a continuación lamentos, venían de un aposento contiguo:

–¡Ay Virgen pura! ¡Tú tan pura y yo tan apurado!

Hacia la calle Marina pasaba un grupo cantando en coro:

–Señora Santa Ana,
¿Por qué llora el Niño?

La comadre se anticipó a mi natural pregunta:

–No hay que hacer caso, es papá. Desde que mamá murió si se lastima un callo o le amaga un dolor de cabeza se figura que se está muriendo. Y comienzo a temer que cualquier día se nos vaya a morir del miedo a la muerte. Ahora dizque le duele la cabeza.

¿Cómo! ¿El gigantesco Don Marcelo se queja así? Yo recordaba cuando en mi infancia él le atacaba una sonda de maguey a Lorenzo Pérez, curándole la célebre puñalada, que le entró por un hombro y le atravesó un pulmón. Le metía, le reempujaba la sonda hasta el fondo de la herida y porque el paciente pujaba igual que un toro cuando lo estampa con hierro ardiente:

–Calla, que *nacites* macho... amonestaba sonriendo y embutiéndole la mecha cáustica.

A Blandino, el adversario de Lorenzo, con una aguja gorda, en frío, lo remendaba del machetazo que le tumbó una oreja y le rajó la mandíbula desde la sien a la barba:

–Cállate, zoquete, y no berrees, que te *dejates* pegar. Los hombres no gritan, –regañaba y seguía cosiendo insensible al dolor ajeno.

Sin anestesia –de que en la aldea remota no tenían noticia– exprimiendo nacíos, rajando golondrinos y amputando dedos, brazos y piernas, sin pestañar, ganó fama de hombre duro. Y ahora, imaginándose mortalmente enfermo, por un dolor de cabeza suspiraba y gemía aclamando a la Santísima Virgen.

Del tubo de aspirina que tomé hacía poco como preservativo, saqué una pastilla y le indiqué a la comadre que, se la diera a beber disuelta en medio vaso de agua de azúcar.

–Cristiana, ¡hija!, ¿qué te he hecho yo? –aulló el enfermo. Honra tu nombre. Anoche caí y me quieres heredar tan pronto... ¿Qué bebedizo es este?

Desde el salón le expliqué que se trataba de un remedio eficaz indicado por mí. Lo aceptó y quedó tranquilo.

–Compadre Martín, déjeme seguirle contando. Mareos dizque se casa; pero por ahí andan diciendo que no es con la novia legal. Con Mayín intentó *un casorio atrás de la puerta*, sin Cura ni Oficial Civil. Y ella, puntillosa, sintió que le hervía en la sangre el orgullo de todos los Vargas habidos y por haber. Lo arañó, lo mordió, lo insultó, lo echó de su casa, se encerró y no ha salido más ni para ir a misa. Seis días después, de uno o dos bailes baratos salió él enredado con una de *la vuelta arriba*, de Higüey o de San Pedro de Macorís. Mujer de esas que Lucifer le regala al mundo para perder a los hombres. Dicen que va resultando hasta «pasquinera» y está dividiendo al pueblo en dos clases: pueblo arriba y pueblo abajo. Y si Santa Ana no nos mira con ojos de misericordia y no permite que la suiciden... nos contagia y el pueblo coge candela, arde igual que pencas de palma seca y ni el mamando se salva. A Mayín todos le dimos la razón y yo desde el principio me impuse el deber de llevarle leche y obligar a que se la tome. Y Doña Mayí, alarmada porque la muchacha se está eticando.

Pasaron días, y de buenas a primeras un runruneo: que Marcos es muy ordinario para Mayín y que hay otro más merecido. Y eso diciéndose y rondando la casa con propuesta matrimonial y visitando vecinos, un Don Augusto que nos cayó no sé de donde.

Por ahí pasa torciéndose de cintura para que le abulte un revólver grande: hombre guapazo, elegante, instruido y muy principal... Se perfuma, se unta pomada en los moños y algún cerote en los mostachos tiesos. Anda crecido de tal manera que las calles están resultando estrechas. Si mira, parece que dispensa favores, y sabe tanto que ni cree en Dios. Pues, para abreviar digo que el sábado al oscurecer, cuando fui como de costumbre a obligar a la pobre muchacha a tomar la leche, se le presenta el de los mostachos a Mamá Sinforosa pidiéndole la mano de Mayín. A la vieja le vino todo su juicio y respondió con un retintín que daba gusto:

–Lindura... dí, ¿quién eres y quién te engendró? Gente debes de creerte cuando te atreves a poner esos ojos de becerro en la nieta mía.

Sin que antes lo notáramos, Marcos que llega a caballo, se apea y se atraviesa amenazando y exigiéndole al hombre que se retire. Y el otro muy correcto, sea dicho en honor de la verdad:

–Le mandaré mis padrinos y de hombre a hombre nos veremos en el campo del honor, en donde yo sé castigar a los intrusos, –amenazó.

–Mogiganga, ¿y quién se va a desacreditar desafiándose contigo? Vete de aquí o te reviento a patadas, –insultó Marcos.

–Respeten mis canas, –intervino la vieja.

El guapo empuñó el revólver y, antes de disparar, el otro se abalanzó dándole fustazos. De uno en la mano le tumbó el revólver y al bajarse el Don a cogerlo recibió un puntapié en... salva sea la parte. Un fustazo más y un empellón lo hicieron caer, pararse y salir huyendo y gritando: –¡Asesino! ¡Asesino! ¡Que me asesinan!

Intervino luego la policía. El Don, muriéndose, y la gente... que tiene reventado el bofe y que si anochece no amanece... y Marquito casi camino del presidio de Barahona. El jefe de la policía municipal llamó a papá y ordenó.

–Don Marcelo, examínelo y diga si está en estado mortal, o si tiene cura cuánto tardará en saldarse. En una palabra: ¿qué tiene este hombre?

Y papá... compadrito, usted conoce a papá:

–Tiene miedo. Agallinamiento, tres rebencazos en las costillas y un puntapié en el nalgatorio. Si siguen pegando con tanta delicadeza me echan a perdé el negocio.

La abuela de Mayín quisiera el matrimonio con Marcos, a pesar de las barrabasadas, por ser hijo de un hermano de Mayí, socio y compañero de trabajo de su difunto *Gudío*, y ahora está perdiendo hasta el último tornillo del juicio. Y nada más por el momento... mi bendito compadre, que a buen entendedor una palabra basta.

En vez de ir directamente a ver a Mayín, seguí al río, reflexionando. Pero, ¿y las cartas de Marcos? –«Venga, hermano, a apadrinar nuestra boda que será el día de la Santa Patrona». Loco. Como suelen decir de los impulsivos, mi mamá no le rezaría el Credo completo.

Después del baño, al subir la cuesta en cuyo remate se empina la casita que en tiempo feliz le edificó el General Joaquín de Vargas a Doña Sinforosa, «para dominar el valle», vi que un muchacho montado en un burro golpeó una de las ventanas, encajó un papel y azotó al animal que corrió al trote, mientras el jinete cantaba coplas con aire de merengue:

Del pueblo en medio pa'bajo
No respetes a ninguna;
Porque en cerrando la noche...
la mejor es una tuna.
¡Es una tuna! ¡Y es una tuna!

Hembras de birlibirloque,
Por la tarde prenden vela;
Pero en llegando la noche...
la que menos corre vuela.
¡Y es una tuna! ¡Y es una tuna!

Llegué, cogí el papel y leí las mismas coplas que cantó el muchacho. ¡Qué deprimente el pueblo natal que tanto rememuré en la ausencia!

¡Y qué míseros su gente y el panorama que me gustaba contemplar junto a la reidora Mayín! Monótono, abajo murmura el arroyo

pobre y triste. Reza la brisa un responso en el firmamento y en los cerros circundantes. En frente canta el mar un miserere de muerte. En el espíritu, ¡qué de vínculos y afectos entrañables, de la infancia y la adolescencia, amenazando morir! Aldea, aldea... Una vez más tiene razón el refrán: –*Pueblo chiquito, infierno grande*.

–¡Ujuju!... –cantó la anciana semidecrépita al verme llegar. Mayín, ¡ánimate y sal pronto que esto se pone bueno.

Entré antes de que la nieta saliera. Dejé la mecedora antigua y se incorporó ante mí el espectro de aquella belleza angelical, jovial y única. Descuidada la cabellera castaña, antes digna de envidia, afilada la nariz corva, y los ojos grandes y fijos ardiendo de locura o fiebre.

–¡Mayín!...

Abrí los brazos y avancé a estrecharla en ellos, y en vez de corresponder me tendió una mano, seca.

–Te mandó madrina... Ya ella no viene. De los que amé y me quisieron ya ni de ella me quedan la estimación y el cariño. Anónimos. Descrédito... Siéntate.

–Le pregunté por tí, extrañado de que no estuvieras con ella a mi regreso. La dejé llorando y vengo sin querer casi averiguar lo que no entiendo. Por tí, por Marcos, por tu casamiento, regreso de México sin detenerme en la capital ni en Barahona. Y ahora... no entiendo, Mayín.

–¿Pero no te han contado? ¡Gente de chismografía! Callan cuando pueden hablar.

–Le tomé una mano y se me escurrió.

–Hablaré pronto, para que también te vayas.

–No. Yo no, Mayín; ¿olvidas quién soy?

–Quiso burlarme, y por su escándalo creerán que soy una deshonorada. Para mí ha sido peor que... Me equivoqué. Desperté y comprendo que nunca pensó lealmente. ¿Qué vio en mí que lo autorizara? ¿Y por qué la afrenta? Si yo, más que en mí confiaba en él y, llena de él, pensaba solo en realzarlo y con fervor rezaba para que la Virgen lo fortaleciera. ¿Y para qué pretendía ensuciarme? Para irse a casar con una... digna de él, ¡degenerado! Mañana será su boda. Y todavía, cuatro días antes, vuelve a esta casa fingiendo celos y provocando escándalo, que me desacredite más.

Mejor así. Seguiré bajando y cuando sienta por mí misma todo el asco que a él le tengo y sea tan baja como él, iré y... ¡lo aplastaré, y lo pisaré, y *lo escupiré!* ¡Para que se burlen de María de Vargas!

–Mayín, Mayín, hermanita, ¡cálmate!

Enajenada o histérica, retrocedía, me rechazaba, hasta que la alcancé y estreché en mis brazos un esqueleto.

El estropeo debido al viaje, la impresión que me produjeron los sollozos de mi madre y este insospechable caso de dolor, de orgullo herido, de soberbia y de locura, me conmovieron hasta hacer crisis.

Sin darme cuenta, igual que si encontrara a una hermana agonizante, empecé a besarla como cuando era una niña, en la frente, sobre los ojos hundidos por el insomnio.

Salí, aspiré con amplitud, respiré tratando de echar fuera el contagio de sufrimiento y, como bestia dolorida, atosigado por latente deseo de huir, de regresar a otra vida culta, desvinculándome para siempre de una aldea de enredos y barahunda.

Desde la colinita dominadora, ahora el mar parecía más imponente. La brisa jugaba hinchando y rompiendo olas y fabricando espuma. Diáfano y bruñido el cenit. Y las cumbres familiares rientes en un alborozo de esmeraldas. Alegría. Alegría natural; y abajo efusión de fuerzas en un pletórico afán de ser.

–De aquí es tu madre. Y tú, ¿quién eres tú y de dónde saliste? –acusó y reprobó desde uno de sus repliegues la conciencia. Y el pintoresco alerta de la anciana Marina, resonó y se iluminó como imperioso mandato... –«y *adáptate a lo tuyo*». Esto es: dómate, y en lo que sea factible procura el bien de los que han sido y son tus compañeros.

Retrocedí con renovado sentimiento.

–Mayín, Mayín, –llamé, entré y quedé otra vez frente a la enferma. Oye: vine llamado por él para apadrinar tu matrimonio. Lo contrario es una maraña de intrigas, cosas de anónimos. Por tí, y como tú, sufro; pero analizo. En nuestras costumbres, desgraciadamente, la impureza del hombre es hereditaria y casi se sobreentiende. Yo no veo en tí una mujer sino una hermana. Tan bella y virtuosa eres que si encontrara a otra como tú, de rodillas le pediría un poco de cariño. Y sin embargo, entiéndeme:

yo no soy mejor que Marcos, ni encontraremos otro que lo sea. El matrimonio, muchas veces, se vincula por voluntarios olvidos de faltas y dura a fuerza de repetido perdón del superior de los compañeros. Tú eres la superior: ten voluntad de transigencia. Te ruego que aceptes la conciliación con...

–Transige, hija –aconsejó la abuela interrumpiendo.

–Perdonaría el mal que intentó hacerme; pero después de irse con otra... me repugna.

–Vendrá mi madre y, si es preciso, de rodillas te pedirá lo mismo.

–¡Madrina! ¿De rodillas por mí? No. No. ¡Oh Dios! –exclamó– y al invocar a Dios los ojos aridecidos se le llenaron de lágrimas.

–Vendrá él. Te necesita. Te necesitamos. Lo traeré y humillado te pedirá perdón y, si lo exiges, te besaré los pies

–Transige, hija. ¡Cede un día, María de Vargas!... –suplicaba y regañaba la anciana.

Regresé al hogar materno. El *Patriarca* de Paraíso había llegado. Por él y por mí la casa estaba llena de visitantes. El Cura, el Alcalde, mi tío el Oficial Civil, el Presidente del Honorable Ayuntamiento y quince o dieciséis personas más me esperaban para almorzar. Todos estaban regocijados por los cuentos y carcajadas estrepitosas del curandero... ¡de Don Marcelo!

Pues Señor... en esta aldea hay menos cuerdos que locos. O me adapto, como aconseja la vieja Marina, o *me suicidan*, según dice mi comadre Cristiana.

Detrás de mí llegó Marcos, satisfecho de haber vendido a buen precio su guayacán y contento por mi regreso. Me abrazaba, me soltaba, me contemplaba y volvía a abrazar, repitiendo y volviendo a repetir:

–¡Por fin! ¡Por fin! Ahora sí...

Optimista y exhuberante de juventud, estaba convencido de que yo obtendría la reconciliación y el matrimonio sería inmediato.

Así se casaron Mayín y Marcos, después de ensuciar el agua para beber.

ÍNDICE

Presentación Julio Sánchez Maríñez	7
Preliminar José Rafael Lantigua	9
Palabras de orientación del autor	21
1 De cómo el hijo del Destino mejoró su suerte	31
2 El cuento del que buscaba lo que no se le había perdido	41
3 El Innominado	51
4 En donde se prueba que Siña Eufrasia venció al Diablo en dos ocasiones	57
5 Ezequiel consigue aplazar su muerte	65
6 ¡El príncipe botarate asentó cabeza!	71
7 Mi casa, y mi hogaza	81
8 Sí, el destino se pudo una vez cumplir	85
9 Marcos el rico y Basilio el afortunado	95
10 Blancaflor	105
11 La copla que escribió un Rey verdadero	113
12 –Así se castigó a unos ingratos–	123
13 La enseñanza de la Culebra y la lección del Gallo	129
14 El baile de las lechuzas	135
15 En donde se trata de los tres consejos	143
16 Gamelo –De tal palo, tal astilla–	157
17 El milagro que hizo un pedazo del paño en que anduvo envuelta el Ánima Sola	161
18 ¿Por qué lloran los caimanes?	165
19 Otra vez Juan Bobo y Pedro Artimaña	169

20 Una lección de Jesucristo a San Pedro	175
21 El Barrancolí se querella contra el Cerdo, que le rompió una patica	179

Otros cuentos

El Diablo ronda en los guayacanes	183
Gente de la aldea	193

Cuentos Cimarrones, de Sócrates Nolasco, de la colección «Clásicos Dominicanos, Serie I. Narrativa», del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, se terminó de imprimir en noviembre de 2017, en los talleres gráficos de Editora Búho, con una tirada de 2,000 ejemplares. Santo Domingo, República Dominicana.



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS SERIE I. NARRATIVA

ISBN 978-9945-8972-3-4



9 789945 897234